

BIBLIOTECA DEL **PENSAMIENTO**
CRÍTICO LATINOAMERICANO

Manuel Ugarte

LA PATRIA GRANDE

Estudio preliminar **MARÍA PIA LÓPEZ**



CAPITAL INTELECTUAL

COMPARTIR Y EMANCIPAR EL SABER

La edición y reedición digital de estas obras es una apuesta por enriquecer el acervo cultural de la Nación y un paso fundamental en la lucha por garantizar el consumo igualitario de los bienes culturales.

Esta biblioteca reúne los objetivos de la Dirección Nacional de Acción Federal que, a través de diferentes programas, alienta y promueve la inclusión, la revisión histórica y la reflexión crítica para todas las provincias, en pie de igualdad. Asimismo, la iniciativa se enmarca entre los propósitos del Instituto de Cultura Pública que lleva adelante la mencionada dirección.

La Biblioteca Federal representa, para la Secretaría de Cultura de la Nación, el fortalecimiento de uno de sus principales núcleos de acción: la federalización y democratización del saber.

Con más fuerza que nunca, en acciones de esta magnitud, se persigue la descentralización de los contenidos de carácter histórico y artístico que definen una identidad y constituyen un patrimonio público inalienable.

Dentro de esta biblioteca habita un ideal, la tentativa de construir un relato escrito en representación de aquellos que quedaron relegados en los escombros de la historia. Porque cuando el mercado deje de ser el terreno en que se libra la batalla por el derecho a la cultura, el saber popular tendrá el poder emancipador para defender la soberanía y la pluralidad.

Dra. María Elena Troncoso
Directora Nacional de Acción Federal
Directora de Asuntos Jurídicos (A/C)
Secretaría de Cultura de la Presidencia de la Nación

Edición: Rosina Balboa
Corrección: Julia Galli
Coordinación: Inés Barba
Diseño de tapa: Verónica Feinmann
Diagramacíón: Juan Manuel del Mármol
Producción: Néstor Mazzel

Capital Intelectual S. A.
Paraguay 1535 (1061) Buenos Aires, Argentina
Teléfono: (+54 11) 4872-1300 Fax: (+54 11) 4872- 1329
www.editorialcapin.com,ar / info@capin.com.ar

Pedidos en Argentina: pedidos@capln.com.ar
Pedidos desde el exterior: exterior@capin.com.ar

Hecho el depósito que ordena la Ley 11.723
Libro de edición argentina
Impreso en Argentina. Printed in Argentina.

Primera edición 2.500 ejemplares
Ugarte, Manuel La patria grande.
la ed. - Buenos Aires: Capital Intelectual, 2010.
192 p. : 21x15 crn. - (Biblioteca del pensamiento crítico latinoamericano; 6)
ISBN 978-987-614-240-3
1. Ensayo Político. Historia de América. I. Título
CDD 320.980

Fecha de catalogación: 22/06/2010

Manuel Ugarte y el sueño de la Patria Grande

Por Víctor Ramos

Hijo de un administrador de estancias, procedía de una familia de la burguesía rural de la provincia de Buenos Aires que le dio una educación esmerada. A los siete años, en París, visitó la Exposición Universal de 1889 y en 1898 el joven Manuel Ugarte viajó a Estados Unidos, luego a México y Cuba. En el Colegio Nacional de Buenos Aires hizo la escuela secundaria.

A su regreso a París se dedica con fervor a interpelar a la política imperialista de Estados Unidos. Su objetivo era la formación de una nueva nacionalidad latinoamericana. Además, decide a emprender una carrera literaria. Tenía 22 años. Cuando regresa a la Argentina en 1903 se contacta con José Ingenieros y Leopoldo Lugones y se decide a ingresar al Partido Socialista argentino.

En 1911, visita todos los países hispanoamericanos durante dos años y narra el viaje en su libro *El destino de un continente.*

Escribe una carta al presidente Thomas Woodrow Wilson que tiene una enorme repercusión: lo insta a pacificar y reparar la política de Estados Unidos hacia los países del Sur.

Al regresar a la Argentina en 1913 se encuentra con una completa indiferencia hacia su persona y su actuación política. Ninguna instancia oficial lo recibe y el Partido Socialista está envuelto en una fuerte crisis. En 1913, es expulsado de ese partido. Nunca se llevó bien con Juan B. Justo. En la primera guerra entre potencias imperialistas se declara neutral, posición que defiende desde el diario *La Patria.*

Entre 1923 y 1924 colabora en la revista *Amauta* del peruano José Carlos Mariátegui. Es autor de una amplia bibliografía entre la que figuran libros de capital importancia: *El porvenir de la América Española* (1910), *La Patria Grande* (1922), *Mi campaña hispanoamericana* (1922) y *El destino de un continente* (1923). Su obra comprende unos treinta volúmenes entre políticos y literarios.

En *El porvenir de América Latina*, Ugarte se declara a favor de una confederación entre las repúblicas latinoamericanas: "Esos estados, que Bolívar y San Martín hicieron lo posible para reunir y confederar desde los comienzos, se desarrollan independientemente, sin acuerdo y sin plan", asegura.

Sus amigos fueron Rubén Darío, Rufino Blanco Fombona, Leopoldo Lugones, José Ingenieros, José Santos Chocano, Delmira Agustini, Alfonsina Storni, Florencio Sánchez, Amado Nervo, Belisario Roldán, José María Vargas Vila y Horacio Quiroga, entre otros.

Fue tan prestigioso en la América hispánica como ignorado y proscripto en su propio país. La manipulación y falsificación de nuestra historia lo empujó naturalmente al revisionismo.

En 1907, participa en Stuttgart, Alemania, de los intensos debates en el Congreso de la Internacional Socialista, junto a Vladimir Ilich Lenin, Rosa Luxembugo, Jean Jaurès, Karl Kautsky y Gueorgui Plejánov. El delegado argentino Ugarte se escandaliza cuando escucha los argumentos del socialdemócrata holandés Henri Van Kol, que sostenía que "la política colonial puede ser obra de civilización".

Al avanzar con sus estudios sobre la naturaleza del imperialismo y su experiencia en el Partido

Socialista, el joven Ugarte advirtió que ese internacionalismo partidario no cuestionaba al imperialismo. Por el contrario, lo creía beneficioso para liquidar a los bárbaros y traer la civilización. La izquierda oficial no hacía diferencia entre países opresores y países oprimidos; imperios y colonias entraban en la misma categoría.

Para Juan B. Justo, Ugarte era una pesadilla. Demostrando su independencia de criterio fundó en 1915 un diario al que llamó: *La Patria*. Allí dio rienda suelta a su claro nacionalismo económico y a su compromiso iberoamericano que resultó escandaloso a los socialistas argentinos admiradores de Theodore Roosevelt.

Cuando llega a los más remotos puntos del continente, Ugarte es recibido por multitudes que lo escuchan religiosamente. Admirado y venerado popularmente de México a Chile es perfectamente ignorado en la Argentina.

Aclamado en el continente, silenciado en Argentina

El fenómeno producido por Ugarte no era otro que el despertar de las conciencias de los pueblos latinoamericanos. Estudiantes, obreros, empresarios, políticos de diversas procedencias, pugnaban por escucharlo. Tumultuosas movilizaciones se concentraban en las puertas de su hotel en el Distrito Federal, convocadas por sindicatos y asociaciones estudiantiles.

La presión de Norteamérica para frenar la gira de Ugarte fue enorme. No era para menos, acababan de usurpar con sus tropas la mitad del territorio de la República de México y un argentino estaba agitando a multitudes por la unidad latinoamericana contra el imperialismo.

Desde la Embajada de los Estados Unidos en México -base permanente de la CIA para Centroamérica- se pergeñaban toda clase de operaciones para cerrarle el paso. Desde el diario mexicano Nueva Era se descargó una andanada calumniosa contra el visitante argentino. Mientras que el gobierno de México -presionado por la embajada- lo empujaba a la frontera, Guatemala le negaba su ingreso y el Salvador lo declaraba persona no grata, simultáneamente su prestigio en América Latina crecía.

Ugarte después se va a Chile, desde donde respalda la revolución de 1943. Allí escribe el libro *Escritores Iberoamericanos* de 1900, que es un homenaje a sus colegas y a la Generación del 98 española. Tiempo después, a instancias de su amigo, el historiador revisionista Ernesto Palacio, visita al coronel Perón y se da una corriente de mutua simpatía. Al poco tiempo es designado embajador argentino en México. Ugarte retoma el camino iberoamericano como embajador del peronismo.

El cambio de la política exterior con la salida del canciller socialista Juan Atilio Bramuglia por el conservador Hipólito Paz, expresaba el intento de Perón de recomponer relaciones con los Estados Unidos. Manuel Ugarte en la Embajada de México era un escollo para la nueva estrategia del Palacio San Martín y fue erradicado de mala manera.

En enero de 1950 presenta su renuncia y va a Madrid. Tiene 75 años y publica parte de sus memorias en dos libros: *El naufragio de los argonautas* y *La dramática intimidad de una generación*.

En soledad como sus amigos poetas idos, se suicidaba en su pequeño departamento de Niza. En Niza, el 2 de diciembre de 1951, lo encuentran muerto por emanaciones de gas, solo, rodeado de sus libros y papeles mecanografiados. Desterrado por los grupos de la inteligencia oligárquica, y olvidado por el peronismo, Jorge Abelardo Ramos editó sus obras por primera vez en la Argentina en 1953, rescatándolo de la proscripción y del olvido. En 1954, llegan sus restos a Buenos Aires, en barco. Y en un funeral cívico le rindieron homenaje Fabi Carvallo, Jorge Abelardo, Rodolfo Puigróss, John William Cooke, Juan José Hernández Arregui y Manuel Gálvez. Sus ideas son bandera de la Izquierda Nacional en América Latina.

Índice

Arrojo y sensatez:
el antiimperialismo de Manuel Ugarte
María Pía López

Destierros y olvidos

«Dichoso usted que puede escribir libros lejos de su patria, sin que agrien su ánimo los rebuznos de las estériles muías literarias ni la orina de los perros que pasan... No venga a América, Ugarte... ¡No venga!»
Juan José de Soiza Reilly, 1906

«Ninguno escapó a la zozobra económica. Ninguno ocupó en su país altas situaciones o puestos honoríficos, con excepción de alguna fugaz delegación frustrada. Vivieron la mayor parte de su vida en la expatriación, rechazados por el ambiente de la república en que habían nacido. Más de uno duerme el último sueño fuera de su tierra. Sobre doce, seis cayeron en forma trágica. Dos asesinados. Cuatro suicidas. Los demás se acercaron a la tumba como al madero salvador.»
Manuel Ugarte, El dolor de escribir, 1933

«¿Será verdad lo que se viene repitiendo de frontera en frontera, que Ugarte es víctima de una confabulación organizada por todos aquellos que desenmascaró y combatió?»
Alejandro Sux, Nosotros, N° 294, noviembre de 1933

Un ensayista argentino sostuvo que el pensamiento verdadero conlleva la situación de destierro. Un destierro a veces físico o geográfico, y otras una suerte de proscripción producida por los conjurados del ocultamiento. Martínez Estrada quiso pensar, con esa imagen, la situación de sus más admirados escritores y, a la vez, poner de manifiesto el modo en que concebía su propia posición en el país. Ya viejo quiso encontrar en la Cuba revolucionaria una nueva patria pero la adopción fue efímera e incómoda.

Quizás porque lo que pensaba como destierro era una profunda inquietud frente a las distintas formas de complicidad con la injusticia, el deshonor, la estupidez o la

pobreza. Una especie de alerta contra la posible reconciliación con una realidad que debía ser enjuiciada. Aquí y en el resto del mundo.

Crítica y soledad. O los costos de una búsqueda a contrapelo. Martínez Estrada recuperaba motivos que los escritores modernistas habían pulido alrededor de la carencia de público, la vacante de mecenas y las dificultades de habitar países en los que tambaleaban los criterios que habían jerarquizado al oficio intelectual.

Los modernistas: esto es, la generación que incluía desde Rubén Darío a Manuel Ugarte; desde Leopoldo Lugones a José Santos Chocano. Hombres del siglo XIX que recibieron al siguiente con juvenil ímpetu creador y que dejaron registro de los tembladerales políticos y culturales de sus primeras décadas. Darío y Ugarte vivieron más tiempo en el exterior que en sus países de origen. El autor de *El dolor de escribir* vivenció de distintos modos ese alejamiento: primero como instancia de aprendizaje sentimental e intelectual y forja de un destino como escritor; luego como separación de un país que condenaba sus posiciones.

En el primer caso: fue el viaje a París. La estadía de años, las aventuras amorosas, la bohemia de los bares, el financiamiento paterno y los artículos periodísticos. También: los derechos de autor por los libros, el sueño de un destino profesional en la escritura y de una travesía incesante por brazos femeninos. La percepción crítica sobre la situación de América Latina coexistía con una vida confortable y un futuro promisorio. No solo de Ugarte, heredero, en esos momentos, de una familia acomodada. Cuando Emilio Pettoruti narra sus memorias de joven pintor pobre y becado en la Europa de principios de siglo también describe un futuro que de ningún modo parecía amenazante: los estudios, las galerías, los círculos de amigos, las exposiciones futuras. Por eso la desesperación cuando llega a Buenos Aires, ilusionado con las descripciones de sus contemporáneos martinfierristas, y lejos de encontrar una ciudad ávida de innovaciones, choca contra los prejuicios más bruscos contra el arte nuevo.

Esa ciudad que rezuma conservadurismo como tensión y decepciona en la comparación con las posibilidades europeas, es también la que expulsa a Ugarte. En su caso, es la ciudad de costumbres pacatas, un mundo cultural casi provinciano y, fundamentalmente, un Partido Socialista que si aparece como destino para los hombres con sensibilidad social al mismo tiempo cultiva un liberalismo férreo. De

todo eso fuga el escritor. En la primera secuencia de viajes: los que realiza hasta 1910.

Porque luego vendrá otro viaje, que funcionó como descubrimiento y experiencia, la gira fundamental que hizo por América Latina y el Caribe. Dejemos apenas mencionada esa travesía, sobre la que volveremos en el punto siguiente. Porque lo que quiero señalar ahora es el segundo modo en que vuelve a Europa y luego a Chile: como un hombre sin recursos, librado a sus propios medios, y casi condenado al ostracismo en su país de origen. La taba se había dado vuelta. Y si en el plano personal la situación estaba signada por la pérdida de la fortuna paterna, en el ámbito público sería reprobado por la posición asumida frente a la Primera Guerra Mundial. Los hombres que habían sido amigos, compañeros de lucha o contertulios, agitaban en las calles y en los periódicos contra la neutralidad del gobierno argentino. Ugarte, como un ave solitaria, llamaba a sostenerla sin apoyar por ello a Hipólito Yrigoyen. Lugones escribió en esos años un libro al que llamó *La torre de Casandra* para describirse a sí mismo como el profeta desoído y condenado. Sin embargo, Ugarte, que sostuvo la tesis triunfante respecto de la abstención en el combate, resultó más aislado y solitario que el belicista poeta nacional: «...pero cuando nuestras repúblicas, maniatadas, según las zonas, desde el punto de vista político, diplomático o económico, se vean obligadas, dentro de algunas décadas, a acatar, en una u otra forma, una enmienda Platt continental, alguien recordará que hubo un escritor que, en medio de la mofa, el silencio o la difamación, predicó desde los comienzos la única política que puede salvarnos».[1]

Por izquierda y por derecha el consenso era casi unánime: estaban en juego los valores civilizatorios, el mundo de la libertad contra el de la opresión, y la neutralidad argentina solo podía ser explicada como un oscuro oportunismo que llevaba a la consideración de la balanza comercial antes que a la confrontación heroica de los ideales. El argumento de Manuel Ugarte, que veía en esa lucha una disputa ajena y en su resultado la amenaza de una profundización de la expansión imperial norteamericana, se convertía, en ese contexto, en inaudible. O incomprensible. Norberto Galasso, el erudito biógrafo del escritor de *La patria grande*, señala que

[1] Manuel Ugarte, *La patria grande*, Madrid, Editora Internacional, 1924.

aun las izquierdas veían en los Estados Unidos antes un agente de la libertad que un intervencionismo de marines y capitales.[2]

No se repondría la figura de Ugarte de esa condena. Niza y Viña del Mar serían menos los paradisíacos paisajes para la tranquilidad del escritor, que refugios ante un mundo cultural que recibía sus intervenciones como provocaciones de un aguafiestas. En *El dolor de escribir (Confidencias y recuerdos)* reflexionó, con amargura pero sin arrepentimiento, sobre ese destino. La condena sería la consecuencia de la vocación elegida. Narra una anécdota escolar, en la que el intento de desviarse del tipo de retórica y temas dominantes en la clase de literatura fue sancionada con la burla generalizada de sus compañeros y la recomendación profesoral de dedicarse a las ciencias exactas. Son otras las conclusiones que extrae el adulto que recuerda: «Pero la fidelidad a mis certidumbres y -digamos la palabra- la confianza en mí mismo, que me llevó después a defender, a pesar de todos los pesares, la tesis antiimperialista, existía acaso en germen en el desamparado escolar.

—Puesto que mis escritos levantan resistencia -me dije- hay probabilidades de que no sean malos».[3]

La resistencia provocada es convertida en atributo valorativo de la escritura. En sus textos de adulto el honrar a la nación causaría el «desprecio de sus compatriotas». El aislamiento y la pobreza, la condena sufrida por los hombres preocupados por el porvenir de América Latina, lo llevan a nombrar la región como «continente suicida.» Estos trazos trasuntan la mascullada tristeza de sentir que si su obra política quedó abortada por las complicidades imperialistas (persecución prevista «aunque no en la forma implacable que cobró la represalia»), su obra literaria fue mellada por las preocupaciones económicas: «Hago la rápida síntesis para declarar paladinamente que no estoy satisfecho de mi labor. El ideal de escritor no se ha cumplido. No he realizado lo que soñé. (...) La irritación en que he vivido durante largas décadas, unas veces con motivo de la injusta hostilidad que me

---

[2] Norberto Galasso, *Manuel Ugarte*, Buenos Aires, Eudeba, 1973, tomo I y II.

[3] Manuel Ugarte, *El dolor de escribir (Confidencias y recuerdos),* Buenos Aires, Fondo Nacional de las Artes, sin fecha (I[a] ed: Niza, 1932).

cercaba, otras a causa de las crecientes urgencias económicas, no me ha permitido hacer más».

El dolor de escribir: meditación angustiada sobre una vida y una misión. También grito que intenta rasgar el olvido.

El viaje: testimonio y agitación

«El 29 de octubre de 1911 partía yo con el fin de realizar la gira continental. Quería entrar en contacto con cada una de las repúblicas cuya causa había defendido en bloque, conocerlas directamente, observar de cerca su verdadera situación y completar mi visión general de la tierra americana, recorriéndola en toda su extensión, desde Las Antillas y Méjico hasta el cabo de Hornos.»

Manuel Ugarte, El destino de un continente, 1923

«Yo he recorrido la tierra mexicana de Norte a Sur y de Este a Oeste en todas sus direcciones, en sus provincias más apartadas, atravesando las zonas que señalan como especialmente peligrosas, y puedo afirmar perentoriamente que no he encontrado nada de lo que nos cuenta el cable».

Manuel Ugarte, La patria grande, 1924

José Carlos Mariátegui sintetizó la experiencia procurada por su propio viaje a Europa, en 1919, como descubrimiento de la condición de americano. Seguía los pasos de muchos otros, aunque al escribirlo recordaba los dichos del norteamericano Waldo Frank. Por los mismos años, Oswald de Andrade se descubrió brasileño en un *atelier* de París y Oliverio Girondo retornó a Buenos Aires con la certeza de la argentinidad. Pero el caso de Manuel Ugarte es singular: porque aúna la situación del viaje europeo con la del viaje a Estados Unidos y el descubrimiento del imperialismo. Si resulta precursor de Mariátegui lo hace en la senda de José Martí.

El independentista cubano había padecido el destierro y declaraba escribir desde las entrañas del monstruo. Finalmente sería mártir de esa demorada independencia. Ugarte lo considera, junto a Augusto Sandino, entre los tenaces luchadores por una causa con pocos aliados, El escritor argentino descubrió la fuerza de las políticas imperiales no en la vida desgraciada del Caribe o la América Central sino en el país del norte y en la escritura de sus hombres. Leyó un presagio o una amenaza: «la

bandera estrellada flotará sobre toda América Latina» y consideró que su misión era difundir lo advertido y organizar la defensa.

En 1901 publica su primer artículo antiimperialista: «El peligro yanqui». No está solo en esa denuncia aunque la compañía esté integrada por pocos hombres. Norberto Galasso recuerda los escritores y los libros en los que esa preocupación se despliega: *La ilusión americana* de Eduardo Prado (1893); *El continente enfermo* de César Zumeta (1899); *Ariel* de José E. Rodó (1900); *Ante los bárbaros* de José M. Vargas Vila (1901) y los artículos de Rufino Blanco Fombona. El cubano Jesús Castellanos escribe desde Nueva York una crítica al antiimperialismo de Ugarte pero reconociendo que parte del conocimiento y eso lo convierte en un escritor singular: «El poeta Rubén Darío, intermitentemente iluminado o equivocado; Chocano, devoto de una poesía artificiosa o trompetera donde se malogra su genio; Rueda, infeliz poeta de banquetes, atacado de una micromanía que consiste en hacer pequeño todo lo grande, ver en un sol un abanico, en el mar una piscina, todos ellos han proclamado la guerra santa. Pero lo han hecho en nombre de un culto delicioso y mezclado a las cosas viejas y supuestamente aristocráticas que por nocivas o vergonzosas quiere olvidar ya el mundo.»[4]

Ugarte decidió que su empresa no podía limitarse a la escritura y pensó un viaje destinado a conocer de cerca los países de la región y agitar las conciencias en favor de realizar una unión continental. No habría defensa eficiente contra las intervenciones norteamericanas, si América Latina no actuaba como un solo país, capaz de igualar en fuerza y potencia a sus adversarios: «En su desmigajamiento actual, nuestras repúblicas no pueden oponer ninguna resistencia a las naciones imperialistas».[5]

El primer país en el que recaló es Cuba: la tierra de Martí, puerta de entrada a *Nuestra América*. Luego será Santo Domingo y más tarde un México convulsionado por la revolución. La tierra sublevada contra Porfirio Díaz y sus herederos dejó en Ugarte una huella fundamental: estará siempre atento a los recovecos de la guerra,

---

[4] Jesús Castellanos, «Los dos peligros de América», *Nosotros*, N° 32, septiembre de 1911. Castellanos considera a los Estados Unidos como el mejor amigo de la libertad cubana, el auxilio indispensable y desinteresado en la lucha Independentista, y ve en Ugarte un hombre enceguecido por la distancia. Él escribe con los ojos cerrados por la cercanía.

[5] Manuel Ugarte, *La patria grande*, op. cit

dispuesto al apoyo al sector constitucionalista de esa lucha. Ninguna confianza dispone, en los años siguientes, para las fuerzas campesinas conducidas por Zapata y por Villa.[6] En la década de 1940, cuando México ya haya sido estabilizado por el PRI -y por las reformas encaradas por Lázaro Cárdenas- y la Argentina esté presidida por un general nacionalista, el escritor de *La patria grande* será embajador allí.

Durante aquel viaje iniciático, que demora dos años, recorre el continente casi entero: El Salvador, Nicaragua, Costa Rica, Estados Unidos, Venezuela, Guatemala, Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia, Chile, Argentina, Uruguay,[7] Paraguay, Brasil. Configura una extraordinaria empresa de reconocimiento, a la vez que prueba su capacidad de convicción y agitación. Mítines multitudinarios, actos en las calles, conferencias en los teatros y persecución de algunos gobiernos, se suceden a lo largo del viaje. La recepción juvenil y popular y, por el revés, la condena oficial, funcionan como demostración del acierto respecto de la denuncia y de la necesidad de una articulación. Pero algo extraño pasa con ese viaje: queda como esquirla solitaria, como épica individual, que solo encontrará herederos en la década siguiente. Los que se agruparían para combatir el imperialismo no fueron reclutados entre las juventudes que escucharon al orador viajero sino entre las que se bautizaron en las luchas por las reformas universitarias. Por eso, Ugarte será considerado antes que un compañero un precursor.[8]

---

[6] En este libro que prologo, el lector encontrará interpretaciones contradictorias sobre la revolución mexicana. Una de ellas -fechada en 1913-, sostiene que ante la ruptura nacionalista de Porfirio Díaz con los Estados Unidos, explícita en la entrevista con el presidente Taft, el país Imperial habría incitado la revolución maderista. La otra -escrita en 1919-, plantea el reconocimiento de la insurgencia contra una política de extranjerización como la llevada a cabo durante la larga dictadura. Persiste sin embargo la desconfianza frente a los dirigentes campesinos: Zapata es visto como «caudillo de la anárquica repartición de tierras» y Villa como autor de una «inconcebible aventura».

[7] En Uruguay habría depositado unas flores ante la tumba de José Artigas, pero si ese acto simbólico es poderoso para un intelectual argentino, en términos biográficos la tierra oriental le deparaba un entusiasmo y una tragedia-, conoce en ese viaje a la poeta Delmira Agustlni y se convierte en su testigo de casamiento. Entablan una suerte de romance epistolar que rodea el temprano divorcio de la escritora. El despechado marido la asesinó meses después de la separación.

[8] Fue reconocido en parte y, a la vez, ignorado: «los hombres tienen la propensión al olvido, y en Hispano-Américа el nombre de Ugarte no es recordado con la justicia que le es debida por las

Una suerte de maestro y también el lugar de legitimación última en un contexto de multiplicación y fragmentación de las organizaciones antiimperialistas. Hay una división fundamental, y es la trazada entre el APRA y los partidos comunistas, impulsores de la Liga. Entre los apristas y los comunistas muchas eran las diferencias y los motivos de confrontación: desde la consideración respecto de las alianzas de clases -o su inviabilidad- hasta la atención respecto de las realidades nacionales. Ugarte mantiene correspondencia con los distintos grupos y en su archivo están los reclamos de una bendición que legitime y de una adhesión que incline la balanza.

Julio Mella, fundador del Partido Comunista Cubano, que moriría asesinado en México, le solicita en abril de 1927: «Un llamamiento o carta suya a los pueblos de la América Latina invitándolos a luchar y organizarse, bajo el Congreso de Bruselas y sus acuerdos. Es para publicarse en el órgano español de la Liga». Desde el otro sector y unos días después, le escribe el fundador del APRA y dirigente universitario peruano, Víctor Raúl Haya de la Torre: «Lo que necesitamos ahora es organizar las fuerzas. No hay otro organismo que la APRA. Por eso Palacios y la ULA se han unido a nosotros. ¡Cuánto valdría un saludo de Ud. como aliento!».[9]

Las cartas se suceden. Superpuestas. Contradictoras unas de las otras. Mientras Haya cuenta exultante la adhesión de la Unión Latinoamericana, Arturo Orzábal Quintana le avisa a Ugarte la ruptura con Palacios y la creación de la Alianza Continental -junto con Homero Guglielmini, Federico Monjardín, Manuel Juan Cruz, Fortunato Liza, Rómulo Vinciguerra y José Luis Cerrutti- y le informa: «propondré a la Asamblea de fundadores de la Alianza Continental se designe a Ud. Presidente de Honor a título vitalicio. Estoy seguro que mi propuesta será aprobada por unanimidad».[10]

La fragmentación de las iniciativas venía a reforzar la otra fragmentación, aquella contra la que se combatía, la escisión entre las naciones del continente. El lugar de Ugarte es la imposibilidad de actuar. Si estaba excesivamente solo durante su gira,

---

nuevas generaciones que se encienden en entusiasmos de solidaridad hispanoamericana» (Emilio Suárez Callmano, comentario sobre *La patria grande* en *Nosotros*, N° 203, abril de 1926).

[9] La carta de Mella está fechada el 23 de abril de 1927 y la de Haya de la Torre el 4 de mayo de 1927.

[10] Carta de Arturo Orzábal Quintana, 26 de abril de 1927. Reproducida, como las de Haya de la Torre y Mella, en *El epistolario de Manuel Ugarte*, Buenos Aires, Archivo General de la Nación, 1999.

una década después tendrá demasiados herederos, incapaces de concordar entre sí. Y todos solicitando la carta, el apoyo, el manifiesto, la legitimación. Sin embargo, el escritor no se queja de esos nuevos militantes, sino que se esperanza en las «nuevas generaciones».

La patria grande

«Pero, mi patria, ¿es acaso el barrio en que vivo, la casa en que me alojo, la habitación en que duermo? ¿No tenemos más bandera que la sombra del campanario?»

Manuel Ugarte, El destino de un continente, 1923

«...la civilización, como la libertad, ha servido en todas las épocas para justificar los atentados. En nombre de la libertad impuso Napoleón su dominación a toda Europa, en nombre de la civilización Europa se repartió el Asiay el África...»

Manuel Ugarte, El destino de un continente, 1923

Los títulos de Ugarte son territoriales. Anuncian el lugar desde donde escribía o para el cual intentaba pensar. A principios del siglo XX va de *Paisajes parisinos* y *Crónicas del bulevar* a *Cuentos de la pampa*. Como supo señalar David Viñas a propósito de otros escritores, el vaivén París-Buenos Aires configura un estilo literario y una serie de temas. El bulevar es el reino de la velocidad y de la mercancía. Exige un cronista con la síntesis de una cámara y una velocidad cinematográfica: «no les es dado detenerse un minuto, porque serían derribados y aplastados por los que vienen detrás. Están condenados a verlo todo desde la ventanilla del tren».[11] Si la crónica debe apegarse a la sucesión de novedades, la escritura resulta sospechada de frivolidad.

---

[11] Esta expresión, en un texto sobre «La crónica en Francia», recuerda la idea de Walter Benjamín de la diferencia entre el ver desde el tren y desde la perspectiva del caminante, capaz de percibir las rugosidades y curvas del terreno. En muchos momentos del libro Crónicas del bulevar se puede recordar al París analizado por Benjamín. Claudio Maíz y Marcos Olalla los piensan a ambos -al autor de La patria grande y al de Diario de Moscú- como extranjeros en la ciudad francesa (cfr. «Miradas de un latinoamericano en París», en Manuel Ugarte, Crónicas del bulevar, Buenos Aires, Biblioteca Nacional, Colección Los raros, 2010). Al contrario, para Rubén Darío -en el prólogo a la primera edición de ese libro- «se puede nacer parisiense en cualquier parte del globo». Y ese sería el caso de Ugarte.

Es contra esa condena que se recorta el otro motivo de la escritura ugartiana: la patria, el continente, América Latina. No solo la escritura, también el viaje. Que es menos un recorrido veloz, una mirada de sobrevuelo que la detención, la estadía, el conocimiento directo. La afirmación de *La Patria*. Así se llamó el periódico que editó en 1915 y desde cuyas páginas impulsaba un nacionalismo democrático y antiimperialista.

El tópico se amplía y destella con el título que menciona menos una realidad que una aspiración, menos un estado que un horizonte al que se convoca a construir*: La patria grande* -en donde recopila varios de los artículos de aquel periódico-. Porque con esa enunciación produjo tantos efectos de reconocimiento como el *Nuestra América* de Martí. Es decir, se convierte en eslogan y en llamado. En santo y seña de los conjurados contra una idea restringida de la nacionalidad. Sueltos, esos nombres pertenecían también a otros escritores. Lugones unos años antes había publicado *La patria fuerte* y un lustro después editaría *La grande Argentina*. Pero en aquellos títulos aludía a una épica militar y disciplinaria, a la fundación de un orden jerárquico en el interior de las fronteras ya constituidas.

Por el contrario, el título de Ugarte porta la respiración de la región y alude a una nueva concordia, capaz de retomar el americanismo inicial. Piensa a este libro, editado en 1924, como parte de una serie de cuatro tomos. Los otros son*: El porvenir de la América latina, Mi campaña hispanoamericana* y *El destino de un continente*. En los títulos de la secuencia se afirma la idea continental, más aún que en el contenido de los artículos de *La patria grande*, preocupados, fundamentalmente, por el «porvenir de la gran Argentina».

El libro comienza con una carta abierta al presidente de los Estados Unidos: «pedimos, en fin, que la bandera estrellada no se convierta en símbolo de opresión en el Nuevo Mundo». El destinatario es el electo presidente Woodrow Wilson. Ugarte apela no solo a una presunta buena voluntad, sino a un argumento que va a reiterar en distintos momentos: las políticas coloniales son poco compatibles con las políticas internas democráticas. Aquí afirma: «no es posible que resulte que habiendo abolido en el siglo XIX la esclavitud para los hombres, la dejéis restablecer en el siglo XX para los pueblos». Y unos años después precisa el problema: el argumento de que unos hombres son menos iguales que otros, y que su inferioridad

obliga la sumisión a una dirección externa, sirve tanto a un ejercicio imperialista como a una ruptura de las lógicas democráticas.[12]

La preocupación del escritor no es compartida por sus compatriotas. Argentina parece demasiado lejos de las zonas afectadas por el intervencionismo imperial. Tanto es así, que la ruptura de Ugarte con el Partido Socialista se debió a la antagónica consideración de la cuestión del canal de Panamá. Mientras para el autor de *Crónicas del bulevar* la separación de la provincia colombiana era resultado de una condenable intervención extranjera, para el periódico socialista *La Vanguardia* se trataba de un hecho civilizatorio: «Al decir que Colombia entrará en el concierto de las naciones prósperas y civilizadas, se establece que no lo ha hecho aún y se comete una dolorosa injusticia contra ese país, que es uno de los más generosos y cultos que he visitado durante mi gira. Al decir que 'Panamá contribuirá a su progreso' se escarnece el dolor de un pueblo que, víctima del imperialismo, ha perdido, en las circunstancias que todos conocen, una de sus más importantes provincias, y que resultarla 'civilizado' por los que sirvieron de instrumento para la mutilación del territorio nacional».

Ugarte apuesta a la concordancia regional, en un contexto donde a la invisibilización creciente del imperialismo -finalmente velado por las humaredas de la Primera Guerra Mundial- se suman los conflictos fronterizos de la región y las disputas por los repartos territoriales. Es decir, ve una necesidad pero allí donde no está ni siquiera insinuada la posibilidad de satisfacerla. Si el origen hispánico -la unidad del idioma y la religión- permitiría la unidad, los gobiernos y diplomacias negarían ese camino. Para el escritor radicado en Francia, España permanece como fundamento y como posibilidad de la patria grande. Por eso, las revoluciones independentistas no son interpretadas como rebeliones contra la metrópoli colonial sino como capítulos de la revolución española.

Deodoro Roca escribió que Sandino debió actuar contra su pueblo, porque el imperialismo muestra en el primer momento su rostro promisorio: aumento del comercio, mejora de las condiciones de vida de sectores de la población. Difícil y solitaria es la tarea del que advierte las consecuencias funestas que traerá la

---

[12] «Si admitís que hay grupos nacionales que a causa de su civilización pueden aspirar a conducir ocasionalmente a los otros -dirían algunos-, tendréis que reconocer que hay clases sociales dignas de guiar a las menos preparadas.» (*La patria grande*, op. cit.)

sujeción. Del mismo modo se pueden leer estos escritos de Ugarte, empeñados en demostrar lo que a lo largo del siglo xx sería dolorosamente evidente pero que en esos momentos parecía exceso de sensibilidad. Ya Lenin había publicado *El imperialismo, fase superior del capitalismo* y sin embargo las tesis del argentino son recibidas con incredulidad.

El réprobo del Partido Socialista, luego de largos años de ser su representante ante la Internacional, pensaba que la guerra dejaba una enseñanza: los pueblos están condenados, a fin de preservar su fuerza, a «seguir devorando vida, como todo lo que lucha por subsistir».[13] El imperialismo es visto como necesidad y, a la vez, como política que va desplegándose con distintas argucias y estrategias. En la década de 1920, ya no se trataba solo de la anexión de un territorio nacional, sino que nuevos funcionamientos requerían menos del misionero y el soldado que de «las exportaciones, los empréstitos, las vías de comunicación, las tarifas aduaneras, las genuflexiones diplomáticas, las lecturas, las noticias y hasta los espectáculos». La economía y la industria cultural eran advertidas como las vías regias de las succiones de las energías nacionales, como grilletes de nuevo acero que encadenaban a una dependencia persistente. La idea es tan aguda como temprana y va a señalar los dilemas que enfrentaría la región en su vínculo con Estados Unidos a lo largo del siglo xx.

La patria grande es una compilación de artículos fechados: en algunos, como el que mencioné recién, la fecha es evidencia de anticipación. En otros, demostración de una proyección errónea o de una ilusión. Por ejemplo, la que lo lleva a sostener, en 1923, que en el mundo ya no habrá lugar para los nacionalismos xenófobos. Están fechados pero la organización del libro no sigue un orden cronológico. Se trata más bien de un haz de temas que van desde la imagen de América en Europa hasta la ley electoral o desde el llamado a la prudencia en el trato de las huelgas o

[13] Este argumento es tomado de ciertas lecturas de la obra de Nietzsche y de William James, a las que ve como las filosofías más capaces de expresar la época abierta por la guerra. Esas lecturas le permiten una reflexión materialista sobre la política Internacional. Dos décadas antes, en *Crónicas del bulevar*, había considerado que el porvenir de la juventud se debatía «entre el *Ainsi parlait Zarathoustra* de Nietzsche, y *Le Capital* de Karl Marx». Mientras los lectores del primero eran jóvenes indiferentes, anarquistas-conservadores; los segundos eran los generosos impulsores de la reforma social.

la política petrolera hasta la crítica a la doctrina Monroe. Fragmentos que componen una misma figura: la preocupación por la independencia nacional.

La política de la prudencia

«No somos agitadores. De nuestra mesura y prudencia para abordar la cuestión social hemos dado prueba en repetidas ocasiones, y nuestra separación del Partido Socialista a raíz de las incidencias que todos conocen, es garantía suficiente de serena ecuanimidad. Adversarios de ideologías y de sistemas que puedan hacer peligrar la vitalidad del país, rechazamos la lucha de clases y las agrias reivindicaciones que parecen ser la base del programa extremista; pero, por lo mismo que queremos la concordia social y la colaboración de todos los hombres dentro del engrandecimiento nacional, somos partidarios de que se respeten los derechos individuales y de que se defienda la dignidad del obrero»

Manuel Ugarte, La patria grande, 1924

«Cuatro años de viajes casi incesantes dentro del país, que en su totalidad conozco, han engendrado y robustecido esta convicción; y basado en ella, afirmo que el Partido Socialista, con su programa científicamente indiscutible, sus elevados propósitos y su moralidad superior, es entre nosotros, hoy por hoy, el partido del ensueño.»

Leopoldo Lugones, «Nuestro socialismo», sin fecha[14]

«Lo que nuestra América necesita es paz, trabajo y cordura.»

Manuel Ugarte, La patria grande, 1924

La relación de Ugarte con la vida política está signada por la idea de serenidad y de prudencia. Aun cuando asumió compromisos intensos y riesgos no desdeñables. Sus actitudes estuvieron recortadas, a la vez, sobre la idea de una misión ineludible y de una necesaria prudencia para llevarla a cabo.

---

[14] Este artículo fue recopilado en *Primeras letras de Leopoldo Lugones*, sin mención de su fecha de edición. Por la temática y la argumentación, podría fecharse alrededor de 1904.

Cuando era un Joven de veinte años fundó *La revista literaria*. El nombre, otra vez, subrayaba el intento: «Queremos hacer una revista exclusivamente literaria». Un año después Lugones e Ingenieros editaban *La montaña*, revista de palabras iracundas y ataques vitriólicos contra la clase política gubernamental. Se definían socialistas, rompían con argumentos revolucionarios con la conducción de Juan B. Justo, e imaginaban que ningún tema podía sustraerse a la pregunta por su vínculo con la lucha de clases. Ugarte, por el contrario, preservaba las diferencias: se trataba solo de literatura.

Entre otros motivos, porque su entusiasmo por el socialismo correspondería a su estancia parisina. Esa fue la luz que lo deslumbró en la ciudad: los trayectos por las universidades populares y las asambleas obreras, los esfuerzos militantes y los compromisos sociales. Rubén Darío prologaba *Crónicas del bulevar* recordando sus diferencias: «Hemos asistido juntos a reuniones socialistas y anarquistas. Al salir, mis ensueños libertarios se han encontrado un tanto aminorados... No he podido resistir la irrupción de la grosería, de la testaruda estupidez, de la fealdad, en un recinto de ideas, de tentativas trascendentales (...) Y, sin embargo, Ugarte, convencido, apostólico, no ha dejado de excusarme esos excesos, y se ha puesto hasta de parte del populacho que no razona, y me ha hablado de la próxima regeneración, de universal luz futura, de paz y trabajo para todos, de igualdad absoluta, de tantos sueños...».[15]

Ugarte se define como socialista porque en el socialismo encuentra la organización que impulsa un tipo de evolución que corresponde a la transformación necesaria de la vida social: «la verdadera prudencia consiste en darse cuenta de las cosas. Cerrar los ojos no es evitar el peligro. Un socialismo escalonado puede evitar a las colectividades la confusión y el pánico de una sacudida».[16] Dirá: «soy un evolucionista». Su imaginación no es la de la insurrección o la llamarada

---

[15] Darío lo describe como un creyente y un hombre bueno, como un alma matinal. Un par de años antes había escrito sobre Lugones, entonces fervoroso socialista, para señalar que ese compromiso sería pasajero y que, como las serpentinas de carnaval arrojadas en la calle, pronto lo rojo declinaría en blanco. Es sugerente esa diferencia de apreciación: el ver en uno un creyente tenaz y en otro un veleidoso apasionado.

[16] «Las ideas del siglo», conferencia de octubre de 1903, reproducida en Dardo Cúneo-, *El romanticismo político*, Buenos Aires, Ediciones Transición, 1955.

revolucionaria. Tampoco la de la lucha de clases: la evolución será posible por la colaboración y la concordia, porque no solo está en juego la cuestión social sino la cuestión nacional. Al advertir como contradicción fundamental la del imperialismo, el escritor considera la diferencia entre las clases como dimensión subordinada a la defensa nacional. Y el razonamiento sigue su curso, porque no habrá nacionalismo -al que pretende un «patriotismo sereno y razonado»- sin mejora y reconocimiento de los sectores populares.

Los adjetivos son relevantes porque constituyen un llamado o una apuesta. La prudencia, la sensatez y la serenidad aparecen como atributos que devienen calificativos[17] para las buenas y necesarias políticas: aquellas dirigidas al equilibrio social. Un equilibrio que requiere menos de la expropiación de los que tienen que del acrecentamiento de la riqueza: «Tengamos el valor de decirlo. Lo necesario en la Argentina de hoy no es 'socializar los medios de producción' (...) Lo que verdaderamente urge, es reglamentar el trabajo, explotar y poner en circulación los productos naturales y extender la civilización hasta los más lejanos territorios», escribe en *La patria grande*.

Ugarte se desplaza así de un socialismo más apegado a la exposición del conflicto hacia un reformismo que tendría, a principios del siglo, expresión en las políticas del trabajo intentadas por un sector del roquismo. La colaboración con la comisión creada por Joaquín V González para legislar sobre el trabajo es necesario comprenderla en este plano argumentativo. El informe de Bialet Massé o la labor de Ingenieros y Ugarte, estaban destinados a tratar la cuestión obrera en un plano en el que el Estado no fuera solo el brazo legal de los patrones, sino el regulador de una relación siempre amenazada de resolverse violentamente.

Cuando ello ocurre, el escritor se lamenta: «han faltado en el gobierno hombres previsores y flexibles que atenúen los choques y sepan imponer respeto sin recurrir a la violencia; y han faltado entre los grupos extremos los consejeros prudentes...». Piensa y actúa contra los extremos peligrosos, el de la reacción y el de la

---

[17] Incluso aparecen esos términos ante situaciones muy sensibles a los compromisos ugartianos. En 1923 planteó Impulsar la explotación nacional del petróleo en los países latinoamericanos pero descartando la revisión de las concesiones: «lo que la inexperiencia sacrificó en el pasado, escapa a nuestra voluntad y es cosa juzgada». En el mismo sentido, afirma que Colombia no podría recuperar Panamá y habría que afrontar ese drama con serenidad y sensatez.

revolución. Nuevamente: se trata de la «única política sensata», de mirar «las cosas con serenidad». De evitar tanto Roma como Moscú, aunque si la decisión fuera excluyente Ugarte elegiría la experiencia soviética. No ve que los tiempos exijan esa elección, sino que prima una mayoría de políticas democráticas y liberales y un campo abierto de reformas.

Ugarte disintió y fue expulsado del Partido Socialista. Hemos dicho uno de los motivos: la mirada concesiva de la conducción partidaria respecto del imperialismo. Pero el escritor nombra como diferencias también la valoración del ejército, de la religión, de la patria y de la propiedad. Esto es, concibe al ejército como fuerza defensiva de la soberanía nacional, a la religión como institución respetable, a la propiedad como hecho social indiscutible y a la patria como identificación afectiva. Poco lo unía al internacionalismo clasista, salvo la preocupación por las condiciones de vida de las mayorías obreras.

Un nacionalismo democrático es el horizonte político que van dibujando sus escritos. Y en los que se va haciendo previsible su entusiasmo frente al peronismo. Porque la experiencia abierta en la década de 1940, y a la que brindó apoyo un Ugarte ya viejo, venía a reponer sus antiguos temas: la reparación a la clase obrera, la conciliación y el equilibrio, la soberanía nacional. Apoyó a ese gobierno y fue embajador. No demasiado tiempo: en 1950 declara: «cesé de acompañar a Perón cuando Perón abandonó las dos directivas esenciales del movimiento revolucionario: resistencia al imperialismo y reconstrucción nacional».[18]

Más allá de esa distancia, es claro que el tipo de política de la serenidad social y de la unidad nacional que él venía delineando había encontrado su cauce, finalmente, en la historia nacional. Ugarte volvió a la Argentina, por última vez en 1951, para votar a Perón.[19] Poco después moría en Europa, accidental o voluntariamente. El vaivén inicial entre Europa y América no se había detenido. Sí se había vuelto absolutamente dramático. Tres años después sus restos serían velados en Buenos Aires: «En noviembre de 1954, organicé una Comisión de Homenaje. Recibimos los restos de Ugarte en el puerto de Buenos Aires (...) Hablaron en el acto Carlos María Bravo, Rodolfo Puiggrós, John William Cooke y yo

---

[18] Borrador reproducido en *El epistolario* de Manuel Ugarte, op. cit.

[19] Cfr. Laura Ehrlich, «Ugarte, Manuel Baldomero», en Horacio Tarcus, *Diccionario biográfico de la izquierda argentina*, Buenos Aires, Emecé, 2007.

(...) A pesar de la tensión reinante, congregamos unas cuatrocientas personas. Salvo el presidente Perón, que envió un telegrama de adhesión, ni el gobierno ni el peronismo oficial se hicieron presentes. Y, va de suyo, nadie de la 'inteligentzia' democrática».[20]

Es ya otra generación de intelectuales antiimperialistas la que homenajea a Ugarte en este relato de Jorge Abelardo Ramos y es un líder acosado por un golpe inminente el que envía su adhesión. Para muchos de ellos comenzaría, unos meses después, la travesía por el desierto.

Buenos Aires, mayo de 2010

[20] Jorge Abelardo Ramos, «Redescubrimlento de Ugarte», 1985. Ramos fue un lector y difusor de la obra de Ugarte. Publicó una edición argentina de *El porvenir de la América latina* y una selección de artículos de *La patria grande*.

LA PATRIA GRANDE

A la memoria de mi madre venerada, doña Sabina Rivero de Ugarte, corazón grande y generoso, alma creada para la ternura y para el bien. Que mi dolor se cambie en flores al llegar hasta ella.

M.U.

Explicación del título

Este libro completa una serie de cuatro tomos, de los cuales tres han sido publicados ya.

En *El porvenir de la América latina* he estudiado en síntesis los problemas primordiales de nuestras repúblicas desde el punto de vista interior y exterior y he esbozado las grandes líneas de una política global aplicable al conjunto de las antiguas colonias españolas y portuguesas. En *Mi campaña hispanoamericana* han sido reunidos algunos de los discursos pronunciados en defensa de esa tesis durante las giras de propaganda que realicé desde 1911 hasta 1917. En *El destino de un continente* he ampliado la visión inicial con ayuda de las observaciones directas recogidas en viajes sucesivos, y he formulado las conclusiones que nacen de las características actuales y de la situación política del mundo después de la guerra. Y en el libro que el lector tiene en las manos, cuyo título, *La patria grande*, subraya el sentido general de un intento, selecciono las páginas más significativas entre los innumerables estudios, artículos y manifiestos lanzados al azar de la lucha sostenida, durante veinte años alrededor de un ideal.

Indispensables para apreciar la trayectoria del esfuerzo, estas hojas dispersas forman un volumen coherente, cobran unidad al calor del pensamiento central y dan término a la dilucidación de un problema.

Aunque algunos comentarios se refieran exclusivamente a una república, se aplican, en realidad, a todas las naciones del continente; y aunque otros tengan en vista a todo el continente, se ajustan, con poco esfuerzo, a la situación particular de cada país. Porque con variantes graduales, y a través de perspectivas diferentes, se pueden comprobar idénticos fenómenos, parecidos dilemas, análogas inclinaciones y armónicas finalidades en las diferentes repúblicas, que, a pesar de su aislamiento, obedecen al ritmo de sus atavismos y de su situación en el mundo, dentro de una gravitación y una cosmología independiente de la distancia y de las mismas desavenencias accidentales.

Para las nuevas generaciones hispanoamericanas, ajenas a las ambiciones directas del poder, preocupadas por el porvenir de nuestro grupo, y exaltadas por un ideal de resistencia a las influencias extrañas, la expresión «patria grande» tiene

dos significados. Geográficamente, sirve para designar el conjunto de todas las repúblicas de tradición y civilización ibérica. Desde el punto de vista cultural, evoca, dentro de cada una de las divisiones actuales, la elevación de propósitos y la preocupación ampliamente nacionalista.

Si deseamos conquistar para nuestro núcleo la más alta situación posible, tenemos, que perseguir los dos empeños a la vez. La patria grande en el mapa solo será un resultado de la patria grande en la vida cívica. Lejos de asomar antinomia, se afirma compenetración y paralelismo entre el empuje que nos lleva a perseguir la estabilización de nuestras nacionalidades inmediatas, y el que nos inclina al estrecho enlace entre los pueblos afines.

Combatir en cada país la visión limitada, difundiendo un espíritu ágil que nos vigorice y nos levante hasta la cúspide de las más atrevidas esperanzas; y ampliar al mismo tiempo la concepción de la nacionalidad integral, abarcando hasta los límites del Nuevo Mundo de habla hispana, en una superiorización de perspectivas políticas y raciales, no es, en realidad, más que mostrarse fiel a la tradición de los iniciadores de la independencia, que no fueron ensimismados parlamentarios o gobernantes prolijos, atentos solo a predominar localmente sobre otras facciones, sino caudillos de la grandeza general, deseosos de sumar fuerzas paralelas, para culminar en una entidad poderosa, capaz de hacer sentir su acción en el mundo.

Por encima de la política adoptada en la mayoría de nuestras repúblicas, la presencia espiritual de Bolívar y San Martín se hace sentir en el alma de la juventud y en la consciencia del pueblo, provocando reservas ante la imprevisión, que en el orden interno nos recluye en una ebullición constante y nos induce en. el orden internacional a las rivalidades más peligrosas.

El problema primordial de la América latina no es el de saber quiénes son los hombres que han de gobernar, o cuáles son las regiones que han de ejercer vano predominio, sino el de crear las fuerzas vivientes que valoricen la riqueza y el de asegurarnos la posesión integral y durable de nuestro suelo.

En el campo nacional como en el dominio internacional urge reaccionar contra los localismos individuales y geográficos. No hay que perseguir la política que favorece el encumbramiento de las personas o de las pequeñas entidades, ni la que ofrece el triunfo a una generación, ni la que anuncia el auge dentro de un radio

limitado, sino la que sobre el dolor de nuestros propios sacrificios asegure el triunfo y la perdurabilidad total de la patria.

Nacido en la Argentina, he pensado siempre que mi república, engrandecida en el orden económico por el esfuerzo creador, estaba destinada a magnificarse espiritualmente en América, iniciando desde el Sur una política de coordinación con las repúblicas hermanas. Este libro es reflejo de esa preocupación, a la vez nacional y continental. Hacer que cada una de las naciones hispanoamericanas desarrolle su esfuerzo máximo para elevarse, y facilitar la colaboración de todas al calor de un recuerdo y bajo la urgencia de una necesidad, tomando como punto de apoyo la zona menos amenazada, me ha parecido el propósito más alto que podían perseguir las nuevas generaciones en marcha hacia la democracia verdadera y hacia la patria final.

Al cerrar la campaña conservo la convicción de haber defendido una esperanza noble y un ideal superior.

Niza, 1924

Carta abierta al presidente de los Estados Unidos

A las puertas de una nueva presidencia y de un nuevo régimen que anuncia propósitos de justicia reparadora, vengo hoy a decir toda la verdad a un gran hombre y a un gran pueblo. Los gobernantes están a veces alejados de la opinión general por grupos interesados en influenciarlos para satisfacer sus intereses de dominación o de negocio; y es menester que suba hasta ellos, para establecer el equilibrio, la voz de los que, sin ambiciones de dinero o de poder, solo persiguen la equidad superior, que es el tesoro más alto de los siglos.

Ha llegado, señor, la hora de hacer justicia en el Nuevo Mundo; justicia para ciertas repúblicas hispanoamericanas, que desde hace muchos años sufren un odioso tratamiento; y justicia para los Estados Unidos, cuyas tradiciones están palideciendo al contacto de una política que no puede representar las aspiraciones de los descendientes de Lincoln y de Washington.

Acabo de recorrer toda la América española; he observado con detenimiento la situación del continente; y como conozco la sensatez del pueblo americano, como sé el respeto que tiene por los principios, abrigo la certidumbre de que para que cese la injusticia que nos agobia, me bastará con denunciarla.

Durante largos años, los Estados Unidos, que realizan dentro de sus fronteras la más alta expresión de la libertad en nuestro siglo, han estado defendiendo en nuestra América un espíritu que es la contradicción y la antítesis de sus principios y de sus leyes. Los particulares y las compañías financieras de esa nación, parecen haber venido a algunos territorios, especialmente a la América Central y a las costas del Caribe, para falsear los principios del derecho civil, y para violar los preceptos del derecho internacional, llegando, a veces, hasta olvidar las reglas más elementales. Ciertas repúblicas van resultando un campo abierto a los malos instintos que no pueden manifestarse en los estados de la Unión, combatidos como están por las responsabilidades penales y por la opinión pública. Faltar a la palabra empeñada, burlar los contratos, amenazar, despojar a los individuos, introducir contrabandos, sobornar a las autoridades, empujar al desorden, han sido, según los casos, en varias de estas comarcas, cosas familiares para los que, por pertenecer a una gran nación, debían traer concepciones más altas de la responsabilidad individual.

Los gobiernos locales, a veces timoratos, no se han atrevido en la mayor parte de las circunstancias a perseguir a los delincuentes, amedrentados como están por el volumen de la América anglosajona o ligados como se hallan algunos por compromisos inconfesables; pero como consecuencia de tales procedimientos, los Estados Unidos se han convertido gradualmente en la nación más impopular entre nosotros. La hostilidad cunde entre las masas y en algunas regiones el ciudadano norteamericano tiene que recurrir frecuentemente a la estratagema de ocultar su nacionalidad y de hacerse pasar por inglés, para escapar a la mala voluntad que le circunda.

Nuestros pueblos son hospitalarios y generosos, señor presidente; en ellos existen innumerables compañías francesas, alemanas, inglesas, belgas, y para todos los negociantes respetuosos de nuestras costumbres tenemos siempre la mano fraternalmente extendida. El hecho de que la hostilidad esté localizada contra el norteamericano, prueba que no se trata de una antipatía irrazonada y general hacia el extranjero, sino de un movimiento de reacción directa contra procedimientos especiales de que somos víctimas.

En los Estados Unidos no se saben estas cosas; y yo tengo la certidumbre de que cuando la situación sea conocida, levantará mayor oleaje de reprobación que entre nosotros.

Ustedes representan una civilización que nació de una selección; que sustituyó, como punto de partida, el derecho moral a la fuerza bruta; que floreció al calor de nuevos ideales, como una reacción contra los viejos errores del mundo; y no sería lógico que cometieran con nosotros atentados tan dolorosos como los que Europa ha cometido en Asia o en África, porque al obrar así declararían que sus más grandes próceres se equivocaron al pretender fundar una nueva nación sobre la justicia, y proclamarían la bancarrota del perfeccionamiento humano y de la voluntad de Dios.

Los hombres que violentan el sentir del país extranjero en que actúan; las empresas constructoras que aprovechan las franquicias que les concede un contrato para inundar fraudulentamente el mercado de productos diversos, perjudicando así a los comerciantes e importadores; y los contratistas que, para no pagar los salarios atrasados a sus obreros, los intimidan y los persiguen, no pueden

seguir pasando por los representantes del genio y de la civilización que trajeron al Nuevo Mundo los inmortales puritanos.

Así se ha abierto entre la América latina y la América anglosajona una era de desconfianza que será perjudicial para todos. Los que ven con calma el conjunto de las cosas, saben que lo que ocurre es obra de individualidades aisladas. Un gran país penetrado de su alta misión histórica, no puede ser responsable de estas duplicidades. Si un pueblo que ha subido tan alto empleara bajos procedimientos, se suicidaría ante la historia; y no es posible que una gran fuerza renovadora del mundo y de la vida se atrofie y se anule antes de haber cumplido su misión. Pero los espíritus simplistas, que solo juzgan por lo que observan en torno, empiezan a creer que los Estados Unidos tienen dos nociones diferentes de la Justicia: una para ofrecerla a sus compatriotas y otra para aplicarla a los extranjeros; y que alimentan dos morales: una para el consumo nacional y otra para la exportación.

Además, nos sorprende y nos inquieta en la América latina el apoyo demasiado visible que a estos hombres (que a menudo no han nacido en Norteamérica, o que se han naturalizado con el único fin de hacerse proteger) les prestan siempre los representantes oficiales de los Estados Unidos. Basta que uno de ellos se diga perjudicado en sus intereses, para que los cónsules y los ministros lo sostengan, y hasta para que sean requeridos los barcos y los soldados, sin averiguar antes los fundamentos de la queja, ni inquirir las razones que asisten a los unos y a los otros. Bien sé que todos los grandes pueblos tienen el deber de proteger la vida y hacienda de sus nacionales en el extranjero, pero por encima de ese deber está un sentimiento de equidad suprema que prohíbe apoyar la injusticia, y una altivez superior que impide hacer cómplice a la nación de los errores que cometen algunos de sus hijos.

El censurable expansionismo político, que ha acompañado en estos últimos tiempos la legítima influencia comercial de los Estados Unidos, se ha valido a menudo de estos elementos para hacer surgir pretextos de avance o de intervención, como se ha servido también de la debilidad de ciertos gobernantes hispanoamericanos (o de la impaciencia de los que aspiraban a suplantarlos en el poder) para obtener en algunas repúblicas concesiones y ventajas que perjudican a los naturales o comprometen la autonomía del país.

El sistema ha podido favorecer momentáneamente el desarrollo de los negocios, la prosperidad de determinados grupos financieros o el empuje autoritario del pueblo protector; pero la respetabilidad de los Estados Unidos ha sufrido quizá tan rudo golpe como la independencia de esas repúblicas, porque al tomar nacionalmente la responsabilidad de los atentados cometidos por los particulares, al fomentar las malas pasiones, al abusar de su grandeza, los Estados Unidos se han disminuido ante nuestros ojos y han aparecido con fuerza de corrupción, y no como punto de apoyo que nos ayude a perfeccionarnos.

La América del Norte tiene muchos millones de habitantes y la política expansionista solo favorece a una ínfima parte de ellos; en cambio, la reprobación por los actos cometidos alcanza a la colectividad entera, y resulta que lo que ganan en dinero algunos particulares, lo pierde en prestigio la enseña nacional. Antes os suponíamos fuertes y justos; ahora empezamos a creer que solo sois fuertes. Y es por eso que se levanta la opinión, es por eso que hay una resistencia visible para confiar nuevos trabajos a las empresas de vuestro país. Tememos que se esconda en cada proposición un nuevo engaño. Además, la fuerza no basta para seducir y atraer a los pueblos, si no viene acompañada por la influencia moral.

Todo esto es lamentable, señor presidente. Los Estados Unidos pueden ser cada vez más grandes por su comercio y por la irradiación de su espíritu, sin humillar a nuestras nacionalidades, sin envenenar las luchas políticas o las rivalidades entre las repúblicas, sin perjudicarse ellos mismos. Al difundir de nuevo la confianza, harían renacer la corriente de fraternidad que en otros tiempos existió entre las dos Américas.

Por eso es que en estos momentos difíciles para el porvenir del Nuevo Mundo, en estos instantes históricos que pueden dar lugar a nuevas orientaciones de consecuencias incalculables, dejando de lado los agravios viejos y las cóleras justificadas, venimos, francamente, confiados en la nobleza del pueblo norteamericano, a hacer un llamamiento supremo a la justicia. La América latina es solidaria; tenemos la homogeneidad que nos dan el pasado, la lengua, la religión, los destinos; por encima de nuestros patriotismos locales cultivamos un patriotismo superior; y aun aquellas regiones que están lejos de sentir el peso de tan duros procedimientos, se hallan impresionadas, más que por la amenaza material, por la injuria moral que ellos envuelven.

Deseamos que a Cuba se le quite el peso doloroso de la enmienda Platt; deseamos que se devuelva a Nicaragua la posibilidad de disponer de su suerte, dejando que el pueblo deponga, si lo juzga menester, a los que lo gobiernan apoyados en un ejército extranjero; deseamos que se resuelva la situación de Puerto Rico de acuerdo con el derecho y la humanidad; deseamos que se repare en lo posible la injusticia cometida con Colombia; deseamos que a Panamá, que hoy sufre las consecuencias de un pasajero extravío, se le conceda la dignidad de nación; deseamos que cese la presión que se ejerce en el puerto de Guayaquil; deseamos que se respete el archipiélago de Galápagos; deseamos que se conceda la libertad al heroico pueblo filipino; deseamos que México no vea siempre suspendida sobre su bandera la espada de Damocles de la intervención; deseamos que los desórdenes del Putumayo no sirvan de pretexto para habilidades diplomáticas; deseamos que las compañías que extralimitan su acción no se sientan apoyadas en sus injustas exigencias; deseamos que la República de Santo Domingo no sea ahogada por presiones injustificables; deseamos que los Estados Unidos se abstengan de intervenir oficiosamente en la política interior de nuestros países y que no continúen haciendo adquisiciones de puertos o bahías en el continente; deseamos que las medidas de sanidad no sirvan para disminuir la autonomía de las naciones del Pacífico; pedimos igualdad, pedimos respeto; pedimos, en fin, que la bandera estrellada no se convierta en símbolo de opresión en el Nuevo Mundo.

No es posible que se diga, señor presidente, que los norteamericanos han abandonado la coerción y los castigos corporales en la educación pública para emplear esos recursos atrasados en la educación política de nuestras nacionalidades; no es posible que vuestros ministros tengan en nuestras pequeñas ciudades la misión especial de amenazar; no es posible que los hombres pusilánimes que gobiernan en algunas débiles repúblicas sientan constantemente sobre sus espaldas el látigo del amo; no es posible que resulte que habiendo abolido en el siglo XIX la esclavitud para los hombres, la dejéis restablecer en el siglo XX para los pueblos.

No quiero insistir sobre el asunto, ni citar casos concretos, porque esta no es una carta de lucha, sino un gesto de conciliación; pero nuestra América tiene grandes heridas abiertas que es necesario no enconar. Hemos sufrido mucho. Lo que sube

ahora es un clamor de pueblos que no quieren desaparecer. Si se probara, como algunos dicen, que los Estados Unidos ceden al ensancharse a una necesidad superior, que es independiente de su deseo, nosotros tendríamos que obedecer, al defendernos, al legítimo instinto de perdurar. No ignoro que vosotros sois fuertes y que podríais ahogar muchas rebeliones, pero insisto en que por encima de la fuerza material está la fuerza moral. Un boxeador puede abofetear al niño que regresa de la escuela, y el niño no logra evitar ni devolver los golpes. Pero esto no establece un derecho, ni asegura la impunidad del agresor. Hay un poder supremo que se llama la reprobación general; y así como los niños están defendidos en las calles contra los atletas por la opinión pública, los pueblos están defendidos en la historia por la Justicia suprema y por los principios superiores de la humanidad.

Nosotros queremos y respetamos a los Estados Unidos, admiramos a ese gran país que debe servirnos de modelo en muchas cosas, deseamos colaborar con él en la obra de descubrir y valorizar las riquezas del continente; y es para evitar el distanciamiento y los conflictos que de seguro brotarían mañana, dado el insostenible estado de cosas, que nos presentamos lealmente, sin orgullo y sin humildad, conscientes de nuestro derecho, ante el hombre que por la voluntad popular ha sido puesto al frente de una gran nación. No pedimos favores; reivindicamos lo que es nuestro, lo que conquistaron nuestros padres, lo que todos los pueblos están dispuestos a defender en cualquier forma: el honor y la dignidad. No queremos que la doctrina de Monroe, mal interpretada, sirva para crear en América en beneficio de los Estados Unidos, ni en beneficio de nadie, nuevos Egiptos y nuevos Marruecos.

No admitimos que nuestros países vayan desapareciendo uno tras otro. Tenemos confianza en nuestro porvenir. La mejor prueba de que la América latina no está incapacitada para la vida autónoma, es la prosperidad sorprendente de algunas repúblicas del Sur, casualmente aquellas que por su volumen y sus relaciones con Europa se hallan a cubierto de una decisiva influencia norteamericana. Para que las regiones que hoy atraviesan dolorosa crisis entren, a su vez, en una era análoga, es necesario, señor presidente, que las compañías financieras del Norte se abstengan de complicar nuestros asuntos, que los sindicatos de Nueva York y de Nueva Orleans renuncien a favorecer revoluciones y que los Estados Unidos reanuden noblemente la obra de acercamiento y de

fraternidad que tan buenos resultados nos diera en los primeros años a los unos y a los otros.

Los hispanoamericanos han tomado conciencia de sus destinos; las querellas locales, por agrias que sean, no bastan para hacerles perder de vista sus intereses superiores; los países más sólidos, que ya han alcanzado próspera estabilidad, empiezan a sentir las responsabilidades históricas que sobre ellos pesan; y hay un movimiento visible, una agitación grave que no puede pasar inadvertida. Vuestra presidencia, señor, marcará un gran momento de la política universal si, de acuerdo con la situación, dais fin a la táctica absorbente para volver a la sana tradición de los orígenes. La América solo estará unida, la América solo será realmente «para los americanos», dando a esta palabra su amplia significación, cuando en el Norte se tenga en cuenta que existen dos variedades de americanos, y cuando, sin vanas tentativas de preeminencia, con escrupulosa equidad, se desarrollen independientemente los dos grupos en una atmósfera deferente y cordial.

Repito que hay una gran ansiedad en América, señor presidente. El continente entero está pendiente de vuestros actos. Si la política cambia, la campaña que hemos emprendido cesará al instante y volveremos a ser los más entusiastas partidarios de esa gran nación. Si no cambia, surgirá una nueva causa de discordia entre los hombres y arreciará la agitación perjudicial para vuestro comercio, porque seguiremos defendiendo, cada vez con mayor energía, nuestros territorios, como vosotros, colocados en parecida situación, hubierais defendido los vuestros, seguros de cumplir con un deber y de contar con las simpatías del mundo.

1913

El Congreso Panamericano de Buenos Aires

Con motivo del cuarto Congreso Panamericano, que, después de tantas dudas y postergaciones, debía reunirse en Buenos Aires en 1910, quedaron subrayadas una vez más las inquietudes que levanta en el Nuevo Mundo la tendencia imperialista; y acaso no resulte inútil insistir sobre los antecedentes y las consecuencias de esa asamblea, que dio lugar a tantas discusiones en la América española.

La atmósfera en la cual se iniciaron los primeros trabajos no pareció ser la más propicia para favorecer la misión paradojal que el panamericanismo persigue. Unas

repúblicas hicieron esperar su respuesta a la invitación, otras insinuaron que asistirían por cortesía. Convocada para el 25 de mayo, la conferencia fue aplazada varias veces. Nadie hacía gala de entusiasmo. Se acumulaban los inconvenientes. Y como si la casualidad traviesa se recreara en el desorden, asistimos a una serie de conflictos que distanciaron a algunas repúblicas hispanoamericanas entre sí y alejaron a varias de ellas de los Estados Unidos.

El desacuerdo del Uruguay con la Argentina con motivo de la división de las aguas, el desgraciado arbitraje de esta última nación en el litigio entre el Perú y Bolivia, la situación flotante del Paraguay, solicitado por dos naciones limítrofes, y las rivalidades viejas de varios Estados de la América Central, acentuaron los resultados penosos del desmigajamien- to que debilita a nuestra América. No había guerras ni rupturas ruidosas, pero se sentía el malestar de núcleos trabajados por agitaciones confusas. La inclinación a perseguir vanas hegemonías y las ingenuas ambiciones de preeminencia de los Estados más prósperos dieron lugar a un tejido de intrigas tan complicado como pueril. Todo ello no puede comprometer nunca, naturalmente, la unidad superior de las repúblicas hermanas. Se trata, por así decirlo, de simples querellas de familia, que estallan y se extinguen sin dejar rencores. Pero por superficiales que fueran los enojos, ese recrudecimiento de rivalidad y de mal humor se reflejó sobre el éxito y la composición de la asamblea.

Sin embargo, esta circunstancia no hubiera sido obstáculo para la reunión de un congreso fraternal. Lo que determinó la indiferencia y la sorda hostilidad que comprobamos, fue la política complicada y sutil del imperialismo. El conflicto con Chile, que puso en evidencia el deseo de utilizar pretextos de orden comercial para hacer sentir una presión política; y, sobre todo, los acontecimientos de Nicaragua, donde los extraños intervenían abiertamente, sin esconder sus propósitos, despertaban en ciertas regiones un revuelo de inquietudes. Los diarios de Colombia y de la América Central estaban llenos de ardientes proclamas patrióticas y de llamadas supremas al patriotismo. En todas partes asomaba el recelo, el rencor, la desconfianza. Y la prensa de Nueva York contribuía a agravar la situación. El *Washington Times*, que, de manera intermitente, pasa por ser órgano oficioso de la Cancillería, insinuaba la necesidad de establecer estaciones navales estratégicas en las cercanías del Canal, tanto del lado del Pacífico como del Atlántico, poniendo así

en tela de juicio, no solo la autonomía de la América Central, sino la del Ecuador, Colombia y Venezuela.

Con esta publicación coincidía otra, que fue muy comentada por la prensa hispanoamericana. Un diario que se publica en los Estados Unidos en idioma castellano*, Las Novedades*, se hizo eco de proyectos que, según él, acababan de ser estudiados por la famosa Oficina de Repúblicas. Se trataba de proceder a un fantástico reparto del Nuevo Mundo entre las cinco naciones más fuertes. México, con el consentimiento de los Estados Unidos, absorbería la América Central, abandonando a Norteamérica amplios territorios en las cercanías del Canal (lo que es hoy la República de Costa Rica y las islas Clipperton) y comprometiéndose a crear en el punto culminante de la comunicación entre los dos océanos, del lado del Pacífico, un nuevo Gibraltar. Lo demás sería reunido en tres grupos. La Argentina se apoderaría del Paraguay, el Uruguay y las provincias del Perú y Bolivia que dan hacia el lado oriental de la cordillera de los Andes. El Brasil dominaría a Venezuela y las comarcas de Colombia y Ecuador situadas del mismo lado. Para Chile quedaría toda la costa del Pacífico, hasta las posesiones del istmo. Y los Estados Unidos, directores supremos de esta gigantesca remoción, se afirmarían de una manera definitiva en las Antillas, ensanchando sus posesiones alrededor del Canal, y reservándose islas, puertos y derechos superiores en todas partes.

Lo que había de novelesco y de irrealizable en esta concepción no impidió que la opinión pública se conmoviera en algunos países. Las dieciséis repúblicas suprimidas brutalmente por el peligroso soñador hicieron oír su protesta, y un importante diario de Bogotá, *El Nuevo Tiempo*, sintetizó el pensamiento general en un artículo, que fue ampliamente reproducido y comentado: «No queremos tomar en serio -decía en síntesis- lo que no puede nacer más que de la fantasía de un escritor, ávido de sensacionalismos. Para distribuir así en jirones nuestras nacionalidades serían necesarias innumerables guerras. El peligro para nosotros no vendrá jamás del Brasil, ni de la Argentina, ni de Chile, ni de México. El único peligro real reside en las ambiciones formidables de los Estados Unidos».

Otro incidente que hirió el sentimiento público en las Antillas fue el que se produjo en Cuba. Dos diputados cubanos, que no eran, según parece, de pura raza blanca, acariciaron una noche la idea de tomar una taza de café en uno de los grandes hoteles que existen en La Habana desde que esta ciudad es frecuentada

en invierno por los millonarios norteamericanos. Los sentimientos de estos hacia los negros son conocidos, y el director del establecimiento, sabiendo que basta la presencia de un hombre de color para hacer el vacío, invitó a los legisladores a retirarse. Pero los cubanos protestaron y se dirigieron a los tribunales. De ahí un proceso, que se tradujo en multa al establecimiento, y de ahí un recrudecimiento de hostilidad.

Tal es la atmósfera en que debía celebrarse lo que un diario centroamericano llamó «un congreso de ratones, presidido por un gato».

Los países que aceptaron la invitación se encontraron ante el programa siguiente: 1°, instalación e inauguración de la conferencia; 2°, conmemoración del centenario de la Revolución de Mayo y de la independencia de las repúblicas hispanoamericanas; 3°, memorias de diversas delegaciones, en lo que toca a las resoluciones adoptadas por sus gobiernos respectivos sobre la tercer conferencia panamericana de Río de Janeiro; informes de las comisiones panamericanas de los diferentes países y estudio de un proyecto para prorrogar el mandato de esas comisiones; 4°, informes del director de la Oficina de Repúblicas Hispanoamericanas sobre la organización de esta institución y sobre las mejoras que es posible introducir en su funcionamiento; 5°, resolución agradeciendo a Mr. Andrew Carnegie el donativo que hizo a la oficina, donativo que permitirá construir un palacio; 6°, informe sobre los progresos alcanzados en la construcción del ferrocarril panamericano y sobre el concurso que las diferentes repúblicas pueden prestar para facilitar la terminación de la línea intercontinental; 7°, bases para un servicio rápido de navegación entre las repúblicas americanas; 8°, medidas para unificar los documentos consulares, los censos y las estadísticas comerciales; 9°, creación de una conferencia sanitaria internacional, reglamentación de la inspección sanitaria y leyes para impedir la propagación de las enfermedades; 10°, estudio de una convención entre las repúblicas americanas en lo que toca a las patentes, las marcas de fábrica y la propiedad intelectual y literaria; 1 I°, continuación de los tratados relativos a las reclamaciones pecuniarias después de su expiración; 12°, plan para favorecer el intercambio de profesores y estudiantes de las universidades y academias de los diferentes países americanos; 13°, resolución en honor del Congreso Científico Panamericano celebrado en Chile en 1908; 14°, autorización a la Oficina de Repúblicas Hispanoamericanas de Washington para determinar la

forma en que la América latina intervendrá en la inauguración del canal de Panamá; 15°, futuras conferencias panamericanas.

Acaso este programa contribuyó también a aumentar el desgano de algunas repúblicas hispanoamericanas, poco dispuestas a reunirse para sancionar cosas ya decididas. Dejando de lado los números 1, 2, 3, 13 y 15, que solo se refieren a cortesías protocolares y a la organización interior de la conferencia, se advertía que, sobre diez asuntos a tratar, tres solamente podían tener un interés general: los que llevan los números 7, 8 y 9. Los demás solo eran favorables para la política, el prestigio y la expansión imperialista. El 4 tendía a robustecer y perfeccionar el mecanismo sutil y flexible que le da un derecho superior sobre todo el continente; el 6 insistía sobre un proyecto que, en caso de realizarse, sería el más poderoso factor de infiltración y de conquista; el 10 sólo favorecía a los Estados Unidos, puesto que la América española, desde el punto de vista industrial, como desde el punto de vista intelectual, no es todavía país de exportación; el 12 preparaba la difusión de las ideas anglosajonas en las comarcas de cultura latina, y el 14 ponía en tela de juicio atribuciones que pertenecen exclusivamente a cada república. Se advertía la superioridad, dispuesta a sacar partido de todas las debilidades, de una gran nación en lucha con países inexpertos.

Todo ello era resultado de una concepción errónea del presente y del porvenir. Los congresos panamericanos reposan sobre una ficción, sobre un olvido de las realidades. Sabemos que hay dos Américas y que entre ellas solo asoman las razones de acercamiento que pueda crear mañana la mutua comprensión. Origen, lengua, religión, todo es diferente. ¿Cómo discutir en común los intereses de dos razas, de dos civilizaciones? Obstinarse en afirmar que los Estados Unidos y el conjunto de las repúblicas hispanoamericanas tienen idéntico destino porque los dos grupos se desarrollan en el mismo continente, equivaldría a creer -ya lo he dicho en otra oportunidad- que Francia y Alemania deben seguir una política fraternal, porque ambas son naciones europeas. En América no hay por hoy más que un acercamiento posible, y es el que impone la historia y el origen entre los pueblos que ocupan la parte sur del Nuevo Mundo.

Pero al error de examinar en conjunto los intereses de dos grupos divergentes se unía otro más peligroso aún. Mientras los 100 millones de anglosajones llevaban al Congreso una delegación homogénea y única, encargada de defender una política

definida y delimitada de antemano, los 80 millones de hispanoamericanos debían estar representados por veinte delegaciones rivales, que perseguían fines contrarios, que no veían más que el interés inmediato de sus repúblicas respectivas y que abandonaban a los Estados Unidos el papel prestigioso de director y árbitro supremo. La desproporción entre la fuerza, el espíritu de prosecución y la seguridad de programa de aquellos y la blandura y la falta de ideal de estos era tan visible, tan clara, que la simple enunciación de un congreso dejaba adivinar los resultados. Lejos de concertarse para oponer una doctrina común, las repúblicas latinoamericanas solo parecían dispuestas a interesarse en debates que les permitieran sobreponerse las unas a las otras. Y esa era la debilidad fundamental que aprovechaba el imperialismo.

El deseo que tiene cada Estado hispanoamericano de ser considerado en sí mismo, aislado del conjunto, como si formara una entidad aparte, es, por lo menos, prematuro. Las Prusias minúsculas que compran sus armamentos en el extranjero y los pequeños Eldorados que no saben manufacturar sus productos, se creen al abrigo de todo peligro cuando tienen en jaque al vecino inmediato. Pero las más prósperas de esas repúblicas, aun aquellas que parecen enormes al lado de las otras, no son todavía más que organismos incompletos, menos poblados que Rumania, con menos ferrocarriles que Australia y menos escuelas que el Canadá. Si salimos de la relatividad del continente se desvanece su grandeza. Una sola provincia rusa es más vasta que cualquiera de esas repúblicas, con excepción del Brasil. Reuniendo la población de las veinte repúblicas hispanoamericanas, no reunimos ni la quinta parte de la que Inglaterra tiene en sus colonias. Y si las comparamos con los Estados Unidos, la debilidad es aún más visible. Tres países reunidos: Bolivia, Paraguay y Uruguay, suman, juntos, menos habitantes que la ciudad de Nueva York. El total de las exportaciones de dos grandes entidades hispanoamericanas (Argentina y Chile) no llega a equilibrar en pesos oro lo que los Estados Unidos producen en algodón solamente. Uno solo de los 45 estados norteamericanos (Pensilvania) tiene una población superior a la de la República Argentina, y tres ciudades de los Estados Unidos (Nueva York, Chicago y Filadelfia) reúnen más habitantes que nueve países hispanoamericanos: Costa Rica, Guatemala, Honduras, Nicaragua, San Salvador, Santo Domingo, Cuba, Uruguay y Paraguay en bloque. En su desmigajamiento actual, nuestras repúblicas no pueden

oponer ninguna resistencia a las naciones imperialistas. Solo alcanzan una importancia efectiva consideradas en el conjunto de sus 20 millones de kilómetros cuadrados, habitados por 80 millones de hombres.

Los resultados de la dispersión los vemos, no solo en los congresos panamericanos, donde esos países se agitan sin doctrina, sino en el avance incesante de la frontera que separa al Nuevo Mundo anglosajón del Nuevo Mundo latino.

En estas condiciones, los congresos panamericanos solo tienden a prolongar una ilusión peligrosa. La asamblea de Buenos Aires solo hubiera podido alcanzar eficacia en caso de hallarse capacitada para examinar con franqueza los grandes problemas de América: el porvenir de las Antillas, la intervención extranjera en las guerras civiles o la situación de Nicaragua y Panamá, que son las llaves del comercio de la mitad de la tierra. Reducida a deliberar sobre el programa enunciado, solo fue una continuación de la que se celebró en Río de Janeiro.

Los congresos hispanoamericanos podrían dar, en cambio, excelentes resultados. Si en vez de sacrificar su personalidad para ponerse a la zaga de un país extranjero en asambleas confusas, que solo tienden a favorecer el prestigio de un tutor y a aumentar sus peligrosas ambiciones, se congregasen las repúblicas de cultura latina dentro de su órbita étnica, dentro de su ambiente ideológico, para cultivar y robustecer su nacionalidad superior, surgiría en la política internacional un factor nuevo. Los países de origen hispano tienen, no solamente un pasado, una composición y un carácter que se confunden, sino inquietudes paralelas e intereses idénticos, que pueden ser examinados sin molestia para nadie en una atmósfera fraternal. El malestar que se nota en las asambleas actuales desaparecería una vez eliminado el componente extranjero, que no puede fundirse con los demás elementos y entorpece el estudio de problemas que, más tarde o más temprano, tendremos que resolver colectivamente.

En el Congreso de Buenos Aires fueron dejadas de lado voluntariamente todas las cuestiones que tocan a los desarrollos vitales de América; pero se produjeron dos hechos nuevos que subrayan el antagonismo inevitable. Los Estados Unidos, fieles a su programa, se apoderaron definitivamente de la concesión para el ferrocarril continental, y por la primera vez en esa clase de asambleas, se levantó una voz para denunciar la táctica de la política imperialista.

Lo que primero salta a los ojos al examinar las luchas y las sutiles intrigas que agrietaron a las diversas delegaciones durante seis semanas de duplicidad y de fiebre, es la habilidad de que dieron prueba los representantes de los Estados Unidos. De acuerdo con las instrucciones que recibieron de Mr. Knox -instrucciones que fueron publicadas, debido a una indiscreción, por *La Prensa* de Buenos Aires-, debían evitar toda dominación ostensible. En cambio, en los trabajos de las comisiones, en los entretelones, debían dirigirlo todo, tratando de que esa dirección permaneciera invisible. Claro está que la aparente humildad no los llevó hasta el sacrificio de la preeminencia acostumbrada. Como el pabellón de cada país debía flotar un día sobre el local donde se celebraba el Congreso, escalonando a las naciones por orden alfabético, los Estados Unidos se transformaron en «América del Norte», con el único fin de inaugurar la serie. Pero fuera de esas habilidades, que tienen el sabor de una vanidosa travesura infantil, la delegación norteamericana fue, desde el punto de vista de los intereses que defendía, superiormente diplomática. Los Sres. White, Nixon, Moore y Croweder se limitaron a obtener ventajas tangibles.

La táctica consistió en admitir como posible para todos los países representados, lo que solo los Estados Unidos están en situación de realizar. Fue así como el artículo 2° del orden del día referente a las comunicaciones marítimas aconsejó a las repúblicas americanas la conveniencia de «celebrar entre ellas recíprocas convenciones, con el fin de establecer servicios directos, de acuerdo con las necesidades de su comercio».

Claro está que, como ninguna de las repúblicas de origen español se halla hoy preparada para intentar esas empresas, la resolución de orden general no era, en realidad, más que una concesión. Sobre todo, si se tienen en cuenta los artículos complementarios: «3° Recomendar en todos los casos en que una o varias naciones representadas en esta conferencia establezcan por iniciativa nacional una o varias líneas de vapores con una o varias de las naciones adherentes, y que los barcos destinados a ese servicio disfruten en los puertos que recorran de todos los privilegios concedidos a los barcos que lleven la bandera de los puertos donde hagan escala. 4° Recomendar que no se haga ninguna concesión de ferrocarril, sea ella particular o garantizada por el gobierno, que pueda autorizar a establecer en favor de barcos que entren o salgan de los puertos de un Estado, privilegios o tarifas

especiales que no sean aplicadas igualmente a los barcos empleados en el comercio directo con los Estados representados en este Congreso».

El tejido casi invisible de restricciones y de compromisos que formaba el fondo de la mayor parte de las resoluciones oscuras y complicadas, no se aplicaba naturalmente a la nación imperialista que ha salvado hace tiempo las etapas por las cuales atraviesa ahora la América española. Se emplearon todos los medios para encadenar el porvenir y poder dictar mañana la ley a los vecinos débiles; y bajo el manto de una igualdad convencional, solo apareció, en realidad, el esfuerzo previsor del imperio que persigue la dominación continental.

El entusiasmo con que los Estados Unidos se empeñan en obtener la realización del ferrocarril panamericano es una prueba de ello. Se trata, como todos saben, de una empresa puramente política. No hay ninguna razón de orden comercial que exija la construcción de las 5.000 millas de vía férrea que faltan para enlazar las ya construidas y completar las que separan a Washington de Buenos Aires. Todos comprenden que los beneficios estarían lejos de equilibrar los sacrificios pecuniarios que la empresa exige. El proyecto sólo tiende a poner en contacto a los grandes centros manufactureros del Norte con el extremo del continente y a favorecer la irradiación de su influencia, aplicando a la América del Sur, con las modificaciones que exige el medio, los sistemas de infiltración que las grandes naciones de Europa han empleado siempre en los países lejanos. En este orden de ideas, sus delegados hicieron votar en el Congreso una cláusula según la cual «la preferencia para la construcción será concedida a los capitales y a la industria norteamericana», confirmando de esta suerte las palabras del señor Taft cuando era ministro del señor Roosevelt, en su discurso del 22 de febrero de 1906: «Las fronteras de los Estados Unidos terminan virtualmente en la Tierra del Fuego».

A esta diplomacia conquistadora, las delegaciones hispanoamericanas solo supieron oponer pesadas declamaciones y querellas inútiles. La inferioridad de los representantes hispanoamericanos, desde el punto de vista de la orientación, fue tan evidente, que vale más no insistir en ello. No es posible decir que la América española salió disminuida de la prueba; pero es indiscutible que, a causa de la incapacidad de nuestra diplomacia, perdió un terreno que será imposible reconquistar.

Las declaraciones que algunos de nuestros delegados hicieron a la revista *Caras y Caretas*, de Buenos Aires, exteriorizan un extraño estado de espíritu. Junto a la hábil sobriedad del presidente de la delegación norteamericana, señor White, que dijo: «Cualquiera que sea el resultado de la cuarta Conferencia Internacional de los *Estados americanos*, no hay duda de que todos los delegados llevarán un recuerdo agradable de la acogida y la hospitalidad de los que habitan esta hermosa ciudad *americana*» (evita pronunciar el nombre del país, para hablar de los Estados del continente como si todos formaran o debieran formar parte un día de la gran Confederación), no encontramos más que palabras ingenuas e imprudentes. «Las conferencias panamericanas están llamadas a prestar maravillosos servicios a la causa de la cordialidad de relaciones entre los pueblos del continente; acercar a los hombres notables de los diversos países es hacer una política internacional de resultados positivos; de esos acercamientos han salido siempre cosas útiles para la humanidad, que aspira a una coordinación perfecta», dice el señor Cruchaga Tocornal, delegado de Chile.

«El resultado de las conferencias panamericanas será una mayor inteligencia y una unión más firme entre nuestras repúblicas, una idea más clara y más perfecta de la responsabilidad internacional y, sin duda alguna, una sanción más eficaz en la falta de fidelidad a los deberes internacionales; quién sabe si, después de todo, ellas no nos llevan a una gran confederación americana», pronosticó audazmente el señor Porras, delegado de Panamá, que parecía no temer la absorción de su minúsculo país por los dueños del Canal.

«La conferencia panamericana confirma las tendencias a una aproximación cada vez más grande de todos los pueblos civilizados, en vista de los deseos superiores de la humanidad, cada vez más poderosos en nuestros tiempos», afirmó el delegado cubano señor Gonzalo de Quesada, como en un discurso de juegos florales.

Y el delegado de México, señor Salado Álvarez, dijo: «Nuestra América parece un bosque gigantesco, donde los árboles frondosos absorben la savia misteriosa y el agua milenaria depositada en las capas del subsuelo, al mismo tiempo que ofrecen en sus cimas elegantes un nido colosal a los pájaros del cielo, lo mismo a los cóndores que parecen trozos de aerolito desprendidos de un mundo muerto, que

a las humildes golondrinas, que, al volar, toman la forma de una hoja opaca y aguda de puñal lanzado por una mano hábil».

Se comprende la facilidad con que maniobraron los Estados Unidos en medio de estos oradores grandilocuentes. La Oficina de Repúblicas Hispanoamericanas, que es en Washington el mecanismo principal de la política imperialista, centuplicó su influencia. La falta de previsión que dio lugar a la entrega en el porvenir de las comunicaciones marítimas y del ferrocarril panamericano, se agravó con los artículos complementarios que se refieren a la sanidad, las patentes de invención y todo lo que puede contribuir a aumentar el poder y la influencia del gran país que avanza sin cesar hacia el Sur, aprovechando las inexperiencias, las ambiciones y las pequeñas rivalidades de frontera.

Los líricos delegados hispanoamericanos resultaron, en suma, en su conjunto, el mejor argumento en favor del imperialismo. Si fuera necesario medir la vitalidad y las aptitudes de cada república por la representación que tuvo en el Congreso, habría que admitir que todas están a dos pasos de su pérdida. El miedo de hablar, de obrar, hasta de pensar, inmovilizó los labios y los cerebros de los que por representar a países relativamente importantes estaban obligados a hacer gala de mayor firmeza. ¿Pero cómo arriesgar una palabra en las condiciones que conocemos? El error fundamental de la diplomacia hispanoamericana les condenaba al silencio. La Argentina, el Brasil y Chile mantenían una sorda rivalidad. Los tres países se acusaban recíprocamente de aspirar de una manera más o menos clara a ejercer la hegemonía local. Los Estados Unidos eran para ellos el magnate cuyo favor puede inclinar la balanza. Una nube de diminutos diplomáticos argüía: «Hay que dejarlos hacer ahora, para que, llegado el caso, no obstaculicen mañana nuestra acción». Política de objetivos limitados, desprovista de amplia visión, que da a nuestras repúblicas el aspecto de una confusión de carros sin ruedas, a los cuales hubieran atado briosos caballos guiados por ciegos.

Pero un territorio de veinte millones de kilómetros cuadrados, habitado por ochenta millones de hombres, no llega nunca a perder completamente la noción de sus verdaderos intereses. Pueden algunos hombres complacerse en el error. Pero el buen sentido general llega siempre a abrirse paso y a encontrar una expresión. Fue así como las tendencias de resistencia y de emancipación que venimos

defendiendo en contacto con la juventud de América, encontraron eco entre algunos diplomáticos, rompiendo en cierto modo la uniformidad indisciplinada del Congreso.

Nada más sintomático que esas voces inesperadas y valientes. Los tres hombres que de una manera más o menos directa marcaron por la primera vez en una asamblea de ese género su oposición a la política imperialista, fueron consecuentes con el pasado de la América latina.

Primero, el presidente de la delegación del Uruguay, señor Gonzalo Ramírez, que, al tratar de las reclamaciones pecuniarias, recordando el caso Allsop, encontró manera de conciliar un instante las voluntades dispersas de los delegados hispanoamericanos, para hacer fracasar la tesis anglosajona. Fue, después, el delegado de Venezuela, señor César Zumeta, quien propuso que el presidente de la Oficina de Repúblicas Hispanoamericanas no fuese siempre el secretario de los Estados Unidos. Según él, el director de esta institución debía ser elegido cada tres meses entre todos los delegados. Claro está que la moción fue rechazada. Dada la atmósfera reinante, solo aspiraba a ser, por otra parte, una manifestación platónica. Pero exponer esa tesis equivalía a colocar a todos los países sobre un pie de igualdad, marcando un vigoroso empuje hacia la autonomía moral.

Ese sentimiento, desarrollado en toda su amplitud, fue el que inspiró al señor Américo Lugo, delegado de Santo Domingo, su memorable discurso. Con el pretexto de definir el sentido de una fórmula protocolar, ensanchó el debate. «El bien general de nuestro continente -dijo- exigiría una declaración de respeto absoluto a la independencia de cada una de las naciones de América. Ese respeto implicaría la sumisión obligatoria e inmediata de todas las cuestiones de límites al principio superior del arbitraje, la consagración del principio de no intervención en los asuntos interiores de ningún Estado americano, lo mismo de parte de los Estados europeos que de los Estados americanos, y la expresión de un voto perpetuo para que una pacífica evolución política reintegre un día dentro de su raza y su natural destino a los países que han sido anexados por el pretendido derecho de guerra.» El señor Lugo estableció en seguida que en América no hay divisiones de nacionalidad, sino demarcaciones de raza. «El deseo de bienestar general nos conduciría a la cultura de los elementos étnicos originales que constituyen la personalidad de cada una de las naciones americanas, y para ello bastaría con dejarse guiar por la naturaleza y por la historia, que han dividido al Nuevo Mundo en

dos partes.» Y el delegado de las Antillas terminó enérgicamente: «Sin esta interpretación ideal, el programa de la IV Conferencia Panamericana será ciertamente estimable, pero no responderá al pensamiento ni a las inspiraciones actuales del continente. Es necesario tener el valor de decirlo, porque América está sedienta de verdad: las naciones constituidas, prósperas y ricas, buscan mercado; las que todavía son débiles y pobres, buscan paz, estabilidad y libertad. Yo creo más en la virtud que en la riqueza. El ideal es tan necesario como el pan. Pensar otra cosa y esconderla, es deshonrar a la diplomacia. La sinceridad es el pudor de las naciones».

Para tener una idea de los comentarios que provocó este requisitorio, basta recordar lo que *La Nación*, de Buenos Aires, dijo al día siguiente: «Es quizá la primera palabra de interés general que resonó en la sala. Alguien que simpatiza con el pensamiento del señor Lugo recordó, oponiendo a una crítica protocolar un ejemplo clásico, que el delegado que hablaba en nombre de un pueblo modesto y pobre, y que rompía con el tono convencional de las sesiones, podía parecer tan inoportuno y al mismo tiempo tan elocuente como lo fue en 1857, en el Congreso de París, el humilde delegado del Reino de Cerdeña llamado Cavour, que plantó el primer jalón de la obra política más brillante de los tiempos modernos. Las Antillas dieron ayer la nota sensacional. El señor Lugo habló con franqueza. En un artículo de periódico, sus frases hubieran parecido casi circunspectas. En la tribuna continental fueron ásperas y disonantes. Dijo cosas que, como todas las que se dicen con resolución, parecieron verdades. Puso de relieve la falta de ideal, de objetivo común, de plan y de programa en la conferencia. Y como asumió la defensa de los débiles, levantó todos los corazones. Dio lugar a una gran expectativa y determinó cierta inquietud. Los que estaban allí para defender sus intereses y no para hacer imprudencias, se preguntaron hasta dónde podían llegar las cosas ante una actitud semejante».

Eco de concepciones diplomáticas temerosas, el Congreso Panamericano de Buenos Aires significó, en conjunto, a pesar de algunas gallardías, una aplastante victoria de los Estados Unidos y un nuevo revés de la diplomacia hispanoamericana, si es que es posible llamar diplomacia hispanoamericana a las ambiciones regionales servidas por hombres poco preparados para abarcar amplios horizontes.

Pero tuvo, por lo menos, la utilidad de subrayar oficialmente, aquí con las palabras, allá con los silencios, un antagonismo de ideales entre las dos Américas.

¿Tenemos una diplomacia?

Una de las cosas que más nos perjudican es no tener juventud joven. Desde que un hombre empieza a descollar entre nosotros por cualquier causa, se le provee de un puesto rentado y resulta conservador y dormido como los demás. Faltan los caracteres y los cerebros independientes, que en otros pueblos viven una verdadera juventud combativa, exagerando unas veces, equivocándose otras, ardiendo en su propio fuego, pero iluminando a la patria con el resplandor de sus optimismos, sus entusiasmos y sus rebeliones.

Esta ausencia de una gran fuerza de contralor que pese sobre los gobiernos y los lleve a renovarse, a sobrepujarse y a estar a la altura de las necesidades de cada momento, es quizá la causa de que conteste negativamente a la pregunta que sirve de título a estas líneas. Si por diplomacia entendemos un Ministerio de Relaciones Exteriores y unas docenas de ministros arrojados al azar sobre las diversas capitales del mundo, catalogando a estas según los atractivos que ofrecen al *dilettantismo* de los agraciados, no cabe duda de que tenemos una diplomacia; pero si por diplomada entendemos una orientación, un plan, un propósito superior al cual se subordinan los individuos, las acciones y la marcha internacional del país, hay que confesar dolorosamente que no existe.

En una república que, como la Argentina, se transforma día a día, que cobra portentoso empuje, que se eleva sin cesar hacia las cumbres, sobrevive una concepción pueril de lo que debe y puede ser nuestra acción en América. La suspicacia que en los comienzos de la nacionalidad nos llevó a observar con recelo la acción de los vecinos inmediatos, persiste, forzadamente y a destiempo, en nuestra vida moderna, como un detalle anticuado y ridículo que lo absorbe todo. El muchacho ha crecido, se ha hecho hombre, y los pantalones siguen siendo cortos. Nuestra acción es encogida, ensimismada y pequeña. Parece que la mirada no abarcase más allá de los pueblos limítrofes; parece que el espíritu no se levantase hasta una concepción mundial; parece, en fin, que sacrificásemos todo alto propósito al deseo enfermizo de crear artificialmente en América, dentro de nuestra

raza, cerrando los ojos para no ver las realidades generales, una pequeña Europa de manicomio, con el fin de jugar a las grandes naciones, sin más objetivo que rendir tributo a la suprema debilidad: copiar y no adaptar.

En vez de encararnos directamente con los términos de la ecuación nacional, queremos dirigir nuestro esfuerzo de acuerdo con factores extraños.

Eso en lo que respecta a las direcciones. En lo que se refiere al personal, el caso es peor aún. Hay honrosísimas excepciones; pero, en conjunto, nuestra representación es ineficaz y hasta nociva para los intereses del país. Convendría empezar por difundir la noción exacta de lo que es diplomacia. Los puestos no se han hecho para los hombres, sino los hombres para los puestos. El país no distribuye canonjías ni ubicaciones agradables para los políticos en entreacto o para los mundanos amigos de la pompa social: el país impone responsabilidades a los que lo representan; les exige tacto, perspicacia, laboriosidad y un espíritu flexible que les permita plegarse a las costumbres de la zona en que actúan, ganando las simpatías generales.

Cuando vemos que las harinas norteamericanas llegan hasta Bolivia; cuando medimos la prodigiosa indiferencia de los hombres que en un siglo no han sabido sacar partido de nuestra situación ni han tenido la más vaga idea de lo que las aduanas y los ferrocarriles significan en la política internacional; cuando contemplamos el peregrino espectáculo de una América abandonada, donde los hechos y las situaciones crecen al azar, como la maleza de los trópicos, llegamos al triste convencimiento de que si el país ha avanzado y ha alcanzado prestigio, ha sido a pesar de las almas irresolutas que a menudo lo conducen.

Chile, y sobre todo el Brasil, han tenido siempre una concepción más exacta de su situación en el continente. Durante el curso de un viaje continental lo he comprobado a menudo. ¡Oh, la diplomacia argentina! Un campesino que se acerca por la primera vez al poblado para vender un caballo cojo luce más malicia, más previsión, más conocimiento de los resortes humanos; es más diplomático, en fin, que la mayor parte de nuestros profesionales, que tienen una rara inclinación a lucir en el extranjero superioridades absurdas, despertando las legítimas susceptibilidades de los pueblos ante los cuales debieran aparecer como amigos. Triste es decirlo; pero la mayor parte de ellos salen a exhibir, a empujar, a pasear su propia vida; muy pocos tienen la impresión de que no son más que representantes y

que deben trabajar por el país y para el país, haciendo abstracción de sus minúsculos intereses y sus vanidades accidentales.

Hay, además, otro problema grave. Hace diez años (lo recuerdo porque en esa época me hallaba en Buenos Aires) existía la fraternidad más cordial y profunda entre los argentinos y las colonias europeas. Hoy se han entibiado de una manera visible esas tendencias. Insensiblemente, como se retira el mar de las costas, se han ido retirando aturdidamente los corazones de los grandes conjuntos que nos dieron la prosperidad, para favorecer más y más, sin reciprocidad ninguna, al imperialismo del Norte. Es algo así como el vértigo de las mujeres que, arrebatadas por una racha de sombra, rompen con su familia, se indisponen con los amigos y se alejan de todos los que verdaderamente las quieren, para no creer más que en las sutilezas del que debe burlarlas.

Y hay que ignorar de una manera absoluta el carácter de la política de todos los tiempos, para no comprender que así empieza siempre la acción invasora que da los resultados de Honduras y de Nicaragua. Al lema de *Aprés moi, le déluge*, que parece ser la filosofía de algunos, debemos oponer el propósito de sacrificarlo todo a la nación.

Mi gira por América me ha permitido ver de cerca muchas cosas. La mitad del continente tiene la cara vuelta hacia el Sur, esperando de la Argentina, de Chile y del Brasil un gesto, una promesa, una esperanza. ¿Nos encogeremos de hombros hasta universalizar la decepción? Es difícil marcar la frontera entre el silencio y la complicidad. ¿De qué nos serviría la riqueza y el triunfo, si no sabemos utilizarlo en favor de la justicia y de la verdad, que en este caso coinciden y se confunden con el engrandecimiento moral propio? Cuando se posee un automóvil, no es para contemplarlo y caer en éxtasis, sino para ponerlo en marcha y andar...

La Argentina tiene intereses y responsabilidades, y debe reaccionar contra el sueño, que es hoy la distintiva de su política. Salta a los ojos que el imperialismo no puede ver con complacencia que se levante en el Sur una fuerza capaz de difundir sus productos y de ser también núcleo de atracción en el continente. Todo su esfuerzo tiene que tender a inmovilizarnos políticamente y económicamente, a desviar o a captar nuestra influencia y nuestra riqueza. Al paso que van las cosas, solo llegaremos a comprender una combinación tan elemental cuando sea imposible contrarrestarla,

La democracia y la patria

Cuando un hombre ha militado en un grupo político durante más de una década y se cree de pronto en la necesidad de separarse de él, contrae ante sus conciudadanos el compromiso de exponer las razones que le imponen esa actitud. Es lo que voy a hacer, sin animosidad y lo más brevemente posible, para que todos puedan conocer el origen y el carácter de la renuncia que presenté como miembro del Partido Socialista.[21]

---

[21] El desacuerdo con el Partido Socialista de la República Argentina, al cual perteneció el autor durante más de diez años, se inició a raíz de !a siguiente carta: «Buenos Aires, 21 de julio de 1913. Señor director de *La Vanguardia*.

»En el número del domingo he leído con sorpresa un suelto sobre el aniversario de la independencia colombiana, que termina así: 'Como todas las repúblicas sudamericanas, este país estuvo mucho tiempo convulsionado por las guerras civiles. Panamá contribuirá, probablemente, a su progreso, entrando de lleno en el concierto de las naciones prósperas y civilizadas'

»Yo protesto contra los términos poco fraternales y contra la ofensa inferida a una república que merece nuestro respeto, no solo por sus desgracias, sino también por su pasado glorioso y por su altivez nunca desmentida.

»Al decir que Colombia entrará en el concierto de las naciones prósperas y civilizadas, se establece que no lo ha hecho aún y se comete una dolorosa injusticia contra ese país, que es uno de los más generosos y cultos que he visitado durante mi gira. Al decir que 'Panamá contribuirá a su progreso', se escarnece el dolor de un pueblo que, víctima del Imperialismo, ha perdido, en las circunstancias que todos conocen, una de sus más importantes provincias, y que resultaría 'civilizado' por los que sirvieron de instrumento para la mutilación del territorio nacional.»

»Como esa nota sobre Colombia se ha publicado en el mismo número que traía un editorial con mi firma, y como la coincidencia podría dejar creer a algunos que comparto esas afirmaciones, me veo en la obligación de escribir esta carta y de declarar que estoy en completo desacuerdo con la noticia en cuestión, que me parece inútilmente ofensiva; añadiendo que, si la orientación de ese periódico le lleva a hablar despectivamente de las repúblicas hispanoamericanas, yo, que he dedicado una parte de mis energías a defender la fraternidad de nuestros pueblos, me encontraré en la dolorosa obligación de abstenerme de colaborar en él. -*Manuel Ugarte*».

Ninguna decisión pudo ser tan dolorosa para mí como esa, porque al romper los lazos que me ligan a la agrupación a cuyo engrandecimiento he contribuido con el desinterés más absoluto durante toda mi juventud, desgarraba también, en el fondo de mi corazón, algunas de las mejores ilusiones. Pero el silencio en ciertos casos es una debilidad. La esperanza de que el equilibrio y los métodos serenos acabarían por sobreponerse a las inspiraciones tumultuosas me retuvo dentro del partido, a pesar de todas las desafinaciones, durante largos años. Obligado por disciplina a callar mi censura ante determinados procedimientos, hice sentir, sin embargo, con la abstención en los debates y la ausencia en las representaciones, que no me consideraba solidario de tendencias que juzgo nocivas para el país. Alejado así de la vida activa, aceché desde Europa el momento favorable para intentar una intervención eficaz en el sentido de atenuar las asperezas y hacer posible una fuerza renovadora y vivificante dentro de las líneas claras que el buen sentido y la lógica impiden salvar. Como lo declaré al adherirme al partido, soy un evolucionista, y es, basándome en esa tendencia conciliante, que he querido reaccionar desde mi regreso de Buenos Aires contra los excesos de fondo y de forma que han dado a nuestro socialismo un matiz especial. Después de comprobar con pena que mis esfuerzos han sido vanos, debo retirarme. Perdida la esperanza de impedir el error, reivindico por lo menos el derecho de no asociarme a él.

Como protesta contra los hechos consumados y en previsión de lo que comprendí que debía producirse después, decliné (como ya había declinado antes una candidatura a diputado) la candidatura a senador que me brindó el Partido Socialista. No fue vana exhibición de desinterés, porque la austeridad democrática no consiste en rehusar sistemáticamente todos los puestos, sino en abstenerse de aceptarlos cuando se lastima la integridad de los principios. Fue un acto elemental de prudencia. El orgullo de ocupar un sillón en la Alta Cámara en medio de hombres representativos a los cuales respeto, no me ofuscó hasta el punto de impedirme ver el dilema que me acechaba: ser inconsecuente con mis ideas o serlo con el partido que me favorecía con su designación. Una vez en el Parlamento, hubiera tenido que burlar la confianza que en mí depositaba el grupo que me hacía candidato, desarrollando una acción extraña a sus preferencias, o hubiera tenido que ahogar mis convicciones personales para defender soluciones excesivas que considero contrarias al mismo fin humanitario que se persigue.

Había además una cuestión de responsabilidad. Aceptar era declararme colaborador en actos y propósitos que repruebo, contribuyendo a mantener una confusión penosa. No cabe recibir investiduras de un partido con el cual disentimos, porque el solo hecho de figurar como candidato patrocinado por él, indica que nos solidarizamos en el pasado y en el presente con su programa y sus procedimientos. Cuando asoma una divergencia o se advierte una incompatibilidad, lo pertinente es abstenerse hasta hacer prevalecer nuestra especial manera de ver las cosas, o separarse, delimitando el campo mental en que aspiramos a movernos. Las disonancias que he comprobado han sido tantas, que sólo voy a dejar constancia de algunas.[22]

Desde el punto de vista de la táctica, yo he creído siempre, por ejemplo, que no debemos ir al Parlamento para poner obstáculos a la obra común, sino para colaborar en ella; y que en cada diputado que no comparte nuestras opiniones no debemos ver un enemigo, sino un representante de otras corrientes, que, existiendo en el país y reflejándose en la Cámara, tienen que regular, con nuestro asentimiento o sin él, la rapidez de nuestra propia corriente. Entiendo además, que un grupo político no debe ser una entidad flotante donde cada elector hace entrar a su capricho las reivindicaciones que más le sugestionan, sino el rígido marco que encuadra las aspiraciones bien definidas de una parte de la nación y que los programas de doble fondo, hechos para atraer simultáneamente a los tímidos simpatizantes y a los sectarios extremos, así como la acción parlamentaria que se traduce en violencias de forma con las cuales se pretende ocultar la modestia de los resultados obtenidos, no son procedimientos propios de una agrupación seria, máxime si esta se anuncia como fuerza renovadora destinada a depurarlo todo. Pienso, por otra parte, que en política interior, como en política internacional, hay que dejar de lado lo que se desea para hacer lo que se puede; y que urge deponer las teorías complicadas y las máximas imperiosas para encararnos buena y llanamente con la vida, porque si bien nuestra evolución política debe hacerse teniendo en cuenta los antecedentes sociológicos de los demás países, en ningún caso conviene forzar los acontecimientos para ajustarlos a reglas formuladas de acuerdo con necesidades y estados diferentes. Tengo, abreviando, la seguridad de

---

[22] De este manifiesto, escrito en plena lucha, han sido suprimidas las Inevitables violencias de la polémica, para mantener solamente la parte ideológica y doctrinal.

que un partido no es una cosa estancada y rígida, sujeta a la imperiosa voluntad de un pequeño círculo, sino un conjunto por el cual circula la sangre de controversia, preservando por igual el derecho de cada uno de los componentes; abrigo la certidumbre de que debe predicar el desinterés, haciendo sentir que la acción personal del ciudadano es a veces tan eficaz como la de los mandatarios, y que el leal soldado, para sacrificarse, no debe esperar a tener galones; y alimento, por fin, la convicción de que, renunciando a preocuparnos solamente de las ciudades, donde es fácil reclutar votos, conviene tener, por encima de los efímeros intereses electorales, la visión general de los destinos supremos del país.

Estas divergencias de procedimiento serían leves si no estuvieran agravadas en forma inadmisible por una honda incompatibilidad de pensamiento en lo que respecta al punto que considero más importante para el porvenir.

La tarea que las circunstancias exigen de los argentinos es inconciliable con la concepción que predomina en la Junta directiva. Lejos de debilitar y disminuir la nacionalidad con ideologías y paradojas, debemos elevarla y desarrollarla, hacerla surgir cada vez más viviente, intensificar sus vibraciones, solemnizarla en las almas. Yo no puedo colaborar en lo que sería, a mi juicio, un suicidio nacional. Por encima de mis preferencias doctrinales soy argentino. Quiero el bien de la humanidad, en cuanto este se enlaza con el bienestar de mi tierra, pero nunca sacrificaré un ápice de esos intereses a ideas generales o a preocupaciones extrañas. Es más: declaro que en un momento grave en que estuviera en juego la existencia de la patria, recurriría hasta la ilegalidad y hasta la injusticia para defender la salud y la perdurabilidad del grupo de que formo parte.

Cuando en el órgano oficial del Partido Socialista leo que «la patria, el patriotismo y la bandera, son para la clase que suda el mendrugo diario cuestiones respetables, pero secundarias»; cuando anoto que «por encima del amor a un solo pedazo de tierra debe privar el amor hacia la humanidad», y cuando descubro que «no nos importa que un pueblo subsista o no» (*La Vanguardia*, lº de agosto de 1913), compruebo una separación fundamental de sentimientos, un franco antagonismo de propósitos que, lejos de limitarse, como quieren dejar suponer algunos a las representaciones y a los símbolos, se extiende hasta la misma médula del principio de nacionalidad.

Bien sabemos todos que la patria no se hace con una afirmación obstinada, sino con una capacidad creciente; pero lo que el Partido Socialista disminuye con su actitud no es solamente la envoltura vistosa, sino la columna vertebral de la idea, porque así como al combatir las industrias, guiado por una concepción estrecha del bienestar obrero, compromete la elevación del país, al difundir la indiferencia y el renunciamiento alrededor de la bandera, pone en peligro los destinos futuros de la colectividad.

Soy amigo del pueblo hasta el punto de haber sostenido que los diputados del Partido Socialista no deben ser literatos ni doctores, sino obreros que lleven al Parlamento, ingenuas y palpitantes, sus legítimas reivindicaciones; pero partidario de un socialismo basado, no en la lucha de clases, sino en la colaboración de estas, no puedo dejar de advertir que las cosas no son tan sencillas como a primera vista resultan, y que el problema de los tiempos modernos, lejos de reducirse a las relaciones del capital con el trabajo, abarca también, y muy especialmente, el problema de las relaciones entre la producción de un país y la de los otros países del globo.

Esta falta de solicitud por la prosperidad de la comarca en que actúa, ha hecho que el Partido Socialista hostilice hasta ahora a las fuerzas vivas del país y confunda los intereses particulares con los nacionales en una misma reprobación incomprensible. Se dice colectivista, y se niega a encarar las cosas desde un punto de vista colectivo. Quiere que se gobierne exclusivamente en favor de un grupo, aunque se anule el conjunto de que ese grupo forma parte. Y parece tener el criterio de los tripulantes de proa de un buque que quisieran incendiar el resto del mismo, sin advertir que la proa aislada no puede seguir flotando y que al destruir lo que juzgan inútil perecerían ellos también.

Creo firmemente que debemos dar satisfacción a las justas reivindicaciones del pueblo. Sin que nadie me pueda acusar de haberme improvisado con ello una fortuna o una situación, he sido y seguiré siendo siempre socialista, pero de una manera serena y razonable, como puede serlo un hombre que, además de El Capital, de Karl Marx, ha leído las rectificaciones de Bernstein y Kautsky, y la obra considerable de los impugnadores de la escuela materialista y del determinismo histórico. Este eclecticismo, dentro de la tendencia democrática, me llevó a aceptar el programa mínimo del partido, haciendo salvedades que, desde luego, no tocan al

fondo, porque los programas varían, como lo prueba el hecho de que el Partido Socialista, que en el artículo 8° pide la abolición de la ley de Residencia, sólo persiga ahora su modificación, y como lo establece más claramente aún la circunstancia de que después de reclamar en el artículo 10° la supresión del Senado, tenga hoy en él un representante, que no ha propuesto la disolución de la Alta Cámara, como lo aconseja su plataforma electoral. Acepto, repito, el programa mínimo del Partido Socialista, pero no así los desarrollos y las prolongaciones que le quieren dar algunos. Para ello encuentro dos razones: primera, que sólo puede existir un proletariado feliz en una nación próspera, y segunda, que la preocupación de la justicia, por encomiable que sea, no debe sobreponerse al instinto de la conservación general.

Tengamos el valor de decirlo. Lo necesario en la Argentina de hoy no es «socializar los medios de producción» -lejana utopía que si parece prematura en las naciones seculares de Europa, resulta más prematura aún en un país que no ha pasado por las etapas que, según los mismos teóricos, deben hacerla posible-; lo que se impone en la Argentina de hoy no es determinar catástrofes sociales, que nada justificaría, porque si bien entre nosotros, como en todas partes, hay muchas injusticias que corregir, no ha de ser tan dolorosa la situación en que aquí se halla el trabajador, cuando espontáneamente acude convencido de que, al pisar nuestras playas, mejorará su suerte. Lo que verdaderamente urge, es reglamentar el trabajo, explotar y poner en circulación los productos naturales y extender la civilización hasta los más lejanos territorios. Hagamos reformas económicas, elevemos la vida del obrero, honremos la labor, combatamos los latifundios y las herencias colaterales, etc., que esas son medidas de utilidad nacional, y los mismos que momentáneamente resulten perjudicados por ellas, comprenderán la necesidad superior que las determina; pero no hostilicemos ni la industria, ni el comercio, ni el capital creador. Esas fuerzas, indispensables por mucho tiempo, hacen fructificar los territorios y son la fuente del mismo bienestar obrero, porque, en resumen, ¿qué es lo que ha atraído a las multitudes que hoy quintuplican la población argentina, sino la seguridad de poder emplear con ventaja su inventiva o sus músculos en las empresas creadas y sostenidas por el capital individual?

Yo sé a lo que me expongo al romper el silencio y al decir antes que nadie estas cosas; pero no he buscado nunca lo que me convenía: he hecho siempre lo que

debía hacer. Al expresar ahora mi pensamiento, soy consecuente con la manera de razonar que en el Congreso Socialista Internacional de Ámsterdam me hizo dar mi voto como delegado argentino a la tendencia moderada de Jaurès. La renovación que se espera no será obra de los caudillos de plaza pública ni de los doctrinarios de cenáculo, sino de los serenos observadores que sepan auscultar y satisfacer las exigencias de la nación. Claro está que resulta mucho más fácil transportar literalmente las iniciativas o proyectos de Europa, que interrogar las necesidades especiales del propio país y coordinar las soluciones inéditas que deben remediarlas. Pero nosotros hemos sobrepasado la etapa de la imitación y podemos aspirar a crear vida propia, a pesar de la tendencia memorista que parece predominar entre algunos. En la elaboración oscura de las sociedades, el mundo está asistiendo a cada paso a la creación de fuerzas nuevas. La Argentina es una de las que hoy se anuncian con más ímpetu. A medida que se engrandecen, las naciones ensanchan la órbita de su acción. Hemos entrado a movernos en el campo de la política internacional, y tenemos que estar preparados para las más lejanas ocurrencias, mirando por encima de los intereses egoístas las ineludibles necesidades del conjunto, no solo en su estado actual, sino también en sus desarrollos posibles. Siguiendo la evolución de los Estados Unidos, que fueron hasta 1860 una nación casi exclusivamente ganadera y agrícola y se transformaron después en gran potencia industrial, debemos aspirar a ser una nación completa, manufacturando, con ayuda del descubrimiento del petróleo, los productos; llenando en la medida de lo posible nuestras necesidades y tratando de irradiar fraternalmente sobre las naciones vecinas. No basta poseer la riqueza, es necesario saber utilizarla; y nosotros podemos hacer de Buenos Aires uno de los más vigorosos focos de vida y civilización que se hayan encendido jamás, si, además de ser ricos, sabemos ser superiores por los ideales. Teniendo la consciencia de la nacionalidad y el ansia inextinguible de escalar todas las cúspides, el porvenir nos pertenece, porque los pueblos se encumbran, más que con sus recursos, con su deseo de subir, como los pájaros vuelan, más que con las alas, con la voluntad que los anima.

Cuando los historiadores de mañana juzguen este momento especial de la política argentina, se asombrarán de que ciertas ideas extrañas a nuestro conjunto hayan podido preocupar, aunque sea por un momento, la atención general. En

todas partes hay socialismo, y su presencia es hasta un síntoma feliz, porque solo en los países que han entrado o empiezan a entrar en la era industrial se advierte ese fenómeno; pero en ninguna parte ha tomado el carácter de subversión fundamental y de antinacionalismo agudo que aquí afecta. Los socialistas norteamericanos son tan celosos de su origen, que en los congresos internacionales, donde siempre tratan de imponer su idioma, ostentan la escarapela de su país; los franceses han declarado que, en caso de guerra defensiva, serán los primeros en tomar las armas; los alemanes votan, como todos sabemos, los créditos cuantiosos que exige el ejército más formidable de Europa; y solo aquí, donde la nacionalidad, por ser más nueva, necesita mayores entusiasmos unánimes para solidificarse, advertimos el resurgimiento de tendencias que solo han defendido en estos últimos tiempos, al margen de sus propios grupos, los dos retardatarios del movimiento social europeo: Julio Guesde, en Francia, y Dómela Nieuwenhuis, en Holanda.

En esta forma, el movimiento socialista argentino es particularmente peligroso. Los hombres que lo conducen, halagados por triunfos accidentales, creen haber conquistado para realizar sus planes el apoyo definitivo de una enorme masa de opinión. Entiendo que, con su violencia intransigente, se preparan un desengaño doloroso. Las cuantiosas fuerzas independientes que se han sumado en algunas elecciones a ese grupo y le han dado la victoria en la capital, miraban con simpatía la reacción que él encarna contra lo que todos censuramos, aplaudía el espíritu de reforma, de libre crítica y de contralor; pero no adoptaba, ni con mucho, los ideales extremos. La mayoría de los votantes ignoraba hasta la finalidad perseguida, y los mismos exaltados que defienden la subversión social han debido comprenderlo así, puesto que en época de elecciones suavizan las palabras y se dedican a propiciar ideas aceptadas por todos, dejando en la penumbra el verdadero programa.

Este es precisamente el método más peligroso, porque un partido que se presenta sin mostrar su finalidad y hablando de mansas reformas democráticas cuando aspira a destruir lo existente, tiene que sorprender la buena fe de los electores y trae un factor de confusión y de equívoco a la vida pública del país. Más o menos atenuado por la habilidad personal o por las circunstancias, siempre será el hilo conductor del mismo propósito excesivo, mientras no declare perentoriamente que lo que persigue es una simple mejora de las condiciones de vida del obrero. Lo

natural sería asumir en voz alta la responsabilidad de lo que se pretende. Aunque de antemano sepa el Partido Socialista que sus ideales, prematuros o inadmisibles, no alcanzarán el apoyo de la opinión pública, debe tener el valor de afrontar el fallo de la masa electora, sin recurrir a la sutileza, tanto más peligrosa cuanto más sonriente, de ir llevando mar afuera con pretexto de contemplar los astros a los que no quieren ahogarse por su propia voluntad.

Los que intervienen en la vida pública están siempre expuestos a encontrarse de pronto, por una sorpresa cualquiera, dueños del poder, y el pueblo tiene derecho a saber; de una manera clara y definida, cuáles son las resoluciones que llevarían a las alturas; cuáles son, por encima de la crítica fácil de la oposición, las afirmaciones concretas que harían triunfar desde el gobierno. El pensamiento de los que ejercen o aspiran a ejercer una acción eficaz debe destacarse con nitidez, sin vanos subterfugios y sin equidistancias, rompiendo con todo para llegar a la verdad; y lo que yo he perseguido al agitar en diversas ocasiones la opinión sobre este asunto, es que se especifique de una manera segura e inteligible para todos si el partido persigue reformas democráticas, sin amenazar lo que nos rodea, o si sueña, a mayor o menor plazo, en la revolución social. Que tome una actitud, que vaya a las elecciones a cara descubierta y que no siga usufructuando la situación equívoca de ser, para los de afuera, el amable instrumento de evolución de que hablaba Ferri, y para los de adentro, el bando iracundo de las reivindicaciones rojas.

La circunstancia de haber perdido luz y franqueza, me ha indispuesto con los que no deseaban poner ante los ojos de los afiliados y del público ciertas verdades que podían hacer reflexionar; pero antes de alejarme, cumplo con el deber de decir en síntesis las causas que me han obligado a recuperar mi libertad.

El Partido Socialista es enemigo del ejército; y yo creo que así como no se concibe un banco sin cerraduras, no puede existir un país próspero sin una fuerza, respetada por todos, que garantice su desarrollo. El Partido Socialista es enemigo de la religión; y yo entiendo que, sin perjuicio de estudiar las reformas implantadas en otros países, debemos respetar las creencias de la mayoría de los argentinos. El Partido Socialista es enemigo de la propiedad; y yo pretendo que siendo aquí la propiedad la recompensa y la sanción del trabajo, podemos perseguir su fraccionamiento y hacerla evolucionar de acuerdo con la ley, sin pretender en ninguna forma su abolición. El Partido Socialista es enemigo de la patria; y yo quiero

a mi patria y a mi bandera. Las teorías solo elevan y engrandecen a los pueblos a condición de no estar en pugna con las realidades, y lo que los hombres políticos deben mirar por sobre todas las cosas es la realidad del momento histórico en que gesticulan. Por otra parte, el verdadero altruismo no consiste en imponer a todos tercamente la equidad parcial y momentánea que conciben algunos, sino en tratar de ver las cosas desde el punto de vista de cada uno de los conciudadanos, en tener tantas personalidades como situaciones o mentalidades existen, y en hacer abstracción de sí mismos para expresar la síntesis del corazón del país.

Al alejarme, de la lucha, sin entrar en compromisos ni en intrigas, conservando la integridad de mi carácter, no abrigo el menguado propósito de crear una agrupación disidente; pero si, como consecuencia de estas líneas y alrededor de las ideas aquí expuestas, se congrega un núcleo independiente, será un síntoma de reacción feliz, y me consideraré en el deber de asumir hasta el fin la responsabilidad del movimiento que he determinado.

Sintiendo separarme de los modestos militantes, tan sinceros como yo en sus ímpetus, vuelvo, por el momento, a la literatura, convencido de que al distanciarme del partido al cual he servido siempre y del cual no he aceptado nunca ninguna delegación, cumplo con mi deber de argentino y de amigo de la democracia, y seguro también de que, al pensar como pienso, soy acaso más socialista que los que pretenden acaparar el título, porque en vez de buscar la realización de un imposible, persigo la grandeza de la colectividad.

1913

Comentarios

I. La doctrina de Monroe

El resurgimiento de esperanzas y reivindicaciones es, en la remoción de valores nacionales que caracteriza el momento actual, una consecuencia inmediata de la conflagración que se liquida. Las guerras se han parecido en todo tiempo a la erupción de un volcán; arrojada la lava y aquietado el cráter, quedan los fenómenos derivados, que llegan a veces a modificar en torno la composición geológica, la formación geográfica y hasta la atmósfera misma.

La sacudida mundial que ha determinado el derrumbamiento de algunas naciones y el ocaso de determinadas ideas, debe favorecer la situación de otros países y el nacimiento de tendencias hasta ahora desconocidas, dentro de una nueva cosmología de la política internacional; y hemos de prepararnos a asistir, no solo en la zona directamente afectada por la guerra, sino en el mundo entero, a la aparición de corrientes o direcciones que no se habían manifestado aún.

Así vemos que se inicia en América en estos momentos una franca reacción contra un estado de cosas establecido desde el año 1820. La doctrina de Monroe, que excluye a Europa de los asuntos de América y deja a los Estados Unidos la fiscalización de la vida y el porvenir de veinte repúblicas de habla hispana, empieza a encontrar impugnadores, no ya entre los internacionalistas independientes, sino entre los mismos jefes de Estado.

El presidente de México, general Carranza, declaró solemnemente, en un documento público, que desconocía la doctrina y rechazaba sus beneficios -si es que encierra beneficios-, porque veía en ella una forma indirecta de protectorado, y deseaba para el país que gobierna la plena y fundamental autonomía.

Tan enérgica manifestación reviste el carácter de una contradoctrina, puesto que opone a la concepción exclusivista y dominadora del célebre presidente norteamericano una manera de ver más amplia, que abre de nuevo a todos los pueblos la posibilidad de extender su política universalmente.

Todo ello deriva de la lógica de las actitudes dentro de los nuevos fenómenos determinados por la guerra. No cabe duda de que si los Estados Unidos hacen oír su voz en los asuntos de Asia y Europa, Europa y Asia pueden hacer oír la suya en las cosas de América, porque en política internacional, como en ajedrez, no hay, en realidad, más principios que los que establece la convención del movimiento de las fichas, que deben tener acción equivalente dentro de la reciprocidad.

Aprovechando la circunstancia y adelantándose a una resolución que pudiera inclinar a la Liga de las Naciones a dar fuerza de ley a fórmulas parciales y desviadas de su primitiva significación, México inicia una reivindicación de derechos hispanoamericanos y llama la atención de las grandes naciones sobre el abandono o la condescendencia que les ha inducido a hacer sentir su acción en el Nuevo Mundo con ayuda de los Estados Unidos, delegando a menudo en estos la defensa de sus intereses primordiales.

Hace pocos años, el gobierno mexicano, en una nota dirigida a Inglaterra, dijo que no se avenía a discutir reclamaciones por intermedio de una tercera potencia, y que teniendo Inglaterra representante ante el gobierno mexicano, debía tratar directamente la cuestión que le interesaba.

La entereza con que ese país ha venido encarando los asuntos internacionales en estos últimos tiempos, culmina ahora en una forma concreta, que será apoyada, en cuanto lo permite la situación en que se encuentran, por casi todos los gobiernos de la América española, y que alcanzará la aprobación unánime de los pueblos de nuestro origen. Al tomar esta iniciativa, desafiando las dificultades de orden externo e interno que se pueden prever como represalia, tratándose de un país limítrofe con la potencia cuya primacía se discute, la nación azteca ha realizado un acto histórico. La doctrina de Monroe es de tal importancia para los Estados Unidos, que aun en medio de las preocupaciones generales impuestas por la solución de la guerra, el Senado de Washington pareció no tener más objetivo que discutir la situación en que ese postulado quedaría en el futuro.

Para los hispanoamericanos, la doctrina de Monroe es más importante aún. Pudo parecer en los comienzos fórmula adecuada para preservar a todo un continente de una posible vuelta ofensiva del colonialismo; pero se ha transformado en hilo conductor de un daño tan grave como el que se quería evitar. Juzgándola hoy por la gradación de sus aplicaciones y la virtud de sus resultados, no es posible dejar de ver en ella el instrumento de una dominación económica y política que sería fatal para la autonomía y el porvenir de las repúblicas de habla española.

Si formulara el Japón en Oriente una doctrina parecida, si Inglaterra intentara imponer en Europa una fórmula análoga, nos parecería a todos una incongruencia. ¿Cómo no ha de serlo la pretensión que lleva a los Estados Unidos a erigirse en gerentes de la vida del Nuevo Mundo, a pesar de la diferencia de raza, idioma, religión y costumbres que los separa de los países de Sudamérica?

La protesta de México es una tentativa para rehacer el prestigio de nacionalidades disminuidas por injerencias incómodas; y como ella se aplica a la situación de veinte repúblicas, como ella puede servir de bandera a la mitad de un continente contra la otra mitad, se puede decir, sea cual fuere el resultado de la comunicación que comentamos, que frente a la doctrina de Monroe ha surgido la doctrina de México. El hecho es de tal magnitud, que basta llamar la atención sobre

él para que todos comprendan la importancia que tiene dentro de la vida americana y dentro de la política internacional.

II. La Rábida

A D. Miguel Moya

El fino discernimiento con que ha auspiciado usted en toda oportunidad cuanto tiende a favorecer el acercamiento hispanoamericano, y la benevolencia inmerecida con que me honra su amistad, me inducen a llevar a su conocimiento, aprovechando el propicio ambiente creado alrededor del Día de la Raza, una iniciativa, nacida simultáneamente de este lado y de aquel lado del mar, y destinada acaso a completar con algo práctico y tangible la anual conmemoración que realizamos, aunque pueda tal recuerdo hacerme pasar por inmodesto, dado que he sido yo uno de los que con más tesón han defendido el proyecto desde el primer instante.

Condenar a ciegas el lirismo, o refugiarse en él con terquedad, equivale igualmente a renunciar a todo progreso. El lirismo es una fuerza circunstancial que realiza alta misión, a condición de erigirse gradualmente en motor de realizaciones, transformando la inspiración en hecho consagrado. Harto se ha repetido que todos los grandes acontecimientos de la historia, empezando por el mismo descubrimiento de América, fueron preparados por un esfuerzo cerebral y emocional que levantó en su época la sonrisa de los incrédulos. Pero hay que reconocer también -y es sobre este punto que conviene insistir ahora- que todo esfuerzo cerebral y emocional que no fue seguido de un ímpetu sostenido para hacer entrar en la vida lo que flotaba en el ensueño, solo marca un fracaso de la vitalidad de los pueblos; y tal es el escollo que debemos evitar en el curso de la campaña de aproximación hispanoamericana.

Es evidente que sin apresuramientos, ajustando nuestras impaciencias al ritmo de la vida, cabe favorecer desde ahora, en el orden de ideas que nos ocupa, las formas de acercamiento espiritual que traen en sí lo que podríamos llamar moléculas prácticas o fermentos realistas capaces de preparar el porvenir.

Tal como la celebramos en España y en el Nuevo Mundo, la Fiesta de la Raza es una admirable prueba de la solidaridad y el vigor de un vasto conjunto de pueblos hermanos; pero ha llegado quizá el momento de que al lado de las prestigiosas ceremonias oficiales y los elocuentes discursos académicos, que hacen revivir en

todas las capitales de habla española la palpitación de un recuerdo y el fervor de una esperanza, se encuentre, en próximos aniversarios, una fórmula para acercar materialmente a los diversos grupos y hacerlos convivir, aunque sea durante algunas horas.

En este sentido, el proyecto defendido en la Argentina por un español del prestigio de D. Rafael Calzada, y en España per un americanista de los méritos de D. J. Marchena Colombo, crea un puente de transición entre el romanticismo que algunos nos reprochan y el realismo a que todos aspiramos.

La Rábida puede ser un lugar de peregrinación, adonde todas las repúblicas hispanoamericanas envíen anualmente barcos de guerra, delegaciones universitarias, misiones comerciales, ofrendas nacionales, etc., levantando así un eje centralizador de americanismo práctico, que nos permitiría robustecer lazos personales y nacionales, basándolos en el conocimiento efectivo y en el trato directo. Pequeñas exposiciones de productos americanos utilizables en la Península y de productos peninsulares exportables a América, iniciarían el desarrollo de una gran feria anual, donde hallarían eco y ambiente todas las manifestaciones de la vida de nuestros pueblos, destinados por imposición de las circunstancias a sumar esfuerzos para imponerse al porvenir.

Nadie discute que la nación española recibiría fastuosamente a sus huéspedes, y no cabe poner en duda tampoco que las naciones hispanoamericanas aceptarían con entusiasmo la invitación. Un programa en el cual figurasen certámenes literarios y artísticos, concursos de tiro, ejercicios atléticos, congresos especiales, fiestas estudiantiles, revistas navales, recepciones, etc., daría motivo suficiente para atraer, además de las delegaciones nombradas, una corriente de turismo, que se derramaría después por toda España. Sin perjuicio, pues, de las fiestas que venimos realizando hasta ahora, se abriría un mitin anual de naciones afines, representadas en los diversos órdenes de su vida y de su actividad por grupos hábiles y expeditivos, que suscitarían nuevos vínculos, y que al volver después a sus hogares resultarían los mejores agentes para acortar distancias y activar la circulación de pensamientos creadores.

El hispanoamericanismo, que está latente en España y en América, necesita, por lo demás, un punto de cita, una Meca para materializar sus manifestaciones, y nada más indicado que el sagrado monasterio, punto de partida de la epopeya más

grande de los siglos. Se ha hablado demasiado de lo que hemos sido. Ha llegado el momento de pensar en lo que somos y en lo que podemos ser. Pero nuestro realismo moderno no debe surgir tampoco como un empuje improvisado, sino como una resultante de los antecedentes, como una prolongación del esfuerzo de los antepasados, encuadrando los nuevos horizontes y las tendencias del siglo en el marco glorioso de nuestra común historia. No habría antítesis ni anacronismo en agrupar alrededor de La Rábida anualmente una exhibición de nuestros progresos modernos, puesto que de La Rábida salió en su tiempo el mayor progreso que ha conocido el género humano; y las energías que evoca el punto de partida de la inmortal cruzada serían llegado el caso, el mejor acicate para que las nuevas generaciones desarrollen todo su empuje en las futuras justas mundiales de la competencia y de la civilización.

Cuanto esbozo apenas en esta rápida carta será completado o rectificado por usted, conocedor como pocos de los problemas de la época. Sólo quiero contribuir con una indicación al estudio de problemas de capital importancia para el futuro de Hispanoamérica, guiado, como siempre por las concepciones superiores que nos llevan a desear un acercamiento cada vez mayor con España.

1919

III. Chile, Perú y Bolivia

Después de la guerra entre el Perú y Chile, que dio por resultado la anexión a esta última república de las provincias de Tacna y Arica, quedó en la América del Sur un hondo malestar, que empieza a traducirse ahora en los debates y las incidencias de que da cuenta el telégrafo.

Impresiona especialmente este viejo litigio no solo porque supone un recrudecimiento de animosidades entre los dos países hermanos que hace algunas décadas recurrieron en mala hora a las armas, sino por el complicado tejido de combinaciones a que da lugar, amenazando indisponer entre sí a otras repúblicas limítrofes y convirtiendo un pleito local en causa de general desacuerdo.

Los antecedentes son conocidos. Después de su derrota, el Perú tuvo que aceptar un tratado, según el cual la posesión definitiva de dos provincias del Sur, ocupadas por el vencedor, quedaba supeditada a un plebiscito. Divergencias de interpretación o errores de procedimiento han venido postergando la ejecución de

esa cláusula, sin que se pueda imputar el hecho a desgano o mala fe de ninguna de las partes; y llega la hora en que, vencidos los términos fijados y abandonada virtualmente la primitiva fórmula de solución, se busca en distintos terrenos y en otras órbitas la liquidación final, que bien pudiera resultar coyuntura propicia para intervenciones extrañas.

El Perú entiende que los territorios deben serle devueltos; Chile declara que, en definitiva, le pertenecen; y Bolivia, cuyos derechos iniciales sobre alguna de esas regiones parece fácil establecer, reclama lo que considera complemento de su desarrollo: una salida al Pacífico para emanciparse de la sujeción en que se halla con relación a las dos naciones dominadoras de la costa.

Arrancar esta espina del corazón de América, tratando de resolver la dificultad en un ambiente de concordia, para libertar a las dos naciones directamente interesadas del peso de una preocupación absorbente y devolver a las demás la tranquilidad definitiva, sería obra razonable y benéfica.

En países afines, extensos y de escasa población, donde apenas se cuentan dos habitantes por kilómetro cuadrado, donde la mayor parte de las riquezas no han sido explotadas aún y donde no hay diferencias de idioma o de raza que separen a los hombres, las cuestiones de límites no pueden revestir, en tesis general, la importancia que tienen en Europa, y por duros que sean los agravios no deben hacer olvidar a las colectividades la necesidad superior de mantener la paz, condición primera del progreso y de la autonomía común.

Es por eso que muchos hombres serenos de América se preguntan si no ha llegado el caso de propiciar una solución que no sea la solución chilena, ni la solución peruana, ni la solución de ninguna de las fuerzas interesadas en el litigio, sino la solución política que, por encima de los apasionamientos, solo consulte la armonía y la seguridad del continente.

Resultando imposible desatender totalmente la protesta del Perú, que ha sido objeto de una presión militar; estando claramente establecido que Chile ha adquirido sólidos derechos no solo por la victoria, sino por el capital, la ciencia y el trabajo, mediante los cuales ha aumentado en pocos años el valor de esos territorios; y hallándose, por otra parte, fundamentada la pretensión de Bolivia, no parece a primera vista difícil poner a todos de acuerdo mediante una distribución ecuánime, dentro de una política de apaciguamiento.

Chile no se desprendería de todos los territorios donde ha multiplicado la riqueza por el sano esfuerzo de sus hijos; pero si el Perú aceptara la restitución parcial de una franja de tierra en el extremo norte, y si una angosta salida al océano concedida a Bolivia sirviera entre los dos antiguos rivales de Estado *tampón* acaso encontrarían todos el equilibrio que persiguen.

El Perú obtendría una satisfacción moral en lo que respecta al pasado y una garantía práctica para el porvenir, cesando de ser limítrofe con el adversario de ayer; Bolivia vería realizada su más viva aspiración, y Chile conservaría los beneficios de su esfuerzo, aumentando su prestigio al legalizar de una manera irrevocable la posesión.

Los sacrificios que la fórmula exige, en primer término de Chile, que tendría que abandonar una parte de sus adquisiciones, y en segundo término del Perú, que se vería obligado a renunciar para siempre a todo intento de reconquista, estarían compensados por la seguridad que comunicaría a todos la extinción del interminable asunto.

De acuerdo con el procedimiento que apuntamos, o con ayuda de cualquier otro, lo esencial parece prevenir injerencias peligrosas y desvanecer en el extranjero la enojosa impresión producida por el alejamiento de dos países llenos de porvenir que, lejos de perpetuar rencores, deben concertar sus energías para afianzar el progreso y la libertad. Este tiene que ser, por lo menos, el punto de vista imparcial y superior de los que simpatizan igualmente con Chile y con el Perú, sin más inquietud ni más ambición que la grandeza de la América española.

A medida que avanzamos en el siglo, aparecen más claros los problemas económicos y políticos que tendremos que resolver en medio de los vientos complicados de la «sobre-guerra»; y solo hemos de alcanzar todos, desde el extremo norte de México hasta el cabo de Hornos, la solidez necesaria para afrontar las contingencias con ayuda de la estrecha unión y la confianza recíproca.

1920

IV. Política colonial

Cuando las grandes naciones tienden sus brazos de conquista sobre los pueblos indefensos, siempre declaran que solo aspiran a favorecer el desarrollo de las comarcas codiciadas.

Pero, en realidad, bien sabemos todos en qué consiste la civilización que se lleva a las colonias. Los progresos que se implantan solo son útiles a menudo para la raza dominadora. Se enseña a leer a los indígenas, porque ello puede facilitar algunas de las tareas que el ocupante les impone. Pero la instrucción se limita siempre a lo superficialmente necesario. El maestro olvida cuanto puede contribuir a despertar un instinto de independencia. Los misioneros, laicos o religiosos, infunden la resignación. Los mercaderes, que en la mayor parte de los casos son los iniciadores de la empresa, engañan y explotan con productos de venta difícil en la metrópoli. La autoridad impone una legislación marcial. Y todo el esfuerzo del pueblo civilizador tiende a mantener en la sujeción a la raza vencida, para poder arrancarle más fácilmente la riqueza que devoran los funcionarios encargados de adormecerla. Si queremos saber en qué se traduce la civilización que ofrecen los conquistadores a los pueblos débiles, interroguemos, en Norteamérica, a las tribus dispersas que sobreviven a la catástrofe; consultemos, en Asia, a los habitantes de la India, diezmados por el hambre; oigamos a cuantos conocen la historia colonial del mundo.

Los que argumentan que en ciertos casos puede ser útil guiar y proteger a los pueblos jóvenes, dan forma al sofisma más peligroso. Nada sería más funesto que admitir, aunque sea transitoriamente, la superstición semicientífica de las razas inferiores. Se podría sacar de esa debilidad un argumento peligroso hasta para la misma libertad interna de los grandes pueblos. Si admitís que hay grupos nacionales que a causa de su civilización pueden aspirar a conducir ocasionalmente a los otros -dirían algunos-, tendréis que reconocer que hay clases sociales dignas de guiar a las menos preparadas; y si en el orden internacional toleráis que un pueblo audaz se sustituya a la voluntad de un pueblo inexperto, en el orden nacional tendréis que aceptar también la tutela de una clase dominante sobre la muchedumbre desorganizada.

Desde el comienzo de los siglos ha habido razas y clases sin derechos de ningún género, y estas han sido explotadas por otras razas o clases más instruidas, más belicosas o más hábiles. No es posible combatir la injusticia de adentro sin condenar la de afuera, o aplaudir la injusticia de afuera sin sancionar la de adentro.

La mediación en México

Como las distancias enormes, la falta de comercio espiritual y las leyendas que circulan no nos capacitan en general para tener una idea exacta de la situación de algunas repúblicas del continente, hermanas por la filiación, pero extrañas en la realidad de la vida, acaso resulten oportunas -en el desarrollo monótono del endémico conflicto mexicano- cuatro palabras de uno de los pocos argentinos que han visitado aquel país y han conservado lazos de comunicación con él.

La larga gira por América, que realicé en medio de las manifestaciones entusiastas a que daba lugar, no el humilde viajero, sino la ansiada reaparición concreta de un hondo anhelo continental, me permitió conocer íntimamente el carácter de esos pueblos, en cuyos tumultos ciudadanos me hallé mezclado, y me dio oportunidad para examinar de cerca, en su filosofía y en su proceso evolutivo, los acontecimientos que desde la guerra de Cuba se vienen desarrollando entre el golfo de México y el canal de Panamá.

Aunque en algunos puntos pueda no coincidir mi manera de ver con las direcciones que algunos diarios argentinos han sostenido, confío en que estos comentarios, despojados de toda pasión, que solo emanan del deseo de fraternidad que nos anima a todos, serán aceptados como una sincera contribución al mejor conocimiento del asunto que hoy se plantea con caracteres imperiosos ante la opinión pública de Norte y Sudamérica.

Nada más infundado que la versión que presenta a México como un país caótico, rezagado en los primeros escalones de la civilización. Una república habitada por 18 millones de hombres, que tiene quince ciudades de más de 50.000 habitantes, que cuenta con cuatro universidades, que posee poderosas fábricas de tejidos, cerveza, muebles, armas y tabaco, y cuyo comercio de exportación e importación ha llegado a subir en 1911 más de 1.500 millones de francos, no resulta en ningún momento una entidad incompleta o paradojal. Podrán multiplicarse en México los errores, podrá haberse sacado un partido insuficiente de las fabulosas riquezas naturales que hicieron que en un tiempo fueran las rejas de los balcones de plata maciza; pero se trata de una nacionalidad perfectamente solidificada, coherente y extraordinariamente próspera, cuya expresión superior culmina en una hermosa capital moderna con amplias avenidas, clubs elegantes, automóviles con taxímetro, grandes teatros y cuanto puede indicar progreso, cultura y bienestar.

El general Díaz, que, desde el punto de vista de las ideas democráticas, realizó el tipo clásico del tirano, pero que desde el punto de vista nacional fue innegable factor de adelanto y vida europea, prolongó en México su pacífica dictadura durante treinta años, hasta 1911, y trató de evitar los peligros y dificultades a que tenía que estar expuesto un Estado en formación, obligado a aceptar del vecino poderoso los mejores elementos de vida. Su política internacional consistió en plegarse a la «fatalidad geográfica», abriendo las puertas a los capitales y a las empresas de los Estados Unidos y accediendo a las pretensiones, a veces aventuradas, de ese país. Lejos de pensar como otro mexicano ilustre que la única defensa del pigmeo contra el gigante es la incomunicación, multiplicó los ferrocarriles y las líneas de vapores, intensificando el contacto. Fue así como los Estados Unidos llegaron a tener en sus manos las tres cuartas partes del comercio de México. A esta estrecha vinculación económica se añadió después una «entente» diplomática, que llevó en varias ocasiones a la República Mexicana a acompañar al país vecino en sus intervenciones en Centroamérica y a cubrir con su presencia procedimientos discutibles, que si procuraron a la potencia anglosajona nuevos y poderosos avances de su influencia, no dejaron a México más beneficio que el alejamiento o la animosidad de los pueblos lesionados.

La tendencia amistosa se fue acentuando hasta el punto de que en la Casa Central de Correos había, para dividir la correspondencia, cuatro grandes buzones con estas leyendas: «Ciudad, Provincias, Estados Unidos y Exterior», estableciendo así un tratamiento especial y dando a la república del Norte un lugar aparte, no incluido entre las naciones extranjeras.

Como corolario de todo esto vino la entrevista del general Díaz con el presidente Taft, entrevista que tuvo lugar con gran pompa en la frontera, y sobre la cual solo se han podido hacer hasta ahora caprichosas conjeturas. A raíz de ella, en medio de la sorpresa general y por razones ignoradas aún, las cosas cambiaron completamente. El dictador mexicano volvió a la capital con el proyecto de nacionalizar algunos ferrocarriles, arrebatando así esa fuente de riqueza al poder creciente de las compañías norteamericanas; se negó a renovar con la Casa Blanca el contrato de arrendamiento de la bahía de la Magdalena, en la Baja California, utilizada hasta entonces como depósito naval; intentó, dicen, un tratado secreto con el Japón y prestó visible protección y ayuda al general Zelaya, presidente del Estado

centroamericano de Nicaragua, que, por razones a las cuales haré referencia más adelante, se hallaba indispuesto con el gobierno norteamericano.

No falta quien afirma que, ante exigencias crecientes, Porfirio Díaz creyó llegado el momento de resistir y trató de concertar una acción conjunta con los gobiernos de Nicaragua y Venezuela, presididos entonces, respectivamente, por los generales Zelaya y Castro.

La revolución encabezada por Francisco Madero, que estalló pocos meses después, estaba justificada ideológicamente por el régimen opresor que fue la distintiva del general Díaz, pero no se hallaba abonada por un nombre popular, dado que aquel caudillo surgía apenas.

Tuve ocasión de conocer a Madero cuando llegué por la segunda vez a México, y aún me parece estar viendo en el amplio salón del Palacio Nacional la silueta *sui generis* de aquel hombrecillo nervioso y desorbitado, que aun en la misma presidencia tenía aspecto de conspirador.

Para dar una idea de la situación recordaré que cuando, cerrada la Universidad por la fuerza pública, se dirigieron los estudiantes a la Casa de Gobierno para inquirir las razones por las cuales se prohibían mis conferencias, Madero declaró desde el balcón que había subido al poder apoyado por los Estados Unidos. Por otra parte, lo que al día siguiente provocó los grandes tumultos frente a la redacción del diario oficial *Nueva Era* fue un editorial, en el cual se afirmaba que la hegemonía continental era un hecho y que México debía resignarse a su destino.

No me corresponde insistir sobre las incidencias en las cuales fui actor durante aquellos días de fiebre. Basta recordar que en estas condiciones especiales de desorientación se produjo, después de mi salida de aquella república, la contrarrevolución, encabezada por Huerta, viejo militar del antiguo régimen; el sacrificio de Madero; el levantamiento de Zapata, caudillo de la anárquica repartición de tierras; la inconcebible aventura de Villa, y el pronunciamiento del general Carranza, que debía levantar de nuevo las fibras morales del país.

Sin querer interpretar los hechos, porque no es este el lugar para hacerlo, conviene dejar sentado que de la intervención extranjera en tales episodios queda constancia en documentos oficiales.

El agente confidencial de los Estados Unidos, señor Lind, escribe al gobierno de Huerta el 25 de agosto de 1913: «El presidente me autoriza a decir que si el

gobierno obra inmediatamente y de acuerdo con las indicaciones mencionadas, el presidente asegurará a los banqueros americanos y a sus socios que el gobierno de los Estados Unidos vería con agrado la contratación de un préstamo inmediato en cantidad suficiente para cubrir las necesidades del momento del gobierno de México.»

A esta nota contestó el ministro de Relaciones Exteriores, señor Federico Gamboa, en los siguientes términos: «Cuando la dignidad nacional va de por medio, entiendo que no hay empréstitos suficientes para que con pleno conocimiento de ello los encargados por la ley de mantenerla incólume, la menoscaben. Si en principio siquiera fuéramos a admitir los consejos y advertencias de los Estados Unidos, no sólo vulneraríamos nuestra soberanía, sino que comprometeríamos para un porvenir indefinido nuestros destinos de entidad soberana, y todas las futuras elecciones de presidente quedarían sometidas al veto de cualquier presidente de los Estados Unidos. Y enormidad tamaña, señor agente confidencial, yo le aseguro a usted que, a menos de registrarse un cataclismo monstruoso y casi imposible en la conciencia mexicana, ningún gobierno se atreverá nunca a perpetrarla».

En este orden de ideas y como antecedente cabe recordar que el ex presidente de Nicaragua, general Juan J. Estrada, que no es un adversario del imperialismo, puesto que se declaró partidario del protectorado, confesaba lo siguiente al *New York Times*, de Nueva York, el 10 de septiembre de 1912: «En la conspiración contra mi gobierno estuvieron interesadas varias compañías norteamericanas. La de Blufields contribuyó con un millón de dólares, la casa Joseph W. Beers, con 200.000, y la de Samuel Well, con 150.000».

Las revoluciones de Nicaragua, que pueden quedar como tipo en esta modalidad de la influencia comercial y política, empiezan con la caída de Zelaya, que hizo ejecutar a los conspiradores extranjeros Cannon y Gorce, y llegan, a través de múltiples y sangrientos episodios, a la presidencia impopular de Adolfo Díaz, que enajena las aduanas y acepta para preservarse de sus mismos compatriotas una guardia de marineros norteamericanos en la Casa de Gobierno.

La situación actual de México es ciertamente dolorosa y no puede ser más plausible el pensamiento que pudiera llevar a los neutrales a ofrecer sus buenos oficios con el fin de llegar a un acuerdo. Pero al realizar este propósito no es posible dejar de tener en cuenta las circunstancias que han arraigado la desconfianza en

aquel país, ni olvidar la situación diplomática del mismo con respecto a los demás pueblos. Cortadas como están sus relaciones con los Estados Unidos, parece difícil encontrar una fórmula que permita aceptar dignamente la mediación sin previo restablecimiento del estado anterior. La injerencia de Guatemala, por otra parte, está llamada a fomentar la suspicacia nacional, por cuanto las relaciones entre ambos pueblos han sido a menudo difíciles, y no son precisamente los Estados hostiles los llamados a llenar con prestigio la delicada misión de conciliar voluntades en un conflicto interior. Otra dificultad desgraciada nace de la circunstancia de que las naciones mediadoras, con excepción del Brasil, carezcan de representación diplomática en México. Esto puede poner a las respectivas cancillerías en la imposibilidad de tener un conocimiento exacto y directo de los antecedentes del conflicto, obligando a todos a juzgar según la atmósfera que reina en el pueblo interesado en la intervención. La influencia de la fuente informativa la comprobamos en la guerra; y los países como el nuestro que no tienen intercambio con México, que nada pueden ganar en el conflicto, que solo obedecen a un sentimiento humanitario y altruista, evitarán sin duda alguna que se les crea complicados en posibles maquinaciones para no hallarse mañana ante México en la situación en que el mismo México quedó ante la América Central después de su apoyo a las intervenciones imperialistas.

No caben comentarios divergentes, sino contribuciones para puntualizar lo que sería la amistosa actitud de la Argentina en un remolino que afecta, no solo a la vitalidad de una república hermana, sino, en tesis general, a la orientación y los destinos del continente.

Debiendo tener en cuenta los antecedentes, las circunstancias y los fines que conviene perseguir; tratándose como se trata de un país que, como lo prueba la aventura de Maximiliano, fue siempre enemigo de injerencias extrañas; y habiendo compañías financieras, especialmente las petrolíferas, interesadas en encauzar los acontecimientos en determinado sentido, parecen insuficientes cuantas precauciones se tomen para evitar tropiezos, malas interpretaciones y olvidos irreparables.

El asunto de México está ligado al vasto problema continental que hemos de resolver en este siglo, y como no es posible desligarlo de precedentes, analogías y prolongaciones que le dan su verdadero valor, la tarea particularmente delicada de

solucionar el actual conflicto tiene que girar seguramente alrededor de cuatro preocupaciones, que nacen de las direcciones enunciadas: rechazar en absoluto toda hipótesis, por lejana que sea, de intervención; obtener antes de entablar negociaciones la anuencia de los interesados; tener especialmente en cuenta a la opinión mexicana que se ha mantenido ajena a la ebullición; y recordar constantemente que tan importante como la integridad material o geográfica, suele ser la integridad económica y moral de los pueblos.

México es, como la Argentina, una de esas naciones privilegiadas que tienen todos los climas. Produce el tabaco y la caña de azúcar como Cuba, el algodón como los Estados Unidos, la viña como Francia e Italia, la madera de construcción como California; palmeras, cocoteros y naranjos como Egipto, Argelia o Andalucía; arroz como China; cacao, maíz, cebada y trigo como nuestras repúblicas del Sur. Si examinamos su suelo, encontramos mármoles, basaltos y ópalos en Orizaba; fabulosos depósitos de hulla en la cuenca inferior del Pánuco; célebres minas de oro, plata, cobre, hierro, plomo y mercurio en Guanajuato, y todo indica que ese país puede ser mañana extraordinariamente próspero si a ello no se oponen, como factores disolventes, las ambiciones interiores o las exteriores. Calmar aquellas y desviar estas podría ser el programa más noble, no ya de un grupo de repúblicas, sino de todo el Nuevo Mundo, unido en un solo anhelo de solidaridad continental.

1913

La verdad sobre México

La desconsideración que algunos han dejado entrever hacia México a raíz de ciertos sucesos recientes, se explica por el aislamiento en que vivimos, aislamiento que nace más que de la distancia misma, de las comunicaciones telegráficas, generadoras de fantásticas leyendas, que acentúan en la América española la dispersión moral, causa primera de la debilidad colectiva.

Nuestras naciones del extremo Sur, que se han desarrollado ajenas a peligros inmediatos, protegidas, por decirlo así, tras el rompeolas de los pueblos que se debaten en medio de dificultades innúmeras, no tienen una noción clara de las condiciones en que se mueven aquellos países. Se confunde a una república de 18 millones de habitantes, dueña de los más ricos territorios conocidos en el mundo,

con pequeños núcleos de las Antillas, llegando a veces hasta dejar traslucir desdenes o desvíos que nada puede justificar. Y México, que, amenazado en su propia existencia y urgido por necesidades improrrogables, ha alcanzado una idea más panorámica del conjunto a que pertenece, tiene que sentirse herido por la despreocupación o el silencio de los hermanos distantes, confiados y olvidadizos. Cuando espera una estrecha compenetración de propósitos, advierte una falta fundamental de comprensión; y la fe que pone en el fraternal concurso que podríamos prestarnos algún día, vacila a menudo ante el sarcasmo que fluye de ciertas actitudes internacionales.

Semejante estado de espíritu ha sido determinado por largas prédicas tendenciosas. Pero la guerra europea nos ha hecho comprender la importancia concluyente que tiene la información para suscitar o enajenar simpatías. Nadie discute ya que la opinión puede ser inclinada, dirigida, forzada o exaltada en un sentido o en otro por la perseverancia de las indicaciones, por la forma de presentar los hechos, por la habilidad de graduar las situaciones, por la sutileza para desvirtuar sucesos contrarios, por el conocimiento de la psicología de cada pueblo, por el movimiento del timón casi invisible que se puede dar, en fin, a la verdad para que repercuta ampliamente en las conciencias y se ensanche en las almas, imponiendo determinadas direcciones colectivas. Y dado que de todo esto tenemos conocimiento, parece llegado el instante de desviar la maniobra, rechazando el juicio que se nos da hecho, para acumular, con nuestros elementos, uno propio.

No sé si lo que voy a decir parecerá excesivo, pero la Argentina, Chile, Brasil, Uruguay y otras repúblicas que, lesionando sus intereses finales, reconocieron apresuradamente la independencia de Panamá a los pocos días de consumarse la dolorosa desmembración de Colombia o colaboraron en la precipitada mediación de México (mediación que tan peligroso precedente sienta contra la autonomía colectiva), no pueden seguir prestando crédito ciego a una información suministrada por los que ignoran nuestros propósitos y luchan naturalmente por la exaltación de su grupo.

Se trata, en realidad, de una campaña bilateral. Si leyéramos lo que a México se telegrafía sobre nosotros, comprenderíamos la verosimilitud que puede tener lo que a nosotros nos cablegrafían sobre México. Mientras estuve en la capital azteca marqué en rojo en los diarios noticias curiosas; la Argentina había declarado la

guerra a Alemania el 20 de abril; Chile se preparaba a atacar a Bolivia, y en la Patagonia se había descubierto una nueva especie de chimpancé. Nada se decía de nuestra vida superior, de nuestra actividad creadora, de nuestro progreso, a pesar de la ansiedad con que se lee en aquella república cuanto atañe a las naciones del Sur. El cable sólo vibra para transmitir invenciones o comentarios que deprimen, desalientan y anarquizan.

En Guadalajara me preguntaron si quedaba algún diputado vivo en el Perú, porque el conflicto electoral en que pereció Grau había sido transmitido en esta forma: «Veintisiete diputados muertos, y los demás en fuga». Por otra parte, he podido comprobar personalmente en México la absoluta inexactitud de ciertas noticias que nos envían con toda seriedad a la Argentina y a Chile. Agencias de información ajenas a nuestras palpitaciones desprestigian a la América del Sur en México y deprimen a México en la América del Sur. No discuto el sistema, porque no estamos haciendo ahora moral, sino presentando una situación; pero la opinión serena debe ponerse al fin en guardia, porque es evidente que de este estado de cosas nacen los mal entendidos dolorosos, las agrias reservas y las apreciaciones inexactas, que hacen cada vez más profundas las grietas, más diferentes las órbitas de evolución y más distante la realización de los ideales fecundos de los hombres de la independencia. No cabe duda de que es en la dispersión y en el mutuo desconocimiento de las situaciones respectivas donde pueden hallar terreno propicio mañana las reclamaciones y presiones de los grandes imperios de América, Asia o Europa, interesados en prolongar las discordias y en perpetuar el carácter caótico de la política internacional de la América latina.

Esto es tanto más grave cuanto que si en hora suprema necesitaran nuestras repúblicas desarrollar una acción simultánea, los resortes de junción y enlace no podrían funcionar, falseados como se hallan por el engaño. Batidos en detalle, tendríamos acaso que asistir entonces impasibles a todo lo que no se hubiera podido enunciar siquiera ante una América diplomáticamente unida y solidaria.

Por eso conviene desvanecer ciertos errores.

La Argentina y Chile, naciones fraternas que para bien de América deben acentuar cada día su íntima comunión, tienen altos deberes que cumplir, si quieren defender sus derechos y estar a la altura de sus responsabilidades; y empeñados como nos hallamos de un lado y otro de las montañas en restablecer lo que

podríamos llamar la circulación de la sangre, detenida hasta hoy por ligaduras artificiosas, creo de mi deber contribuir a la obra común diciendo toda la verdad sobre la República Mexicana que completa la vigorosa trilogía para que en nuestros países se sepa al fin algo concreto sobre la comarca de leyenda que parece naufragar entre una inverosímil superposición de cataclismos y catástrofes.

En realidad, la única desgracia de México ha sido su extraordinaria riqueza.

Imaginad minas inagotables y fabulosas que producen todos los metales conocidos y parecen multiplicarse al conjuro de cada nueva sangría; bosques enormes poblados de maderas preciosas, solicitadas por todas las naciones del mundo; verdaderos océanos de henequén, que bastarían para hacer la prosperidad de un Estado; costas privilegiadas donde se realiza la pesca más fructuosa y abundante; campos fértiles en los cuales triunfan variados cultivos, desde el tabaco y el café hasta el trigo y el algodón; ganadería sana, abundante y prolífica; los yacimientos de petróleo más valiosos y fantásticos de la tierra; imaginad las cascadas, que ofrecen gratis la fuerza motriz; las piedras preciosas casi al alcance de la mano; hasta las aves y las flores, que se escalonan, según las zonas, en un territorio que abarca temperaturas tórridas; climas templados y fríos glaciales, con arenales y praderas, con ríos caudalosos y montañas de 5.000 metros de altura; con puertos naturales sobre los dos océanos, sobre el mar Caribe, centro de un portentoso comercio mundial, y sobre el Pacífico, ruta directa del Japón; imaginad, digo, todo esto en 800.000 millas cuadradas (la extensión de Francia, Inglaterra, España e Italia juntos), y decidme si no asoma una tentación para todos los apetitos.

Durante los treinta años del gobierno del general Díaz, bajo la férrea paz tiránica y asfixiante que todo lo subordinaba a la dominación individual, el país progresó, haciendo un esfuerzo, como puede crecer un árbol, a pesar del muro que lo detiene, deslizando sus ramas vigorosas por entre los intersticios de las piedras. La libertad de pensar, la de escribir, hasta la de trabajar, estuvieron supeditadas al acatamiento y a la previa genuflexión ante un jefe que obstaculizaba la instrucción pública, amordazaba las conciencias y detenía todos los brotes, atento sobre todo a afirmar su preeminencia y su poder.

La salud creadora hizo que, como reacción de la voluntad popular contra la sujeción política, se produjera el fundamental levantamiento de 1910, que, después de largas vicisitudes y sangrientos conflictos, ha venido a culminar en el gobierno

actual, nacido de una nueva Constitución y legalizado por Cámaras surgidas del voto libre.

La formidable sacudida, con sus altibajos de triunfo y de retroceso, en su lucha contra las formas diversas de reacción, dio lugar naturalmente a crueles batallas, sumarias ejecuciones, vastos incendios, lágrimas, lutos, devastaciones innúmeras; a todo lo que consigo trae una guerra civil apasionada que crea bandos irreductibles y en el curso de la cual surgen ambiciones estridentes y desviaciones peligrosas que es necesario sofocar en germen para bien de la causa superior.

De este terremoto social, que cambia la faz de un país, se ha sacado argumento para desacreditar a México, desconociendo los móviles elevados y las acciones brillantes, para no comunicar a nuestra América más que los crueles detalles inevitables de toda contienda armada. En Inglaterra, en Francia, en Italia, en Rusia, durante parecidas conmociones, se han ejecutado monarcas, se han incendiado palacios, se han hecho saltar vías férreas, se han desterrado políticos, se han herido intereses nacionales y extranjeros; y esas tempestades, que han durado a veces más que la que acaba de abatirse sobre México, no nos han hecho pensar nunca que esos países sean ingobernables. ¿Por qué nuestros pueblos del Sur, que no están exentos en su muy cercano pasado de análogas violencias, han de extremar la severidad de juicio para condenar al hermano, que sólo ha querido unirse a ellos en la libertad y en la república?

Yo he recorrido la tierra mexicana de Norte a Sur y de Este a Oeste en todas sus direcciones, en sus provincias más apartadas, atravesando las zonas que señalan como especialmente peligrosas, y puedo afirmar perentoriamente que no he encontrado nada de lo que nos cuenta el cable. He visto, desde luego, edificios carbonizados; he comprobado que algunas líneas de ferrocarril se resienten de la escasez de locomotoras; he advertido los perjuicios que en la producción y el comercio ha tenido que causar la lucha; pero estos efectos inevitables de toda honda subversión, solo aparecen como rastros de un pasado doloroso que la actividad general, el orden ya asegurado y la reconciliación ciudadana no tardarán en borrar completamente. Lo que asombra, por el contrario, en este orden de ideas, es la vitalidad inverosímil del país que ha podido soportar tan peligrosa crisis y salvar tan cruentas dificultades sin comprometer su salud y su energía.

No puedo ni debo tener opinión en las luchas internas del pueblo mexicano; no me hallo ligado a ningún partido y he sido allá, más que el huésped de un gobierno, el huésped de una juventud. Pero no puedo dejar de admirar el tacto, la serenidad y la firmeza con que el general Carranza supo sobreponerse a las pasiones, equilibrar los espíritus y doblar las resistencias que siempre perduran por terquedad o por ambición después de una revuelta. El ejército de Villa, que llegó a contar en el norte con más de 30.000 combatientes, quedó reducido a un puñado de montoneros que huyen por las montañas; la revolución anárquica y analfabeta que Zapata encabezaba en el sur con la bandera empírica de la repartición de tierras, se ha ido anemiando gradualmente con la defección de numerosos jefes y la muerte del caudillo. El orden y la disciplina se van extendiendo gradualmente, y mirada al margen de las víctimas y los perjuicios materiales, en su alta significación filosófica y moral, la revolución ha sido un gran beneficio, porque además de los derechos ciudadanos, ha devuelto al pueblo de México la conciencia de su poder, trayendo a la superficie las verdaderas fuerzas vivientes de la nacionalidad en una renovación de perspectivas que se caracteriza por tres direcciones; igualdad democrática, protección a todo lo nacional y extrema altivez en la política externa.

He ido a México en varias ocasiones: en 1901, durante el gobierno del general Díaz; en 1911, coincidiendo con la breve presidencia del señor Madero, y en 1917, dentro del actual gobierno constitucional; de suerte que puedo hablar con conocimiento de causa, porque he visto a ese país en los momentos culminantes y significativos de su evolución: primero, con la dictadura caduca y caprichosa del hombre que, en su ocaso, sin los arrestos de antes, parecía comunicar al país su decrepitud; después, con el iluso, irritable e inexperto, que el azar puso a la cabeza de la nación durante varios meses, como producto inicial de la desorientación de un pueblo que, después de treinta años, recupera la libre disposición de sí mismo; y por último, con el resultado final del movimiento, expurgado y puntualizado por una larga conmoción complementaria que ha llegado, por medio de eliminaciones sucesivas, a concretar el anhelo general.

Y con este conocimiento global del proceso político de México, puedo afirmar que la igualdad democrática, la primera dirección a que me refiero, fue la que más anheló el pueblo desde los comienzos, porque era en los comicios donde esperaba encontrar el remedio a los males que le aquejaran desde la colonia hasta la

dictadura. Desde este punto de vista se puede decir que se han cumplido sus esperanzas, porque en la floración de hombres jóvenes que gobiernan a aquel país, se ha hecho carne la idea de la equivalencia política, como lo probó el general Cándido Aguilar, al renunciar al Ministerio de Relaciones Exteriores, porque debiendo casarse con la hija del presidente, se podía hablar de nepotismo; como lo ha evidenciado el general Álvaro Obregón, al recompensar al agente de policía que detuvo su automóvil, declarando que «un ministro de la Guerra tiene que acatar las disposiciones municipales al igual que cualquier ciudadano»; como lo atestigua el mismo presidente, al seguir viviendo en su casa particular y al reservar exclusivamente para los actos oficiales las pompas y ceremonias del palacio de Chapultepec.

En lo que respecta a la segunda dirección, o sea a la protección a todo lo nacional, ella no puede afirmarse ahora más abiertamente. Lo que admira al que por primera vez llega a aquel país, es la multiplicidad de aptitudes, la facilidad de iniciativa, el talento de adaptación, que lleva a todos a ensayar y dirigir con éxito sus energías en las más diversas ramas de la actividad humana, hasta en aquellas que parecen ajenas a las preocupaciones actuales de la América española. Nos sorprende primero la industria popular, espontánea, difundida, tenaz, saludable, que teje mantas primorosas, crea para los niños juguetes de positivo ingenio, manipula la seda con maestría, burila metales, construye muebles y prolonga el prestigio perdido de los antiguos artesanos. Nos maravilla después el empuje y la audacia de las grandes empresas, que, como la fábrica de hilados y tejidos de Orizaba, emplean más de 4.000 obreros; que, como las cervecerías de Toluca, abastecen a todo el país de este producto; que, como las nuevas compañías de cintas cinematográficas, se imponen dentro de las fronteras y desalojan a la producción similar extraña. Esa fuerte y vigorosa tendencia a limitar en cuanto sea posible las importaciones y hacer que el nacional sustituya a los profesionales extranjeros se advierte hasta en los ferrocarriles, donde todos los empleados son mexicanos, y se halla fuertemente apoyada por el gobierno, que presta especial atención a los liceos profesionales para niñas, de donde salen modistas, ayudantes de farmacia, etc.; que acaba de fundar la Escuela de Industrias Químicas, de la que surgirán dentro de poco tintoreros, licoristas, etc., y que dirige cada vez con más vigor a la juventud hacia los estudios prácticos y de utilización inmediata para el progreso material del

país. En esto no hace, después de todo, más que obedecer al instinto general, encarrilado en ese sentido, como lo prueba el hecho de que el que estas líneas escribe haya podido asistir a una audición de Aída, ofrecida con gran éxito por cantantes, coros, decoradores y hasta orquesta exclusivamente mexicanos, y haya tenido, al entrar a un circo, la sorpresa de comprobar que toda la compañía, desde empresario hasta el último juglar, eran nacidos en el país. Señalo el hecho, porque los detalles aparentemente pequeños preparan las cosas grandes. Hay en México fábricas de papel, baúles, camas de bronce, cuchillos, porcelana, conservas, y algunas de las marcas de cigarros que se manufacturan con tabaco nacional, pueden competir con las mejores de La Habana. Pero lo que mejor da la medida de la capacidad creadora de México son las fábricas de cartuchos y los talleres de aviación. Los he visitado detenidamente. En la primera se funden y se concluyen en sus menores detalles hasta los útiles para elaborar los proyectiles, de tal suerte, que no solo se reemplazan las piezas que se deterioran, sino que hacen nuevas máquinas cuando conviene ampliar la producción. En los talleres de aviación, donde se ha inventado la nueva hélice *Anahuac*, que ha sido experimentada con éxito en Sudamérica, se construyen los aeroplanos con materiales exclusivamente del país, desde la madera y la tela, hasta el motor mismo, cosa que ningún otro país ha intentado aún en la América española.

Estos detalles, acaso minuciosos, sirven para probar con hechos, que tienen siempre más eficacia que las palabras, la poca consistencia de la opinión que algunos tienen sobre México. En medio de un desbarajuste como el que nos describe el cable, no nacen o se mantienen estas floraciones sanas y prometedoras, que exigen atmósfera equilibrada y tranquilidad. Y aun en el caso de que los desconfiados sigan dando crédito a las fantasías a que nos referimos, ¿no sería esta múltiple actividad y este estado creciente de progreso una prueba más del vigor indomable de ese pueblo, que en plena crisis social y en medio de las hecatombes mantiene e intensifica las actividades de su vivir, alimentando a la vez la lucha armada en el campo abierto de sus reivindicaciones políticas, y la lucha pacífica en el campo, más abierto aún, de sus anhelos de bienestar?

Lo que muchos olvidan es que de los 18 millones de habitantes que tiene México apenas cien mil habrán tomado parte en los diversos movimientos armados. La masa neutra y creadora ha simpatizado seguramente con uno o con otro bando,

pero no ha interrumpido su labor ordinaria en el múltiple entrelazamiento de actividades que constituyen la base de un pueblo, Además, la contienda no se ha extendido nunca a todos los ámbitos de la república. Ha habido, por una parte, batallas, incendios, ruinas; pero ha habido por otra nacimientos, construcciones, fortunas que se levantaban. Y la misma sacudida ha sido a veces favorable, porque al subvertirse el orden establecido han llegado a la superficie fuerzas nuevas, que de otro modo no hubieran podido abrirse paso.

El rápido acceso de hombres muy jóvenes a la dirección de los asuntos públicos no es ajeno seguramente a la orientación enérgica y altiva que ha tomado la política internacional de México. Ese pueblo impetuoso está desarrollando hoy la diplomacia más independiente de toda la América latina. Después de la nacionalización de los ferrocarriles (México posee diez mil millas de vías férreas), que tanta trascendencia tiene y tanto esfuerzo significa, se ha proseguido gradualmente la obra de emancipación total. El artículo 27 de la nueva Constitución establece que ningún extranjero podrá adquirir tierras en las fronteras terrestres ni en las costas de México, extendiendo la zona prohibida a 50 kilómetros para las primeras y a 100 kilómetros para las segundas. Esta enérgica decisión, cuyo fin no es posible dejar de advertir, se completa y se caracteriza más ampliamente con otra, según la cual todo extranjero que compre propiedades, implante industrias o se cree intereses de cualquier género en el resto de México, renuncia, por ese solo hecho y de una manera inapelable, a las reclamaciones que pudiera intentar después por intermedio de su respectivo gobierno, sometiéndose implícitamente, en caso de conflicto, a las decisiones de los tribunales del país.

La tendencia a abandonar todo encogimiento y a tratar de igual a igual con los poderosos, preservando los desarrollos futuros de la nacionalidad, la advertimos hasta en la actitud que tomó la Cancillería de México ante la insinuación que se le hizo para que, en cierta ocasión, evitara mi llegada al país. «La Universidad le ha invitado, y le recibiremos; pero si otro gobierno tiene especial interés en que no venga -se insinuó-, en su mano está impedirle pasar por Panamá.» Y el presidente, sonriendo, añadió: «Dejando de lado el fondo de la cuestión, hay que reconocer que no habría reciprocidad alguna si yo asintiera, porque los demás no han expulsado todavía de su territorio a los que hablan contra México y contra mi gobierno».

Lo que ha dado origen, en realidad, a la campaña de desprestigio que se ha emprendido alrededor de México y alrededor de sus presidentes en las repúblicas del Sur, campaña que ha llegado hasta utilizar el cinematógrafo para alcanzar sus fines, es la resistencia que aquel país está oponiendo a las presiones internacionales, resistencia que se prueba hasta en el hecho de que mientras tantas repúblicas lejanas cedían ante sugestiones más o menos artificiales, pudo mantener audazmente México, limítrofe con los Estados Unidos, su irreductible neutralidad.

Basta reflexionar un poco para comprender que no se halla México bajo ningún concepto en la situación que dejan entrever los cables. La noticia de la toma de Puebla por el general Blanquet, desmentida después oficialmente, dio una idea de los procedimientos empleados. México ha probado en los últimos tiempos su respeto a la intelectualidad, recibiendo suntuosamente a escritores como Rubén Darío, Julio Flores, Chocano, González Blanco, Villaespesa y Salvador Rueda; ha sancionado sus preocupaciones de cultura suprimiendo las riñas de gallos y el consumo del pulque, bebida nacional que hacía grandes estragos en el pueblo; y ha dejado constancia de su culto a los principios, dictando la Constitución más democrática y más nacionalista de América. Esto en cuanto se refiere al progreso moral. En lo que toca a la pretendida bancarrota económica y a la miseria del país, bastan tres datos para restablecer la verdad: he asistido en la capital a un corso de flores, en el cual tomaron parte cerca de 3.000 automóviles; la compañía de ópera que actuaba en el teatro Arbeu, y en la cual figuraba el tenor Constantino, hacía pagar la butaca, por cada representación, veinticinco pesos; y la circulación monetaria era exclusivamente de oro y plata, valiendo el peso mexicano medio dólar.

Quien pisa aquella tierra advierte en seguida el florecimiento y la reacción viril que han provocado las heridas recibidas y la resolución con que se encaran todas las contingencias. El presentimiento de un choque, que algunos juzgan irremediable, ha exasperado en la espera el espíritu de sacrificio; y el pueblo, forjado en los conflictos de invasiones repetidas y emperadores fusilados, saca a la superficie todas las energías de su ser, porque advierte quizá un enrarecimiento del aire que anuncia nuevas tempestades. Nadie puede saber lo que el porvenir depara a México; pero los tristes voceros de abatimiento y de abandono, los crédulos servidores de todos los sofismas inventados por el indiferentismo patriótico, se

equivocarán seguramente. Recia atalaya de todas nuestras repúblicas, México no caerá, por tres razones: primero, por el patriotismo indomable de sus hijos, cuya historia es garantía de altivez; segundo, por la entereza y el patriotismo de su gobierno; y tercero, porque esa es la voluntad de la América española; razón esta última que debemos prepararnos a defender colectivamente.

1919

Pequeña política

El conflicto entre el Perú y Bolivia y el arbitraje de la Argentina, tan mal recibido por una de estas naciones, nos hizo comprender que si las repúblicas hispanoamericanas son accesibles a los principios nuevos y aceptan teóricamente los métodos tranquilos para dirimir sus dificultades, no se encuentran todavía suficientemente preparadas para aplicarlos.

Bolivia y el Perú tenían una de esas diferencias de límites que son tan frecuentes en nuestras comarcas, casi desiertas. El Perú, en una extensión de 1.800.000 kilómetros cuadrados, cuenta apenas cinco millones de habitantes. Bolivia, en un territorio acaso más vasto, apenas reúne dos millones. Pasará mucho tiempo antes de que lleguen esos países a poblarse, no diré en la proporción de Bélgica, sino a la manera de Noruega o de Finlandia. El Perú tiene dos habitantes por kilómetro cuadrado. Bolivia uno. Sin embargo, esos pueblos, que están lejos de sufrir un exceso de población, se disputaban una zona de valor escaso. El origen de la discordia y las razones esgrimidas por cada una de las partes solo tienen una importancia relativa. Basta saber que los dos países resolvieron someter su pleito a un arbitraje. Pero por una contradicción extraña, fue precisamente ese homenaje a la paz el que estuvo a punto de dar lugar a un conflicto mucho más grave que el que se trataba de impedir.

Errores de forma y de concepto hicieron que una de las naciones se negase a acatar la decisión del árbitro, despertando así rivalidades mal escondidas y poniendo a descubierto las dos llagas de la política hispanoamericana: la de no respetar los compromisos adquiridos, reservándose el derecho de no suscribir más que las decisiones favorables, y la de elegir juez entre las repúblicas vecinas que,

interesadas de una u otra manera en el litigio, no tienen la autoridad ni la imparcialidad necesarias para imponerse.

Las declaraciones que el señor Melitón Arce, hermano del ministro de Bolivia en Chile, hizo a *El País*, de Buenos Aires, nos dejaron ver, con los entretelones del asunto, uno de los peligros que amenazan a nuestros Estados, deseosos de jugar a las grandes naciones. Un tejido sutil de suspicacias ha acabado por hacer del Nuevo Continente un mundo devastado por fuerzas que se combaten, no en la atmósfera sana del pueblo, sino en el ambiente artificial de las cancillerías. Hay países que aspiran a reconquistar provincias perdidas, como el Perú, cuyos más ricos territorios fueron ocupados por Chile después de la guerra del Pacífico; hay naciones, como Chile, la Argentina y el Brasil, que rivalizan entre ellas, persiguiendo una hipotética hegemonía regional; y hay, en fin, entidades más débiles que, amenazadas por la ambición de los vecinos, se debaten y lo enredan todo para salvar su integridad territorial.

En el desacuerdo de que hablamos, intervinieron todos los factores de debilitamiento y disolución. La Argentina, interesada en contrarrestar la influencia de Chile, ha apoyado a menudo al Perú, y su sentencia arbitral, por correcta que fuera, pudo parecer una confirmación de su tradicional política. Por análogas razones alentó Chile, por su parte, a Bolivia, como lo prueban los telegramas del señor Arce, que fueron publicados. «Me creo autorizado a ofrecer -telegrafiaba el ministro de Bolivia a su gobierno- todo el armamento que pueda ser necesario, y además cien sargentos instructores y cien oficiales chilenos. Por otra parte, se desea saber cuáles son las sumas que pueden ser necesarias.»

Parece ser que el intercambio de comunicaciones belicosas fue sorprendido por el principal interesado. El Perú interceptó y tradujo los telegramas cifrados, se puso de acuerdo con el Brasil, y mediante concesiones mal definidas aún, obtuvo que esta nación insinuara a Chile que no vería con placer el apoyo prestado a Bolivia.

Así se desvaneció un remolino que pudo llevar a la guerra no solo a las dos fuerzas interesadas primeramente en el asunto, sino también a otras más importantes que, al apoyarlas, creían defender su prosperidad futura. En realidad, solo hubieran conseguido todas debilitarse. Porque el error fundamental de esta política es el de disociar los intereses de los países hispanoamericanos para oponerlos los unos a los otros en un universo reducido voluntariamente a los límites

de nuestra América. Una especie de miopía batalladora empuja a los gobiernos a creerse amenazados por los vecinos inmediatos, olvidando así la debilidad nacional y continental ante otras naciones y la necesidad de coordinar la acción de los países originariamente idénticos para salvaguardar la integridad común.

Porque después de los acontecimientos de Cuba, Panamá y Nicaragua, la verdadera preocupación no debe ser la de averiguar cómo se han de distribuir los jirones de las repúblicas débiles, sino la de estudiar cómo puede ser detenida la influencia creciente del imperialismo. Y no será multiplicando las discordias y las pequeñas guerras como la América latina adquirirá la vitalidad y la cohesión indispensables para acelerar su desarrollo, tener en jaque las asechanzas y asegurar sus destinos.

1910

Rectificaciones

I. España y los Estados Unidos

Señor director de *La Nación*, Buenos Aires:

Si solo se tratase del mérito de un libro y de las susceptibilidades de un autor, no me atrevería a invocar el título de antiguo colaborador de ese diario, para pedir a usted media columna de hospitalidad y un minuto de benevolencia. Nada es, en efecto, más pueril que las susceptibilidades profesionales. Los escritores que escudriñan febrilmente los periódicos, se desatan en exclamaciones ante la más leve contradicción, y consideran que la patria está en peligro si no replican inmediatamente; son víctimas ingenuas de un ensimismamiento que se presta a la sonrisa. La prudencia más elemental nos aconseja restablecer las proporciones, medir la infinita pequeñez de nuestros actos en medio del hervidero múltiple de la vida, ponernos al diapasón de los que asisten imparcialmente a la aventura y escuchar con la misma deferencia silenciosa a los que ensalzan y a los que desaprueban, en la seguridad de que el alcance o la significación de un esfuerzo no está nunca a la merced de los comentarios que lo subrayan.

Pero hay ocasiones en que la humilde intervención del autor se justifica. Cualquiera que sea la órbita en que nos movamos, todos tenemos el deber de defender la integridad de nuestros propósitos, y ninguna convención sería tan tiránica como la que nos redujera, en nombre del orgullo o de la modestia, a asistir

en silencio a las adulteraciones de nuestro pensar o nos obligara a asumir las responsabilidades de lo que no hemos soñado decir nunca.

Por eso es que, a propósito de mi libro *El porvenir de la América española*, acudo a *La Nación* para rectificar brevemente dos inexactitudes, en la seguridad de que hablando desde tan alta tribuna tengo que ser oído por todos.

Creo inútil decir que cuando leí que algunos periódicos españoles de la Península y de América me acusaban de atacar a España, experimenté una de las sensaciones más dolorosas de mi vida intelectual. En quince años de actividad literaria, después de haber tratado el asunto tantas veces, tengo la convicción de no haber escrito un solo párrafo que autorice tan dura suposición.

No niego que he hablado de España con la misma libertad con que me he expresado sobre América. Pero esa circunstancia denuncia precisamente mi apego y mi cariño. Estudiando el desarrollo de nuestro grupo, he puesto de relieve al mismo tiempo los errores del continente emancipado y los de la administración colonial. Disimular los excesos de los conquistadores sería tan artificioso como negar la anarquía que nos consumió en América durante largos años después de la independencia. Pero poner a la luz una realidad no es arriesgar un ataque, porque ningún pueblo puede aspirar al milagro de no haberse equivocado alguna vez.

Además, al decir que las «manchas de la conquista no son las de una nación, sino las de un siglo, porque España era en aquel instante el reflejo más glorioso y más alto del estado social de un continente», creo haber indicado la altura del punto de observación en que me coloco. Al desaprobar ciertos procedimientos, lo he hecho desde un punto de vista universal, y casi puede decirse que más que a los episodios en sí, me he referido a la atmósfera que los hizo posibles. Hablar, por ejemplo, de la *Saint-Barthélemy*, no es criticar a Francia, sino comprobar un detalle de la etapa inferior por que atravesaba por entonces la humanidad, empeñada en luchas tan sangrientas como estériles. Bien claro reza en las primeras páginas de la obra: «El español, considerado dentro de su siglo, no era ni más egoísta ni más cruel que los portugueses, los ingleses o los holandeses, que también se hallaron victoriosos en la tierra virgen, reyes omnímodos de una inmensa muchedumbre humillada».

De acuerdo con mis convicciones, y desde un punto de vista filosófico, he fustigado así la guerra de conquistas y la dureza del conquistador. Pero si alguna

duda nos quedara sobre la intención universal de la censura, la desvanecería esta frase: «En cuanto a los recursos que España empleó para prolongar su imperio, basta recordar que en pleno siglo XX, a pesar de las atenuaciones a que obliga la atmósfera, encontramos, bajo la bandera de los países más gloriosos, la misma táctica inexcusable. ¿Cómo hacer un crimen a un pueblo de los vicios que se perpetúan en todas las latitudes como supervivencia del encono ancestral?».

Pasemos a la segunda inexactitud, la que consiste en decir que la obra respira ciega antipatía contra los Estados Unidos. Ella es producto de un espejismo semejante al que dio origen a la primera.

En honor de la verdad debo decir que el reproche no emana de los únicos que hubieran podido sentirse lastimados. Intérpretes de la serenidad de la raza, el *New York Times*, el *Literary Digest*, el *Evening Post* y todos los periódicos que se han ocupado extensamente del libro en Norteamérica, han encontrado perfectamente natural que un latinoamericano defienda su territorio, sus costumbres y su cultura. Un diario ha llegado a decir: *«Mr. Ugarte has written a verygood book; he is calm, logical and thorough».*

Los que han creído ver un ataque injurioso para la nacionalidad donde solo existe la comprobación de un conflicto que podrá ser resuelto en un sentido o en otro, se han equivocado fundamentalmente. Decir que X es fuerte, y que en previsión de un desacuerdo debemos ejercitar nuestros músculos, es casi rendir un homenaje. Por lo demás, la actitud está condensada en estas líneas: «El autor se halla lejos de ser un adversario de la América anglosajona, pero por lo mismo que admira sus progresos, por lo mismo que ha vivido en Nueva York, por lo mismo que reconoce la grandeza y el empuje de la estirpe, es por lo que se vuelve hacia los de su raza y les designa el punto que conviene examinar».

Con lo dicho basta para establecer que quien lea atentamente la obra no podrá hallar la más leve manifestación de antipatía hacia la nacionalidad norteamericana. Solo me he referido a la política imperialista, que tiene impugnadores también en los Estados Unidos.

Pensando que lo que más favorece los desacuerdos es la disimulación o el silencio artificioso, y convencido de que todo se puede examinar en una atmósfera elevada de cultura y de respeto mutuo, he expresado con la más amplia libertad mi

pensamiento; pero esta tendencia a la libre discusión y al análisis está tan generalizada hoy en Europa, que a nadie puede sorprender mi modesta tentativa.

Sin prevenciones contra ninguna nación, llevando como único guía un patriotismo sereno y razonado, he acumulado en el menor número posible de páginas, al margen de los localismos estrechos, las reflexiones que sugiere el pasado, el presente y el porvenir de nuestra raza en el Nuevo Mundo, Quizá he podido rozar aquí o allá la superficie del amor propio con algunas verdades escuetas. Pero todos empiezan a sentir hoy la necesidad de salir de los invernáculos a que nos relegaban las ficciones del orgullo, para estudiar al sol nuestros problemas, familiarizarnos con las realidades y alcanzar al fin la visión exacta de lo que somos. Los grupos, como los hombres, sólo son fuertes cuando aprenden a medir sus debilidades.

1911

II. El Brasil y la América latina

Señor director del *Jornal do Commercio*, Río de Janeiro.

El carácter del asunto y la alta consideración que tengo por ese diario, que es uno de los que más honran al periodismo en América, me inducen a escribir estas cortas líneas, al margen de toda vanidad de autor.

En el artículo bibliográfico que el *Jornal do Commercio* ha dedicado a mi libro *El porvenir de la América española*, encuentro una insinuación y una afirmación que creo necesario rectificar.

En él se deja entender que hablo del Brasil con cierta reserva y que no le doy dentro del conjunto latinoamericano la importancia que verdaderamente tiene. No sé si la obra, que no está exenta, desde luego, de los baches y de la inevitable imprecisión inherente a lo que abarca un conjunto enorme, llega a dejar esa sombra en el alma del lector. Pero puedo afirmar con toda la fuerza de mi sinceridad, que si hay un argentino que admira y quiere al Brasil, ese argentino soy yo. Siempre he desaprobado los recelos y las rivalidades que han parecido separar a las dos repúblicas; siempre he creído que del buen acuerdo entre ellas depende en parte el porvenir de nuestra raza en el Nuevo Mundo; y siempre me he mantenido al margen de la atmósfera localista, de tal suerte que, cuando se habla en Europa de los progresos del Brasil o de las transformaciones de Río de Janeiro; cuando se

aplaude el ímpetu vigoroso de esa noble nación, me siento casi tan orgulloso como cuando se habla de la Argentina, porque, en mi sentir, nuestras patrias actuales son como las ruedas de un vehículo: no puede romperse una sin que se inmovilicen las demás. Quien así razona no ha podido abrigar nunca el menguado propósito de disminuir al Brasil o de colocarlo en un puesto inferior al que legítimamente ocupa.

En lo que toca al segundo punto, nos encontramos, según creo, en presencia de un error de interpretación. Al hablar de la Oficina de las Repúblicas Hispanoamericanas que funciona en Norteamérica, el *Jornal do Commercio* dice que «ignorando la organización de los ministerios en general, he argumentado que Francia ni ningún otro país tiene una secretaría de naciones europeas». Séame permitido aclarar la cuestión. Si por «secretaría» se entiende una simple subdivisión, encargada dentro del ministerio de centralizar los asuntos referentes a una comarca, claro está que el procedimiento no puede ser más corriente. Pero lo que ocurre en los Estados Unidos tiene un carácter fundamentalmente distinto. La Oficina de las Repúblicas Hispanoamericanas es un organismo casi independiente, que funciona aparte, en un local especial. A su sostenimiento contribuyen todas las naciones latinoamericanas. Sus atribuciones, de más está decirlo, son muy diferentes de las de una repartición ministerial. Y en cuanto a su composición, basta recordar que en su parte externa y representativa resulta una especie de parlamento inferior, donde los ministros latinoamericanos se agrupan bajo la presidencia perpetua del ministro de Relaciones Exteriores. Si el *Jornal do Commercio* cree que hay ejemplo o precedente en Europa de algo semejante, le agradeceré la información, porque confieso ingenuamente que no tengo noticia de ello.

Celebrando la oportunidad que me ha permitido acercarme a ese gran diario y a ese gran pueblo, saluda, etc.

1912

III. Sobre una ley de naturalización de extranjeros

Señor D. Mariano H. de la Riestra.

Tuve oportunamente conocimiento del discurso pronunciado por usted en el Senado el 11 de mayo, y me prometí buscar la versión taquigráfica para hablar con pleno conocimiento.

Hoy he conseguido mi propósito y me apresuro a enviarle en estas líneas las más efusivas y sinceras felicitaciones, al margen de toda cuestión política, porque estos principios esenciales para la vitalidad nacional deben estar por encima de los hombres y de los partidos.

No puedo compartir, desde luego, todos sus juicios, especialmente en lo que respecta a los dirigentes del socialismo. Sean cuales sean las injusticias con que me han lastimado, no debo olvidar que hemos combatido juntos; y aun después de las profundas divergencias que usted conoce, quiero seguir juzgándolos ajeno a todo lo que pueda evocar una sombra de encono o de lejana hostilidad.

Pero en lo que respecta al fondo de su discurso, estoy completamente de acuerdo y aplaudo con entusiasmo la sobriedad y el ímpetu con que ha sabido usted poner de relieve contradicciones que exigen reformas bien meditadas en nuestra ley de naturalización.

Además de las situaciones que usted ha analizado con tanta eficacia, hay numerosos problemas que no han sido previstos, porque al legislar sobre el asunto nos hemos limitado a inquirir lo que en esas cuestiones se ha hecho en Europa, sin advertir las características especiales de nuestro país, donde el extranjero no es una minoría que pasa, sino una mayoría que echa raíces.

Siendo el extranjero uno de los factores esenciales de nuestra riqueza, yo he sido siempre partidario de que se le concedan los más amplios derechos y se le capacite para influir en la dirección de los asuntos públicos; pero esto en cuanto puede conciliarse con el mantenimiento y el progreso del espíritu nacional, base esencial sin la cual solo sería el país un conglomerado inconexo, desprovisto de orientación y fisonomía.

Para llegar a este fin, convendría acabar con la naturalización que podríamos llamar *mecánica* y estudiar las gradaciones de una naturalización escalonada de acuerdo con las facilidades de asimilación que derivan del origen. El período de residencia no puede ser el mismo para un hispanoamericano que para un chino. El primero solo está separado de nosotros por matices casi imperceptibles. El segundo tiene costumbres y direcciones mentales completamente extrañas.

Adivino la objeción; pero dividir al extranjero en varias categorías no sería establecer diferencias, sino comprobarlas. La verdadera injusticia y la verdadera diversidad de tratamiento es la que cometemos ahora al exigir, para conceder la

naturalización, el mismo tiempo de permanencia en el país al hombre que habla nuestro idioma y coincide con nuestras distintivas, que al que se expresa en una lengua exótica y no posee ningún lazo de conexión con nosotros. A ambos se les otorgará siempre el derecho de adquirir la ciudadanía argentina; pero si el primero debe comprobar que ha vivido entre nosotros dos años, sería equitativo exigir al segundo mayor tiempo para igualar en lo posible las situaciones y evitar que se incorporen en masa al conjunto elementos abiertamente divergentes.

Como contrapeso a este escalonamiento, que a algunos podría parecer hoscamente restrictivo, cabe estudiar la mejor manera de conceder el voto a los extranjeros que, aunque no quieren naturalizarse por un sentimiento muy respetable de fidelidad a su país de origen, residen desde hace tiempo entre nosotros y tienen de mujer argentina hijos que son argentinos y sirven en nuestro ejército.

Pero la breve felicitación, escrita al galope de la pluma, se transformaría en carta tendenciosa si me dejo llevar por la corriente, y como no tengo tiempo para seguir el inevitable encadenamiento de los comentarios, me limito a aplaudir, con la reserva apuntada, el hermoso discurso y la patriótica actitud.

1915

IV. La guerra y el patriotismo

Señor director de *La Nación*.

Como algunos siguen citando mi nombre al hablar del nuevo núcleo socialista disidente, creo necesario desvanecer el equívoco y definir claramente mi actitud. El temor de obstaculizar la marcha de una agrupación naciente, me ha detenido hasta ahora; pero ese escrúpulo desaparece ante la necesidad que tenemos todos de deslindar responsabilidades.

Como muchos recordarán, fui el primero en separarme hace cerca de dos años del Partido Socialista a raíz de un debate sobre cuestiones fundamentales, y el manifiesto en que expuse las diferencias de doctrina y de método que me obligaban a abandonar la agrupación, se publicó en todos los diarios de Buenos Aires. Consecuente con las ideas expuestas entonces, debo dejar establecido ahora: primero, que no he sido consultado, ni se me ha dado intervención en ninguna forma en los trabajos tendientes a crear el nuevo partido; y segundo, que no me he

adherido, ni podré adherirme a él por estar en desacuerdo con el programa publicado, que, a mi juicio, no responde a la expectativa creada.

Entiendo que lo que la opinión pública esperaba no era un nuevo Partido Socialista, que se declarase, con ligeras variantes, solidario del ya existente, sino un partido intermedio y moderado, radical-socialista a la manera europea, que repudiara categóricamente el colectivismo y las hipótesis excesivas, para encararse con las realidades tangibles y las necesidades inmediatas.

Si consideramos las cosas serenamente, vemos que el problema social solo es una parte del problema nacional. El mejoramiento de la situación del obrero tendrá que ser siempre una de las primeras preocupaciones de un hombre de Estado; pero no es admisible que veamos a través de esa cuestión fragmentaria todos los engranajes y resortes de un gran país. Hay amplias rotaciones, que se realizan en órbitas más importantes. Y los conflictos entre el capital y el trabajo no son más que uno de los capítulos de la vasta y multiforme masa de ideas que tiene que abarcar todo grupo que aspire a pesar eficazmente sobre la marcha de un pueblo.

Los trascendentales acontecimientos que se desarrollan actualmente en el mundo influyen, por otra parte, para que desgarremos muchas construcciones imaginativas y rectifiquemos algunas conclusiones precipitadas que sobreviven al lirismo humanitario barrido por la guerra. En la nueva trasmutación de valores que comprobamos no es solo la idea de nacionalidad la que hoy resurge en el mundo más poderosa que nunca; es también el principio de propiedad, base del esfuerzo creador de los hombres; es el respeto a la religión, hogar donde confortan su espíritu los pueblos en lucha; es el culto al Ejército, cuyo sacrificio sirve de escudo a la nación; es la insustituible virtud de muchas cosas viejas que fueron trocadas momentáneamente por aventuradas inducciones y que reaparecen de pronto más vivientes y vigorosas, en medio de la catástrofe.

Hay que tener la audacia de decirlo en nuestro ambiente cosmopolita, donde parece que el único lazo de unión fueran las negaciones. En medio de la revisión de principios que se inicia, la tarea de solidificar la nacionalidad y desarrollarla en todos los órdenes, se sobrepondrá siempre a las teorías por brillantes que parezcan. Entre nosotros, sobre todo, lejos de reeditar programas ideológicos, necesitamos abrir campo al verdadero nacionalismo democrático, propiciando iniciativas, reformas y soluciones inmediatas para determinar el desarrollo de las industrias, la

conglomeración de los componentes étnicos, la irradiación de los productos del país, la difusión de la instrucción pública, la explotación de las riquezas naturales, la sustitución del capital propio al capital extranjero, la exaltación de los sentimientos patrióticos, el perfeccionamiento de la Justicia, la rectificación de las tarifas aduaneras, la preparación de la defensa nacional y la educación superior de la juventud, que no debe alimentarse de apetitos, sino de virtudes, y que solo puede desarrollarse ampliamente en la victoria suprema de la nación.

Como nunca existe un proletariado feliz en un país en derrota, por el bien mismo del obrero debemos rechazar toda reclamación o doctrina que debilite la fuerza nacional. Muchos pretendidos privilegios son la base misma de la preservación común. Tratemos de que las ideas evolucionen, de que las leyes se depuren, de que la vida del asalariado mejore, de que el pueblo tenga acceso a las más altas situaciones, y así seremos razonablemente socialistas; pero cuidemos de que en este progreso y en esta renovación necesaria no se subviertan las bases ni se destruyan los principios fundamentales de la salud general.

Lamentando disentir con el nuevo grupo político, dejo explicadas en estas líneas mi abstención ante un programa que me parece anacrónico en el momento por que atravesamos. Pero esto no quiere decir que me condene a la inmovilidad. Pronto volveremos a la arena, porque la juventud patriota, curada de ideologías por los rudos ejemplos de una guerra renovadora de las perspectivas éticas y morales, sabrá congregarse, llegado el momento, al conjuro de la metamorfosis filosófica, social y política que se está realizando entre el humo de las batallas.

En el siglo en que estamos, más que el problema de la situación del individuo dentro de las luchas de la nación, tendrá que preocuparnos el problema de la victoria de la nación en medio de las asechanzas del mundo.

1915

V. Frente a un ideal

Señor director de *La Prensa*, Buenos Aires.

Con profunda pena y al mismo tiempo con vivo reconocimiento, dirijo a usted esta carta en un momento de mi vida que acentúa desengaños, sinceridades y -¿por qué no decirlo?- convicciones y orgullos.

No he de emplear grandes frases, porque ellas no caben dentro de la emoción verdadera. La calumnia ha sido lanzada en mi ausencia, desde lejos, en circunstancias que hacen difícil toda acción legal o personal contra el que me ofende, no solo por hallarse este en Norteamérica, haber sido publicada la especie en la Argentina y encontrarme yo en España, sino por revestir el ataque la forma de algo dicho por tercera persona a la cual no se nombra, clásica sutileza que ha servido siempre para diluir al infinito las responsabilidades. Por su parte, *La Prensa*, fiel a nobles tradiciones ha refutado caballerescamente el despropósito.[23]

Pero sin volver sobre lo que se ha dicho ni descender a justificarse, cabe subrayar la insensatez, en pugna con los antecedentes, la verosimilitud y la lógica.

Mucho antes de estallar la guerra europea, cuando nadie alcanzaba a sospechar la tormenta que debía desencadenarse sobre el mundo, en el año 1911, publiqué *El porvenir de la América latina*, libro que es un alerta contra lo que he considerado siempre el peligro imperialista. Poco después emprendí, pagado de mi peculio, un largo viaje, que me llevó a pronunciar conferencias en todas las capitales del Nuevo Mundo, sin exceptuar Nueva York, donde hablé en la Universidad de Columbia, contra los sucesos de Panamá y la política del señor Roosevelt. A pesar de la vida rápida, no ha de faltar quien conserve este último discurso, impreso en inglés en un folleto que lleva fecha de 1912.

Todo ello no era, por otra parte, más que la continuación de una campaña iniciada en 1900 en *La Época*, de Madrid; continuada en París, en *La Revue*, y acentuada en Buenos Aires en *El País*, que dirigía entonces el doctor Pellegrini. Esta convicción, acertada o errónea, pero honrada e irreductible, se hizo más

---

[23] «El escritor tan torpemente tratado es conocido dentro y fuera de nuestro país por la independencia de sus juicios y la honradez de su criterio. En sus propagandas políticas a través del continente pudo ser censurado por el fuego que puso en la exposición de sus ideas, contrarias a la política que él suponía perniciosa y agresiva de los Estados Unidos, pero nunca sospechado de servir por dinero a causas de ninguna nación europea o de imperialismos comerciales. Tal comentario, como se comprenderá, no lo hacemos para nuestro país, donde el escritor es conocido y no necesita de más luz sobre su vida que la proyectada por su conducta honesta y su talento literario; la hacemos para el firmante, a quien le brindamos asi la oportunidad de rectificarse con altivez de conciencia, y para el público que fuera de aquí pudiera acoger la misma versión. Debíamos esta actitud y esta palabra al escritor ausente y amigo, y no vacilamos en adoptarla y en pronunciarla.» *La Prensa*, de Buenos Aires, 5 de junio de 1920.

combativa a mi llegada a Buenos Aires en 1913. Se recordará que renuncié una candidatura a senador, para poder completar mi gira visitando el Uruguay, el Brasil y el Paraguay; que el origen de mi separación del Partido Socialista fue la defensa que hice de Colombia, atacada por el órgano de la agrupación; que di sobre el problema continental una conferencia auspiciada por todos los centros universitarios; que fundé el Comité Pro México, para organizar manifestaciones públicas contra la intervención norteamericana en aquel país, y que fui, por fin, el iniciador de la Asociación Latinoamericana, creada con el propósito de «fomentar el acercamiento de las repúblicas hispanas de América y combatir en todas sus manifestaciones el imperialismo del Norte».

Al obrar así cumplí con mi consciencia, y no he esperado por ello recompensa alguna; pero después de haber sacrificado durante veinte años mis intereses en aras de una idea, creo tener derecho a la consideración de mis conciudadanos y al respeto de mis adversarios.

Cuando estalló la guerra, fui hispanoamericano ante todo. Defendí la integridad de Bélgica porque vi en ella un símbolo de la situación de nuestras repúblicas. Pero no me dejé desviar por un drama dentro del cual nuestro continente sólo podía hacer papel de subordinado o de víctima; y lejos de creer, como muchos, que con la victoria de uno de los bandos se acabaría la injusticia en el mundo, me enclaustré en la neutralidad, renunciando a fáciles popularidades, para pensar sólo en nuestra situación después del conflicto.

Algunos juzgaron, en el apasionamiento de aquellas horas, que porque los Estados Unidos intervenían en favor de los aliados, la política imperialista se purificaba retrospectivamente, y olvidaron la situación de Nicaragua, el separatismo de Panamá, las invasiones a México, la agonía de Puerto Rico, cuanto nos hiere en nuestra propia carne. Yo no lo olvidé, porque sabía que mientras los imperialistas defendían en Europa la justicia y el derecho de los pueblos débiles, continuaban en América la política de dominación. Para subrayarla, el 15 de mayo de 1916, mientras la opinión mundial soñaba una equidad permanente, desembarcaron tropas en Santo Domingo y arrasaron cuanto quedaba de la autonomía de aquel país. El acontecimiento pasó inadvertido en nuestros pueblos, que olvidaban sus propias reivindicaciones, para defender las de Europa. Pero con ese motivo, aprovechando una invitación de la Universidad de San Carlos, salí, pocos meses

después, para las Antillas y México. Atento solo a los intereses de la América de habla hispana, continué en plena guerra mi prédica de 1900, de 1911, de 1913, de toda mi vida. A mí no me tocaba averiguar si el imperialismo estaba desarrollando en Europa una acción benéfica o no; lo que me concernía era la acción y el reflejo de esa política en el Nuevo Mundo; y como todo continuaba siendo fatal para nuestras autonomías, combatí otra vez, sin cuidarme de problemas extraños, ya que los extraños se han cuidado en todo tiempo tan poco de nosotros.

En el curso de esas conferencias tuve ocasión de puntualizar mi actitud; «Debe saberse, dije, que no tengo más partido que el que deriva de los intereses de mi América».

Esto no era tomar posición en favor de uno de los bandos, era mantener mi actitud de siempre contra una política que iba a robustecer en la guerra y a salir de ella más peligrosa que nunca para el porvenir de nuestras autonomías.

Partidario de una acción práctica que relegue a segundo término las simpatías ideológicas, consideré que lo que puedan hacer mañana en nuestro favor los pueblos con los cuales simpatizamos, no compensará nunca lo que harán en contra los otros; y que es imprudente olvidar por un bien improbable un mal seguro. En este punto los acontecimientos han fallado, y la misma Francia triunfante tiene que dolerse hoy del egoísmo de sus aliados de última hora.

¿Quién puede sacar de esta perseverante actitud, de esta terca unidad de una vida, argumentos contra mi honradez y mi sinceridad? Si yo fuera servidor de Alemania, estaría ahora con el único país que defiende al imperio vencido. De haber sido negociante, hubiera ganado sólida fortuna con solo abstenerme de dar conferencias contra el imperialismo, dado que tantos gobiernos ensayaron todos los medios para impedirlas. Si me sedujera el *arribismo*, hubiera tomado precisamente el camino contrario al que llevo, porque levantarse en América contra ciertas corrientes ha sido en todo tiempo un sinónimo de pobreza, ostracismo y, en algunos casos, deshonor y muerte. Los ejemplos abundan desde San Martín y Bolívar hasta los últimos presidentes derrocados. Solo un propósito de faltar a la verdad abiertamente para disminuir la autoridad moral de un hombre, o una ignorancia total de mi pasado, ha podido dar lugar a la afirmación absurda que, contra lo que pensó acaso su autor, ha determinado la protesta de los elementos mejores.

Bien saben en el Nuevo Mundo los ambiciosos que los que pactan con influencia predominante son los que prosperan y triunfan con mayor facilidad. Es un secreto a voces que, para brillar en política, en negocios y en todas las manifestaciones de la vida colectiva, conviene contemporizar con el imperialismo. Y salta a los ojos que, de haber sido yo venal, como se pretende, nadie me hubiera pagado mejor que él.

En medio de las avideces y los egoísmos confusos que preparan la ruina de nuestra civilización en el Nuevo Mundo, he defendido desde el principio del siglo un ideal superior de concordia ante las injerencias extrañas y de alto patriotismo continental. Mi esfuerzo no ha tendido nunca a alcanzar situaciones, sino a sostener verdades, aun sabiendo que ellas cierran el paso a las más legítimas ambiciones. No he ocupado jamás un cargo público; no he sido objeto de ninguna distinción oficial; no seré nada en mi país; no seré nada quizá en el continente, pero cuando nuestras repúblicas, maniatadas, según las zonas, desde el punto de vista político, diplomático o económico, se vean obligadas, dentro de algunas décadas, a acatar, en una u otra forma, una enmienda Platt continental, alguien recordará que hubo un escritor que, en medio de la mofa, el silencio o la difamación, predicó desde los comienzos la única política que puede salvarnos.

Y entonces saldrán a luz las intrigas, las conspiraciones, las dolorosas pruebas que viene sobrellevando esa individualidad aislada al pasear de ciudad en ciudad, no solo una aspiración racial, sino el nombre de su propia tierra; porque lo que yo he hecho aclamar en el continente, es necesario que mi patria lo sepa una vez por todas, ha sido a la vez un ideal superior y la bandera argentina.

1920

La guerra, el socialismo y las naciones débiles

Si observamos el desarrollo mental de nuestra América desde la emancipación y lo relacionamos con las iniciativas intelectuales y morales de Europa, comprobaremos en seguida la refracción metódica de los acontecimientos que se desarrollan en el Viejo Continente, la repercusión gradual en forma de eco vivaz, o retardando, según los casos, de cuanto allá conmueve las almas, la correspondencia misteriosa, que a pesar de estados y situaciones a veces diferentes nos hace pasar, a meses o años

de distancia, por las mismas zonas ideológicas o sensitivas que torcieron o metamorfosearon la vida del otro lado de los mares.

Compuesto en los orígenes el primer núcleo pensante por europeos inmigrados que vivían con la cara vuelta hacia el país natal, y alimentado después en sus prolongaciones por la lectura y el ejemplo de los países de Europa, nuestra existencia ha sufrido la ininterrumpida influencia de acontecimientos lejanos que, si rebotaban hace un siglo con gran atraso, debido a la dificultad de comunicaciones, han venido repercutiendo cada vez más inmediatamente, hasta resultar casi simultáneos, en estos tiempos en que la idea tarda pocas horas para hacer la circunvalación del mundo.

La Revolución Francesa, para determinar el levantamiento de 1810, tuvo que dar la vuelta por España, llegándonos en forma de reivindicación constitucional, después de horadar penosamente innumerables capas aisladoras que interponía la metrópoli entre sus colonias y el pensamiento del siglo; pero destruidas esas cortapisas, la refracción ha sido cada vez más directa y hemos ido recibiendo con celeridad creciente, al mismo tiempo que las modas, los trajes ideológicos, las inspiraciones mentales, los «actualismos» imperiosos que, llámense modernismo en literatura, materialismo en filosofía o colectivismo en el orden social, dan prueba de un raro isocronismo y de una extraña simultaneidad de palpitaciones.

El asunto Dreyfus, que tan hondamente agitó a la opinión hace años, favoreció en Europa una subversión profunda, y coincidió con el auge inesperado de las ideas avanzadas. Al contacto de los grupos revolucionarios y extremistas con las elites intelectuales y sociales, nació el idealismo optimista, el pacifismo ferviente y el humanitarismo invasor, que parecía anunciar una nueva era de transformación triunfal. Muy pocos se resistieron al contagio de esa atmósfera. Filósofos, dramaturgos, poetas y publicistas llevaban la rebelión a los periódicos, los escenarios y las bibliotecas, y aun aquellos que por pertenecer a clases privilegiadas tenían mucho que perder en la emergencia, se sintieron ganados por el hálito de reparación y de justicia que se adueñaba de las almas.

El socialismo adquirió así en el Viejo Mundo un prestigio y una difusión que hizo admitir como posible el advenimiento de la nueva sociedad entrevista por los teóricos, que levantaban con inducciones el andamiaje de una construcción perfecta. Los que antes escribían para un escaso número de iniciados, vieron de

pronto ampliarse el número de los simpatizantes. Vigorosas mentalidades se plegaron al movimiento. Surgieron sabias organizaciones. Y enormes oleadas heterogéneas, dentro de las cuales fraternizaban, con los obreros y los empleados, los intelectuales y los aristócratas, llevaron hasta los Congresos la lógica implacable de Bebel, el apostrofe meridional de Ferri, la impetuosa arremetida de Vandervelde y la magnificencia esplendorosa de Jaurès.

De más está decir que, de acuerdo con lo que hemos comprobado, las chispas del incendio se comunicaron sin tardanza a nuestra América. Una gran capital cosmopolita como Buenos Aires, ofrecía el más propicio ambiente a todas las amplificaciones. En pocos años se improvisaron crecientes mayorías que interrumpieron de una manera feliz la somnolencia de nuestra vida cívica. Aprovechando saludables justas democráticas, el espíritu renovador se impuso, haciendo llegar hasta las alturas las reclamaciones elementales de las clases menos favorecidas, dando lugar a útiles controversias y abriendo una era de actividad y de fiscalización que, con todos sus excesos, con toda su acritud y su hojarasca electorista, tiene que ser considerada como una etapa brillante de la ascensión gradual de nuestro país.

Pero la voluntad de los filósofos no encadena la marcha de los acontecimientos. Nuevas reacciones y corrientes se abrieron paso en Europa, donde un instinto oscuro persistía en mantener a los pueblos en grupos desconfiados, los unos frente a los otros. El análisis estricto de las premisas colectivistas condujo, por otra parte, a los estudiosos más sinceros a confesar contradicciones, anacronismos e imposibilidades.

Marx no era infalible. Algunas de sus previsiones habían fallado abiertamente. Ante las imposibilidades materiales que se advertían al pretender realizar el ideal, asomó el «revisionismo» de Bernstein, Kautsky y Anseele, anuncio nebuloso y presagio amargo de que la piedra lanzada hacia el infinito había llegado a su máxima altura y empezaba a caer de nuevo, atraída por leyes ineludibles, hacia la terrestre realidad.

Otros fenómenos se advertían al mismo tiempo. Sin saber la causa, en todas las naciones parecía oírse como un redoble de tambores que venía del pasado. El pangermanismo y el paneslavismo acrecían su importancia y se extendían victoriosamente. Los presupuestos de guerra subían de año en año. Terribles

inventos y organizaciones formidables llevaban al paroxismo el poder ofensivo de los pueblos. La expansión comercial arrollaba las soberanías para imponer los productos. La expansión colonial destruía las independencias para ensanchar dominaciones. En la política interior surgían interrogantes nuevos. Y se hubiera dicho que una muralla de irremediables obstáculos, de barreras insalvables que estaban en la esencia misma de la humanidad, se oponía visiblemente a los ensueños y a las simplificaciones que declinaban.

El que estas líneas escribe fue en la Argentina el primero que, en noviembre de 1913, se hizo eco de estas inquietudes y renunció una candidatura a senador, separándose del Partido Socialista por considerar, al punto que habían llegado las cosas, que el ejército era una entidad benemérita, que la religión no podía ser perseguida, que la propiedad debía ser respetada y que resultaba obligación honrar y engrandecer a la patria. Reflejadas las mutaciones operadas en Europa, de los ensueños de principios de siglo, solo quedaba en pie un amplio deseo de reformas supeditadas a las necesidades colectivas, que debían privar siempre sobre los intereses individuales o gremiales. La realidad barría, aquí como allá, de la imaginación las construcciones quiméricas. Al humanitarismo parcial se sustituía la conciencia de las responsabilidades. La complejidad de los conflictos, que, lejos de reducirse a las relaciones del capital con el trabajo, según las predicaciones de Marx, se complicaban inextricablemente, había hecho ver al fin que las reformas obreras podían ser un capítulo, pero no todo un programa, porque al problema de las relaciones entre los grupos dentro de la nación, se anteponía el problema de las relaciones entre las naciones dentro de la competencia universal.

Fue el momento en que el socialismo, lejos de seguir creciendo, se inmovilizó y se amenguó entre nosotros como en el resto del mundo. Pero este nuevo estado de alma, derivado de comprobaciones recientes y de insospechadas inducciones, que rompían los moldes ya helados de la vieja Internacional, no podía ser traducido en agrupación política, porque ningún acontecimiento mundial lo había concretado y hecho llegar hasta la masa. De aquí el silencio y la espera de los que en Europa y América vimos surgir de los Balcanes el primer hilo de humo, precursor de la pavorosa conflagración y de la consiguiente metamorfosis de doctrinas.

Dos años después, a raíz de un incidente parlamentario, surgió en el seno de nuestro Partido Socialista una nueva disgregación. Los descontentos organizaron un

grupo. Pero, desgraciadamente, no fue encauzada la tentativa por una percepción exacta de las corrientes que trabajaban la atmósfera, y se formuló un programa en el cual, a pesar de todas las atenuantes, persistía en su esencia la concepción inicial. El colectivismo, que fúndese en Marx o en Rivadavia, resulta hoy una hipótesis disolvente; el antimilitarismo, que aun admitiendo milicias ciudadanas, es un anacronismo en estas épocas; el librecambio, que aunque se halle limitado por excepciones, haría imposible nuestro desarrollo industrial; la antirreligiosidad, que en este país donde no existe el clericalismo sólo consigue herir sentimientos respetables, no podía ser más que una abstracción de biblioteca en momentos en que Europa, de donde recibimos todas las inspiraciones, veía resurgir la fe en las muchedumbres angustiadas, sentía reafirmarse el instinto de propiedad hasta lo indecible, hacía depender la vida de los pueblos de la preparación militar y devastaba mares y continentes para proteger la exportación de las riquezas vitales.

El fracaso que, a pesar de meritorios esfuerzos personales, sufrió esta tentativa, es un nuevo indicio de que a raíz de la guerra la humanidad retrocede buscando puntos de apoyo en el pasado. No es un socialismo más o menos agresivo el que declina, son todos los cerebralismos que pueden restar vigor a los pueblos, empeñados en la tarea superior de preservar su existencia. La evolución de Hervé, convertido de antipatriota en *chauviniste*, la resolución con que los partidos socialistas de todos los países beligerantes tomaron parte en los ministerios de defensa nacional y el unánime levantamiento de las muchedumbres en armas, tenían que reflejarse aquí, porque no marcan solamente la bancarrota del internacionalismo europeo, sino también el resurgimiento y el auge universal de ideas borradas y de principios declinantes que readquieren su primitivo vigor al conjuro de la espantosa sacudida. En el «sálvese quien pueda» de las nacionalidades, se agiganta de nuevo el prestigio de las cosas viejas, y nuestros líricos ensueños juveniles se desvanecen para dar lugar a una floración de energías concentradas en un solo anhelo vehemente: defender, asegurar, engrandecer a la patria; poner a cubierto de todas asechanzas y a costa de todos los sacrificios el porvenir del grupo étnico, social y político de que formamos parte.

Conviene fijar algunas rudas comprobaciones, porque, aunque tengan ellas algo de la hosquedad de la batalla, reflejan direcciones que, tarde o temprano, tendremos que aceptar. La guerra ha venido a poner en evidencia la enorme

remoción, la honda metamorfosis de valores políticos, morales e intelectuales que estaba preparándose *sub sole*, en la sombra y en la inmovilidad aparente de la paz. Es un nuevo ciclo que se abre en medio de una especie de reconsideración de ideas sancionadas. Muchas de las que parecían esenciales, pasan a segundo piano o desaparecen. Otras, antes secundarias o desconocidas, ocupan lugar principal en un inesperado cataclismo de los fundamentos éticos del mundo.

Acaso lo que venimos diciendo pueda desafinar en medio de convicciones que sobreviven a las realidades que las hicieron nacer. Hay soles muertos que están alumbrando todavía, y principios destruidos cuyos efectos dirigen aún nuestras cerebraciones. Pero como no es posible aplicar a los fenómenos de hoy engranajes ideológicos de ayer, los que ajustaban una teoría aprendida y una solución mecánica a todos los fenómenos humanos, tendrán que resignarse a ver deshechas sus perspectivas. Un maremoto ha destruido la mayor parte de las certidumbres o deducciones que la humanidad había acumulado en largos siglos de meditación sobre la vida, y nadie puede negar que surgen horizontes nuevos, se elevan contra verdades inesperadas y nacen hipótesis ajenas a nuestro modo de ver corriente.

Al hablar de la guerra, conviene abandonar a la masa unilateral y fácilmente impresionable la terquedad en las convicciones, las bruscas parcialidades y los entusiasmos episódicos, para considerar serenamente el alma de los acontecimientos en su suprema esencia y virtud, desligándolos de las objetividades engañosas. El vértigo de la lucha arrebata generalmente a los espectadores en la órbita de uno u otro de los contrincantes, y así ha surgido lo que podríamos llamar la beligerancia mental, que confirma las situaciones coloniales en que se hallan todavía, en lo

que se refiere a las ideas, y a pesar de todas las autonomías aparentes, ciertos hombres y ciertos grupos. Como en el conflicto intervienen las más grandes fuentes intelectuales del mundo, los individuos entusiastas y los países menores, atraídos por misteriosas fuerzas, solo atienden a embanderarse instintivamente con estos o con aquellos, sin percibir la posibilidad de tener criterio propio, ya sea desde el punto de vista directo de las conveniencias inmediatas, ya desde el punto de vista superior de la filosofía final del choque.

Los Estados Unidos han sido acaso la única nación neutral que se ha descubierto suficiente vigor y savia para transmutar las impresiones, haciéndose una conciencia especial, que no consultará ni sus simpatías (vano lirismo cuando está en juego el porvenir) ni el derecho (abstracción desvalorizada, como veremos más tarde), sino los intereses, base suprema de la rotación del mundo. Los demás pueblos se van dejando arrebatar, sacrificando sus conveniencias, que, por pequeñas que sean, son esenciales para ellos, en aras (repetimos la palabra) de un colonialismo ideológico, que plantea, para el porvenir nebuloso con que nos amenaza la difícil liquidación de la guerra, el problema de hacer que a las entidades geográficas diferentes que se salven de la tempestad, corresponda en lo posible, no solo una independencia económica segura, sino una suprema autonomía de orientación y de pensamiento, que las capacite para pensar por sí.

Los naciones-caudillos, que anulan voluntades y atraviesan las épocas arrastrando en su surco un tropel de pueblos, llenan desde luego una misión propulsora y vital que nadie discute; pero el ideal y la conveniencia de cada núcleo tiene que adquirir lo más pronto posible una consciencia propia y una rotación especial, que le permita evitar las absorciones económicas y mentales, y adquirir ese sentido práctico, un tanto egoísta y ensimismado, que da a los pueblos su verdadera consciencia, su libertad de andares y su eficacia real en la secreta e ininterrumpida batalla de influencias, que es el clásico entrelineas de la historia.

En la monstruosa revisión de valores, que nos permitirá clasificar los hechos de acuerdo con factores y sistemas ignorados hasta hoy, tenemos que empezar por admitir no solo una bancarrota del socialismo, sino, desde un punto de vista más alto, una bancarrota general de teorías. Sustituidas las bibliotecas por los campos de batalla, comprendemos que se aprende más en los hechos que en los libros, y no podemos reprimir un movimiento de asombro al considerar el tiempo que ha perdido la humanidad barajando silogismos, edificando sistemas, disociando principios y persiguiendo equidades que un soplo barre y se lleva, dejándonos en medio del cataclismo la certidumbre definitiva de que el mundo no obedece a sentimientos, sino a necesidades; de que la moral internacional es una cosa y otra las exigencias que gobiernan la marcha de los pueblos.

En la subversión de todo orden que la guerra provoca sorprende más que todo la subversión de perspectivas mentales; pero hay que acostumbrarse, sin embargo, a

lo desconocido. Para tener noción de lo que será la época nueva, basta nombrar los precursores. Ha sido preparada por dos cerebros y dos brazos, en los Estados Unidos y en Alemania. Los cerebros fueron Nietzsche y William James; los brazos, Bismarck y Roosevelt. Poco importa que sean vencedores o vencidos los países que representan. Lo que está en juego es la doctrina.

Ya nos dijo el filósofo que en la era de los pueblos fuertes «no habrá más criterio de moral que la utilidad social». Claro está que esta afirmación sintetiza, no una tendencia de la política futura, sino también una aspiración inextinguible de la política de todos los tiempos. Pero nunca se habrá manifestado más ásperamente que en nuestro siglo, nunca habrá adquirido caracteres más hoscos.

Las concepciones de los tratadistas se han movido siempre en una órbita empírica, que no ha coincidido jamás con la orientación real de la política de las grandes naciones; sin embargo, rara vez se ha advertido tan grave antinomia entre las doctrinas y las actitudes, entre las esperanzas y las realidades. En momentos en que la propaganda pacifista multiplicaba las instituciones especiales de concordia y arbitraje; cuando poetas, dramaturgos y sociólogos habían dado por cerrado el ciclo de las guerras (los habitantes de Pompeya creyeron siempre que cada erupción del volcán era la última); cuando el socialismo proclamaba la fraternidad indestructible de los hombres y amenazaba a los gobiernos, en caso de conflicto, con la revolución social; cuando la aviación abría un nuevo plano común a la actividad y al orgullo de los humanos; cuando las exposiciones, los congresos, los tratados, las comunicaciones, el movimiento entero del siglo parecían hacer inadmisible toda hipótesis marcial, se articula de pronto una palanca misteriosa, funciona un engranaje invisible, y se desencadena la conflagración más formidable de todos los tiempos.

La versión según la cual el cataclismo puede ser imputable al capricho de un monarca no es verosímil, por cuanto sabemos que ninguna voluntad, por alta que sea, puede determinar tan vastos movimientos, si estos no están preparados por la larga y profunda elaboración, por la propicia concurrencia de circunstancias que precipitan los acontecimientos históricos. Si observamos bien el carácter de las relaciones entre las naciones europeas desde hace veinte años, comprobamos que bajo la superficie plácida, bajo la epidermis suave de una concordia verbal, magnificada por el lirismo de los soñadores, circulaban las corrientes discordantes

de apetitos y ambiciones que nacían de lo más hondo de las necesidades de cada pueblo. Respirar es ensancharse; y los países ple- tóricos de vida, henchidos de esperanzas, que, desde el punto de vista político, comercial y mental, se ahogaban en sus fronteras, acechaban en silencio la hora de burlar a los rivales, de superarlos económicamente, de doblarlos por la diplomacia, de aventajarlos en todas las formas. Intereses vitales los empujaban, no a desear, sino a «necesitar» la ruina de los competidores para seguir existiendo. Y ha sido en nombre de estas exigencias superiores, que en un momento dado se ha roto el equilibrio y han salido bruscamente a la superficie antagonismos e incompatibilidades que tienen que resolverse definitivamente.

Los grandes pueblos de Europa no hacen así, en realidad, más que seguir devorando vida, como todo lo que lucha por subsistir. La paz de los últimos años se mantuvo a expensas de los países débiles del Asia, del África y de América. Los ímpetus de expansión fueron desviados o canalizados sobre núcleos indefensos, abriendo así una época de conquistas coloniales o de protectorados inconfesados, durante la cual las grandes naciones hicieron en cierto modo bloque contra las naciones pequeñas. Pero esta reserva tenía que agotarse, y esta complicidad tenía que ser efímera, porque los mercados abiertos por la presión diplomática o militar daban pie a nuevas rivalidades ásperas, a nuevos choques económicos, a nuevas avideces tenidas en jaque por otras, en el *struggle for life* de la lucha moderna.

Así se inició la gigantesca justa entre Inglaterra y Alemania. Alrededor de estas dos naciones se han agrupado las demás, obedeciendo estas al interés económico, evolucionando aquellas dentro de su foco de atracción, tratando de vengar algunas sus agravios viejos, dando rienda todas a sus esperanzas. Desgarradas las envolturas artificiales, en la era de los pueblos fuertes se ha abierto paso al materialismo político, económico y social que impondrá fisonomía y carácter a la nueva historia.

Las teorías de Aristipo, nocivas para los individuos, resultan a veces benéficas para las colectividades, y lo serán cada vez más, porque los ensueños ceden el paso a las exigencias. La tendencia idealista y teoricista, que paralelamente a la tendencia práctica o materialista marcha a lo largo de los siglos, y que culmina en Confucio, los filósofos estoicos, el cristianismo, los enciclopedistas y los teóricos políticos y sociales de los siglos XVIII y XIX, no consiguió nunca detener la marcha

ruda de la vida, ni la detendrá ahora. El puritanismo social ha sido una aspiración vencida siempre por las realidades. Si alguna vez ha llegado a sobreponerse, sus efectos resultaron contraproducentes, por las prolongaciones a que dieron lugar. Napoleón dice que César era el tirano necesario en el momento en que vivía. No había más que un simulacro de Senado, todos los principios declinaban, la libertad civil era un ensueño; pero después de las proscripciones, en un país lleno de veteranos levantiscos, amenazado por reacciones mundiales, César era la garantía del orden y de la supremacía de Roma sobre el universo. El «prejuicio de la educación» llevó a Bruto a sacrificarlo. Pero la muerte de César no benefició a los romanos, sino a la tesis mental, puramente abstracta, sostenida por Bruto; y hay que preguntarse si este, al sacrificar al conquistador, no hirió de muerte también al Imperio Romano.

Quizá se esconde cierta grandeza superior en la bajeza aparente de razonamiento que imponen las circunstancias. Existen en la vida de los pueblos imposiciones superiores a los sistemas y a las equidades más o menos transitorias imaginadas por los hombres. Los conductores de mañana, que no podrán ser endebles marineros de agua dulce, sino audaces pilotos, capaces de aventurarse en rutas nuevas para evitar las tempestades, tendrán que forzar pasos, vencer corrientes y descubrir fondeaderos, sin obedecer a más escrúpulos, mapa o brújula, que su apasionado instinto de salvar el bajel que les ha sido confiado.

Nunca se habrá abatido sobre las naciones un momento de prueba como el que vamos a atravesar. Las discrepancias interiores deben desaparecer en todos los países, las reivindicaciones deben acallarse, los ergotistas deben enmudecer, porque en medio del oleaje solo sobrenadarán los grupos más previsores, los más diestros, los más unidos, los que mejor sepan resistir a la borrasca. El derecho y la justicia se esfuman en medio de la lucha que lleva a las especies a sacrificarlo todo al deseo de perdurar. Y nadie debe esperar nada ni de los otros, ni de la casualidad, ni de los principios, porque entramos en una zona en que, ya se trate de individuos o de naciones, la suerte solo dura mientras dura la energía para vencer la adversidad.

Respondiendo a posibles objeciones, diré que sería vano acusar a algunos de modificar sus ideas, cuando es la vida la que cambia rumbos.

La mejor prueba de que el internacionalismo y el socialismo son hoy concepciones «inactuales», es el hecho de que, en momentos de actividad total de las naciones, hayan tenido que mantenerse en Europa en esferas abstractas y especiales, sin intervenir en los acontecimientos que se desarrollan ni pesar sobre ellos más que como disolvente al servicio de otras fuerzas. En realidad, no riman con nada de lo que existe. Y no se trata, como se pudiera suponer, de un fenómeno transitorio, hijo del momento de subversión, sino de un ocaso determinado por la sustitución de engranajes y de principios propulsores de la vida. Ya hemos dicho que ha empezado la era en que las fuerzas reales predominan sobre las fuerzas espirituales. (La curiosidad de saber si esto es bueno o malo, nos llevaría a una apreciación, y solo queremos hacer comprobaciones.) El instinto de conservación que hallamos en los hombres lo encontramos también en los pueblos; y estos, amenazados por peligros múltiples, piensan, como Mirabeau, que la *«société peut, pour sa conservation, tout ce qu'elle veut»*; que antes están las necesidades colectivas, y después las construcciones de los filósofos, y que si estas se hallan en pugna con aquellas, habrá que sacrificarlas irremisiblemente.

Considerando el carácter de los acontecimientos actuales y sus visibles prolongaciones, salta a los ojos que la metamorfosis ideológica determinada por la guerra europea se acentuará después de firmada esa paz, todavía lejana, con que soñamos, porque, triunfe quien triunfe, sean los aliados o los teutones, siempre se alzará en medio del mundo devastado un grupo de potencias que dictará la ley no solo al bando vencido, que quedará a merced suya, sino también a los neutrales, que lógicamente tendrán que inclinarse ante la fuerza. Las discordancias y acaso las guerras suplementarias a que dará lugar, dentro del mismo núcleo vencedor, la distribución de la influencia material o moral que este ejercerá sobre el mundo, contribuirán a fomentar el poder bélico, sin el cual, por otra parte, se desvanecerían los beneficios alcanzados. En esta atmósfera de soberbia y de dominación se rehabilitarán muchas ideas olvidadas. El autoritarismo triunfante tenderá a extenderse de las cosas exteriores a las cosas interiores, del orden colectivo al orden individual, y la humanidad volverá, tras rápida e inútil perturbación anárquica, a retroceder por algunas décadas hacia el punto de partida, hasta que otro cambio brusco de los vientos le haga dar un nuevo salto victorioso hacia el indescifrable porvenir.

Por el momento hay que prepararse para una reacción general, y no será la época que se inicia la más propia para disquisiciones. Por otra parte, la acción mundial del grupo vencedor acentuará el carácter de los tiempos. La historia nos dice que son siempre los mismos mecanismos, idénticas sutilezas y parecidos resortes los que emplean los humanos para establecer supremacías o preeminencias, que el destino barre después. Desde los argonautas que parten a la conquista del vellocino de oro, hasta los colonialistas últimos que iban a «civilizar» a los africanos o a los asiáticos, pasando por Napoleón, que se erigió en generalizador de las doctrinas de la Revolución de Francia, siempre empiezan por dar los hombres a la guerra un motivo aparente de indiscutible altura, para arrebatar a las masas y obtener la simpatía de los espectadores o neutrales. En el fondo, todos sabemos que obedecen a una necesidad colectiva cada vez más acentuada, cada vez más temible, porque cada vez ensancha más el radio de los que pueden resultar favorecidos si llega a ser satisfecha. El imperialismo de Alejandro fue el de un hombre; el de César, el de una ciudad; el de Napoleón, el de un país, y el que en estos momentos inunda de sangre al mundo, podría ser el de una raza. Inglaterra o Alemania, triunfantes, ejercerán una acción excluyente, que fijará el ritmo de la respiración universal, y todos tendremos que sentir, más o menos lejana o visible, la presencia de una mano de hierro.

Así como el siglo XVI fue el de los debates religiosos, y el siglo XVIII el de los debates políticos, el siglo en que estamos resultará el de los debates internacionales. Toda otra preocupación será desoída y sacrificada, porque las nuevas influencias dominantes y el desplazamiento producido por las modificaciones del mapa después de terminada la guerra mantendrán en constante inquietud y movimiento a las naciones. Las repetidas refundiciones, anexiones y segregaciones, que reducirán o aumentarán el número de entidades autónomas existentes, darán a las rivalidades indestructibles mayor amplitud y tenacidad. Con ello coincidirá una pavorosa expansión económica; y como es cosa sabida que para dominar virtualmente a un país basta con apoderarse de determinados resortes financieros, empezará la silenciosa y desesperada defensa de los débiles, empeñados en evitar la captación de sus riquezas para que no desaparezca la autonomía real, dejando solo en pie menguadas nacionalidades de cartón. En medio de los conflictos provocados por esta actividad sustancial, encaminada a evitar

vasallajes y a mantener la integridad de los grupos, surgirá una concepción nueva de la política, y de más está decir que de las ya mentadas ideologías de la juventud solo quedará la tendencia a la democratización total de la vida, no en nombre de ideales remotos, sino en nombre de intereses inmediatos, más que para rendir culto a la justicia, para llenar una de las condiciones de la grandeza general.

Aunque se halla al margen de los conflictos actuales, la Argentina no puede dejar de presentir desde ahora la zona difícil en que tendrá que evolucionar, dado su vigor naciente y su falta de desarrollo industrial. Reaccionando contra ciertas costumbres peligrosas, empezará a examinar prolijamente los hechos para crearse un punto de vista especial, de acuerdo con intereses tan inconfundibles que no pueden encontrar verdadera concordancia más allá de la América española. El severo mantenimiento de la más estricta neutralidad le dará reposo para estudiar una actitud dentro de todas las hipótesis, sin sentimentalismos anacrónicos, sin entusiasmos disonantes, de acuerdo con sus necesidades vitales y con la tendencia experimental del siglo. Paralelamente a la previsión diplomática, se acentuará, naturalmente, la previsión económica que, empujada con decisión y método, podría hacer de un país por donde la riqueza pasa un país donde la riqueza quede. En todos los órdenes, tendrá que ser de nuestra conveniencia bien entendida de donde saquemos las inspiraciones necesarias para salvaguardar el porvenir, con el criterio independiente que es la marca inconfundible de toda verdadera autonomía.

La misma evolución que desde ha poco advertimos en el campo de la actividad económica, donde hemos visto que los pequeños negocios se marchitan y mueren absorbidos por los grandes, puede hacerse sentir dentro de poco en la política internacional, donde férreas naciones, poseedoras de todos los resortes intelectuales, bélicos, financieros e industriales; dueñas de las fábricas, los capitales, las vías de comunicación y hasta de las fuentes culturales del mundo, se hallarán capacitadas para hacer imposible el desarrollo y la existencia de las nacionalidades en formación.

Nuestra vieja concepción de las autonomías nacionales figura entre las ideas muertas de que conviene desembarazarse también en esta renovación de perspectivas. Una bandera, una demarcación geográfica y un gobierno nativo no bastan en modo alguno para caracterizar a una colectividad independiente, si a estas condiciones no se unen el predominio racial, la capacidad financiera, la

originalidad mental y la iniciativa diplomática. En defender la integridad de algunos de estos resortes y en propender a la creación de los otros estribará el mérito de los estadistas sobre los cuales pese la responsabilidad de gobernar naciones débiles durante el régimen que empieza. No es indispensable anexar un país para usufructuar su savia. Los núcleos poderosos solo necesitan a veces tocar botones invisibles, abrir y cerrar llaves secretas, para determinar a distancia sucesos fundamentales que anemian o coartan la prosperidad de los pequeños núcleos. La infiltración mental, económica o diplomática puede deslizarse suavemente, sin ser advertida por aquellos a quienes debe perjudicar, porque los factores de desnacionalización no son ya, como antes, el misionero y el soldado sino las exportaciones, los empréstitos, las vías de comunicación, las tarifas aduaneras, las genuflexiones diplomáticas, las lecturas, las noticias y hasta los espectáculos: todo lo que una alta comprensión de los destinos de un conjunto no sepa dosificar, diluir, controlar, desviar o captar a la manera del Japón, que supo burlar elegantemente las redes que le tendían aprendiendo los secretos de todas las civilizaciones y armándose, a la par de ellas, con los mismos sistemas, sin enajenar un ápice de su porvenir.

En medio de sus horrores, la guerra europea nos habrá prestado así el servicio fundamental de alejarnos de las ideologías para darnos un alerta y hacernos emprender la obra de construcción que impone. Sirva esto de compensación a los que, apegados a un concepto más literario que sociológico, lamentan el naufragio de las barcas aventureras.

La humanidad ha ido a menudo a la justicia y al bien por el *chemin des écoliers*, por la ruta más larga; y acaso volverán a hallar, corriendo el tiempo, ambiente favorable los idealismos que tanto seducen. Hoy por hoy, conviene tener la concepción clara de las realidades presentes, futuras y pasadas, para ser prácticos y atenernos a lo posible. Por otra parte, hay que abrir el espíritu a todas las formas de la elevación moral, y ninguna grandeza podrá ser mayor que la de una juventud que, sintiendo las palpitaciones de su tiempo, se declare preparada para afrontar las situaciones difíciles y para encararse con los obstáculos, como los atletas que doblaban la arremetida de las fieras en la pista del circo romano. Los que respiran en una época de excepción como la nuestra, lejos de epilogar sobre los acontecimientos, deben vivirlos; lejos de juzgar la historia, deben hacerla. Porque

aunque repugne a una educación demasiado espiritualista, aun las fuerzas mejores no logran ir más allá de lo que la realidad permite. Si las cosas espirituales son el perfume de la vida, las cosas terrenales son el viento. Las primeras pueden impregnar a las segundas, pero tienen que dejarse conducir por ellas.

1916

Un conflicto obrero en Sudamérica

El centenario de la independencia argentina puso de manifiesto de una manera evidente las divergencias y las incompatibilidades que asoman en las regiones más prósperas de la América del Sur. Una huelga general, una represión severa, un tumulto de pasiones que se tradujo en choques sangrientos y una división profunda entre elementos que hasta entonces solo se habían combatido superficialmente, marca el punto de partida de conflictos durables, cuyas prolongaciones nadie puede delimitar. Lo que ha ocurrido en la Argentina es un estallido de lo mismo que bulle y fermenta también en el Brasil, en Uruguay, en México y en algunas otras regiones, que ostentan, con mayor o menor intensidad, dos distintivas idénticas: la prosperidad económica y la creciente inmigración. Por eso tuvieron los sucesos un alcance continental, y por eso pueden servir de indicio para determinar, en lo que toca a ciertas manifestaciones, la probable evolución de Sudamérica.

En una ciudad de un millón de habitantes, donde predomina el elemento extranjero y donde las ideas libertarias tienen partidarios numerosos y resueltos, un conflicto económico tiene que determinar siempre una perturbación profunda. De aquí que las diferentes movilizaciones obreras y las luchas largas que han interrumpido momentáneamente la respiración de nuestro gran puerto hayan levantado siempre entre el elemento nacional un remolino de resistencias. Los nativos, heridos a la vez en sus conveniencias individuales y en sus intereses nacionales, han protestado siempre contra la tiranía del trabajador, en su inmensa mayoría extranjero, que, a pesar de disfrutar de salarios superiores a los que gana en Europa, interrumpe a su capricho, y con una frecuencia cada vez mayor la actividad urbana. El proletario, por su parte, ha reprochado siempre al nativo las severidades de la policía y el procedimiento sumario que lleva a las autoridades a suspender las garantías constitucionales y a decretar el estado de sitio cada vez

que los gremios insisten en una reivindicación o formulan airadamente una exigencia. Estas dos corrientes antagónicas han venido multiplicando los choques y fortificando su hostilidad durante varios años, unos y otros han exagerado y llevado al paroxismo su combatividad y sus rencores. La ley de residencia, las huelgas generales, el cierre de los locales obreros y la bomba que costó la vida al jefe de policía de Buenos Aires, no fueron más que episodios trágicos de un desequilibrio social, de una agresividad terca y estéril, que enturbia las facultades y el buen juicio de los dos bandos. Han faltado en el gobierno hombres previsores y flexibles que atenúen los choques y sepan imponer respeto sin recurrir a la violencia; y han faltado entre los grupos extremos los consejeros prudentes que moderen las impaciencias peligrosas para salvar el porvenir. Ni en un partido ni en otro se ha tenido la noción de las realidades.

Conocidos estos antecedentes, nada más fácil que sintetizar un conflicto y medir sus prolongaciones. En momentos en que la República Argentina se disponía a celebrar el primer centenario de su independencia, en que el entusiasmo de un pueblo impetuoso se traducía en programas de festejos como no se habían visto aún en aquel país, y en que las delegaciones de los gobiernos extranjeros empezaban a desembarcar en la capital, se desencadenó bruscamente un nuevo choque, que cambió el carácter de la lucha, transportándola del terreno económico al terreno nacional. A una nueva huelga general que impedía la inauguración de las exposiciones y hacía fracasar la mayor parte de las fiestas, contestaron los estudiantes con un asalto a las imprentas de los diarios anarquistas y con una persecución contra los hombres de ideas avanzadas. Los grupos vinieron a las manos en las calles: hubo choques sangrientos, y la discordia se encrespó hasta transformarse en odio. De la inadmisible campaña antipatriótica de los unos, arrancó la exasperación de los otros. Las opiniones se transformaron en alaridos, y la demencia de los que negaban la nacionalidad dio alas a la tiranía de los que impusieron la escarapela bicolor con la amenaza en la boca.

Juzgando los acontecimientos desde lejos, se advierten sin dificultad los errores principales que determinaron la situación. Examinemos primero los de la clase obrera. Aunque ciertos hombres avanzados dieron prueba de moderación y permanecieron en cierto modo al margen de la agitación, fueron confundidos con los demás. En épocas de agitación y de fiebre basta que un grupo se niegue a seguir

una corriente para que sea embanderado, aun a pesar suyo, en la otra. Pero si se enredan las situaciones, no se confunden las responsabilidades. Y al hablar de partidos avanzados hay que hacer distinciones. Entre los errores de la clase obrera en esta circunstancia ha habido dos fundamentales. El primero consiste en no haber tenido la noción de que existía una patria argentina, desencadenando a ciegas un movimiento extemporáneo y destinado a fracasar. No basta que un ímpetu parezca justificado por determinados antecedentes; es necesario que las circunstancias lo favorezcan y que no lastime un sentimiento superior. En este caso no era difícil prever el efecto que produciría en la opinión una huelga general. El segundo error consiste en haber levantado como bandera el antipatriotismo. La doctrina resulta tanto más odiosa cuanto que es practicada en una patria extranjera por propagandistas que han nacido en otros países. La exasperación de los nacionales se explica ante el contrasentido de que sean precisamente los huéspedes, los que no pertenecen a la nación, los que más rudamente ataquen el armazón nacional.

Pero los errores de la clase obrera fueron compensados por los del gobierno. El ímpetu cesarista que duerme en el fondo de la raza se exasperó en el conflicto, y vimos desaparecer de pronto, con las garantías individuales, el espíritu mismo de la Constitución. Para mantener la legalidad, el gobierno recurrió a la tiranía. Faltó en las alturas la serena equidad que en los momentos difíciles restablece los equilibrios. Y la actitud de la clase conservadora del país no pudo ser más contraria a los intereses que defiende. Dueña de los resortes oficiales, no supo servirse de ellos, y recurrió a peligrosísimos expedientes extragubernamentales. Esas multitudes que asaltaban la redacción de los periódicos revolucionarios y destruían las bibliotecas obreras dieron un ejemplo de «acción directa» que puede ser imitada por otros grupos. Solo la serena aplicación de la ley aplaca la efervescencia alimentada por pasiones contradictorias. Toda represalia provoca nuevas represalias, sin que sea posible vislumbrar el fin de la lucha.

El resultado de la crisis subrayó una división cada vez más profunda y una creciente exasperación de ideales. El instinto autoritario -en cuanto la palabra tiene de agresivo y de estrecho- se desarrolló con frondosidades inéditas, y el odio de los de abajo a los de arriba cobró una intensidad vibrante que será un peligro para todos. De aquí que el primer deber de los hombres independientes y serenos consista en volver a llevar al terreno económico lo que se ha debatido erróneamente

en el terreno nacional. La idea de patria no tiene nada que ver con las reivindicaciones inmediatas de la clase obrera. Todos sabemos que solo puede existir un proletariado victorioso en una nación próspera y triunfante. Hay que volver a colocar las cosas en la situación en que estaban antes de los sucesos trágicos, disipando los malentendidos y calmando los empujes extremos. La nerviosidad y la intransigencia que han constituido hasta ahora el fondo de la política gubernamental tienen que dar paso a la flexibilidad y a la destreza. En la Constitución de la república, sin crear leyes ocasionales, que siempre son leyes apasionadas, existen los elementos necesarios para restablecer la paz. Y como esta no puede ser hija de una represión ni de un motín sangriento, hay que aspirar, desde el punto de vista oficial, a lo que constituye la forma suprema de la energía de los gobiernos: a la estricta imparcialidad; y desde el punto de vista popular, a lo que indica la seguridad y la confianza en las propias fuerzas: a la serena acción reformadora.

Nos encontramos en presencia de dos fenómenos peligrosos: la acumulación en las capitales de Sudamérica de grandes grupos internacionales de tendencia ultrarrevolucionaria, que se han formado con los expulsados y los fugitivos de todos los países de Europa; y, como contraposición, el resurgimiento de bruscas corrientes reaccionarias, que amenazan comprometer el desarrollo de aquellas repúblicas. La única política sensata consiste en neutralizar la virulencia de estos dos peligros.

Enmiendas a una ley electoral

Señor director de *La Razón*, Buenos Aires:

Así como en una casa donde todo fue mutismo a raíz del sepelio de un pariente se reanuda poco a poco la actividad y renacen las antiguas costumbres, en un triunfo inevitable de la vida sobre la muerte, después del estupor provocado por la guerra europea nuestra vibración argentina tiende, en el año que se inicia, a recuperar sus derechos, y sin dejar de tender el oído al rumor de las batallas, empujamos de nuevo a la superficie los problemas locales que, por ser más inmediatos, se sobreponen, a pesar de su relativa pequeñez, a la amplia tragedia universal que se desarrolla.

Entre ellos figura uno que afecta intereses primordiales y está destinado a influir poderosamente en la solución de la próxima campaña política. Encararlo con tiempo equivale a resolverlo con cordura; y es en este sentido que voy a emitir algunas opiniones sobre los resultados de la ley electoral y las razones que aconsejan su reforma.

La memorable y feliz reglamentación del voto, que debía acelerar la depuración de nuestras prácticas políticas, favorecer el crecimiento de nuevas corrientes de opinión y renovar parcialmente las costumbres, fue sin duda alguna una medida necesaria, que responde a la mayor capacidad volitiva y creadora de una fracción considerable de la democracia argentina. La misma seguridad con que el pueblo de la capital y de ciertas provincias ha esgrimido el arma nueva, prueba que estaba preparado para recibirla, iniciando una ascensión que puede extenderse gradualmente a las regiones donde parece empeño prematuro en el momento en que nos encontramos. Sobre este último punto cabrá formular reservas; pero en tesis general, el sistema marca un adelanto indiscutible, y sería vana desconfianza de parte de los partidos triunfantes suponer que alguien sueña en urdir subterfugios para burlarlos, en tramar conspiraciones para retirar ventajas legítimamente adquiridas, o en preparar retrocesos que solo se alcanzarían arriesgando intereses superiores.

Pero el mismo respeto que la nueva conquista inspira nos induce a señalar los defectos que en ella se han deslizado y a estudiar los retoques que le darían toda su amplitud, impidiendo consecuencias inesperadas que están en contradicción con el carácter mismo de la reforma.

Nos resistimos a afirmar, como algunos, que se ha hecho gala, al concebir la ley, de más inclinación a imitar lo ajeno que a observar lo propio, y de más facilidad para recordar lecturas que para interpretar lo que vemos. Sin embargo, salta a los ojos un primer error de interpretación, que ha llevado a suponer en la Argentina la existencia de dos grandes partidos todopoderosos y excluyentes, a semejanza de los clásicos *tories* y *whigs*, de Inglaterra, o de los «liberales» y «conservadores», de España. De aquí un régimen de mayoría y minoría alternada, que niega ubicación a las opiniones divergentes, intermedias o complementarias, y de aquí una serie de contradicciones paradójicas en los resultados morales y numéricos de cada consulta electoral.

No se ha recordado que la persistencia de grupos tradicionales y el advenimiento de núcleos nuevos ha roto, hasta en los países nombrados, la unidad de ciertas corrientes históricas, creando una multiplicidad de tendencias que articulan y flexibilizan la expresión, cada vez más consciente, de la voluntad popular. Se ha olvidado que no existiendo entre nosotros, después de la tradición, ya borrada, de unitarios y federales, más que un conglomerado de opiniones que corresponden a gradaciones de temperamentos, y no asomando un debate esencial o una demarcación definitiva, no era juicioso adoptar el procedimiento casi plebiscitario de «en pro o en contra», que pone a una gran masa ciudadana en la obligación de votar, no por lo que prefiere, sino por lo que le disgusta menos. Y se ha violentado el sentido de las cosas hasta erigir en cierto modo al Estado en empresario imperioso de dos partidos, a los cuales quedan sacrificadas las convicciones o las aspiraciones de los grupos que aisladamente no pueden competir en número con ellos, aunque en conjunto los equilibren o los superen.

Si contemplamos el mapa político de la capital, vemos que no hay, en realidad, una mayoría y una minoría, sino solamente minorías más o menos voluminosas y apreciables, como lo prueba la circunstancia de que, habiendo votado en las últimas elecciones más de cien mil ciudadanos, el partido que mayor número de sufragios obtuvo no alcanzó, ni con mucho, a reunir la mitad de esa cifra. Por su parte, la organización que llegó en segundo término solo sumó el 40 por 100 de los sufragios restantes. De suerte que si el grupo triunfador no consiguió la mayoría absoluta, sino la mayoría relativa con relación al núcleo que en el cómputo venía tras él, y si este fue tenido en jaque por la acción conjunta de otros, llegamos a sancionar la doble paradoja inverosímil de que la ley solo concede representación a las dos primeras minorías, aunque la segunda pueda ser superada por la suma de las siguientes, y de que la primera minoría tiene derechos y representación de mayoría aunque solo alcance una votación inferior a la de las demás fracciones juntas.

Examinado el caso concreto de las elecciones de la capital en 1914, se acentúa esta impresión. Los ciento y tantos mil sufragios expresados se descompusieron, teniendo en cuenta las fluctuaciones, en 41.000 socialistas, 36.000 radicales, 17.000 cívicos y 13.000 constitucionales. Los resultados fueron siete diputados socialistas y tres radicales, con exclusión de las demás tendencias.

La primera anomalía que asoma es que cívicos y constitucionales, es decir, 30.000 electores, quedan privados de toda representación. No existiendo aquí, como en Francia, el escrutinio posterior de *ballottage*, que ofrece a los que inutilizaron su esfuerzo trabajando en favor de candidatos eliminados la oportunidad de recobrar el voto para influir por lo menos oblicuamente, en la decisión final, la ley da como primer resultado el sacrificio y la anulación de una tercera parte de los votantes, sacrificio en el cual no es posible dejar de advertir una inexplicable desigualdad de tratamiento, si se considera que, con 6.000 votos más, los radicales consiguen no un diputado, sino tres.

Como esos 30.000 electores no representan una improvisación adventicia, sino corrientes definidas y durables, cabe preguntarse cuál será la suerte de ellos en futuros comicios. Aunque lleguen a coordinarse en una lista única, estarán condenados a renovar la protesta inútil, sin poder hacer sentir su influencia en la marcha de los negocios públicos, privados, en realidad, dentro de la democracia triunfante, de derechos políticos, situación que se agrava si tenemos en cuenta que con ellos quedan separados de la vida pública de la capital grupos de larga actuación en la Argentina y hombres que, con las convicciones inherentes a su situación y a la época en que surgieron, merecen el respeto de todos, porque fueron en cierto modo los propulsores supremos de la cultura y los progresos que han hecho posible la misma ley electoral moderna.

Prolongar esta mutilación de derechos, sería desvirtuar el fundamento de la libertad de sufragio, difundiendo la convicción de que ciertas direcciones mentales quedan prohibidas de hecho, porque es inútil volar fuera de las corrientes señaladas como minorías dominantes en elecciones anteriores. Equivaldría también a fomentar la indiferencia entre muchos, dando lugar a un estancamiento parcial de la política argentina. Y haría girar, como consecuencia última, todo movimiento alrededor de dos ejes invariables, obstaculizando el nacimiento de fuerzas jóvenes y condenando al ostracismo a los hombres independientes que se niegan a seguir las corrientes en auge. En una palabra: la ley electoral, que se hizo en vista de dos grupos tradicionales que no existían, acabará por crearlos artificialmente, privando así al país del movimiento y la renovación, que son condición esencial de la vida.

Obligados los partidos menos favorecidos a recluirse en la abstención, y cerrado el paso a toda agrupación nueva, la lucha en la capital quedaría situada entre

socialistas y radicales, con exclusión de los demás grupos políticos y con exclusión de la masa, cada vez más numerosa, de los independientes. Estas últimas falanges solo podrían operar en auxilio de las anteriores, y constituirían lo que nos atreveremos a designar bajo el nombre de «votantes obligatorios», grupo *sui generis* con que la traviesa ley, sentando plaza de agente electoral, contribuye a engrosar el núcleo de las dos primeras minorías. Si en las elecciones pasadas circularon avisos invitando a los que no quisieran «perder» su voto a sufragar por determinada tendencia, y si fueron tan numerosos los sufragios negativos que apoyaron a los socialistas por antipatía hacia los radicales, o a los radicales por animosidad contra los socialistas, en las elecciones venideras, después de haberse probado de una manera perentoria que no caben partidos menores ni candidaturas aisladas, no se consultaría, en realidad, a los electores: se les impondría la elección entre dos resultados previstos; y como no es posible abstenerse, porque se castiga la abstención, llegaríamos al supremo absurdo de que en nombre de la libertad se obligaría a una gran masa ciudadana a contribuir al triunfo de ideas con las cuales no simpatiza.

Esto es en lo que se refiere a los 30.000 sacrificados, a los cuales, usando la terminología que la actualidad impone, podríamos llamar «los belgas» del sufragio universal capitalino.

Pasando a los electores representados, encontramos que aun a propósito de ellos cabe formular censuras, que desde luego son ajenas a todo espíritu partidista y surgen, como las anteriores, de un simple anhelo de equidad. La aritmética no admite simpatías ni antipatías, sino comprobaciones, y son los números los que nos dicen que si en las elecciones últimas los socialistas, con 41.000 sufragios, conquistaron siete bancas, y los radicales con 36.000 obtuvieron solo tres, nos hallamos en la necesidad de admitir que estos últimos necesitan más de 11.000 votos para nombrar cada diputado, mientras que a los primeros les basta con la mitad.

Cambiando, para mayor nitidez, el punto de observación, encontramos que la ley sanciona que se multiplica la importancia de cada voto a medida que sube la cifra a la cual se añade, porque habiendo sido la diferencia entre los dos partidos nombrados de 5.000 votos, resulta que esos 5.000 electores diferenciales eligieron cuatro diputados; es decir, a razón de uno por cada 1.250 electores; mientras los

primeros 38.000 electores, tanto socialistas como radicales, eligieron un diputado por cada 11.300.

Esto parecería establecer un sistema de mayorías con intereses compuestos y capitalizados que, a medida que se elevan, se hacen inadmisiblemente invasoras, y, favorezca a quien favorezca, es una negación flagrante del espíritu igualitario; porque después de admitir, ateniéndonos siempre al ejemplo que nos sirve de base, la libre pugna equilibrada en lo que se refiere a tres diputados de cada bando, ha hecho depender de un grupo ínfimo y de una ventaja eventual la elección de los cuatro últimos. Imaginemos que mañana, en elecciones más amplias, solo quedan frente a frente en la capital dos partidos. Ya hemos visto que la disciplina hace que las listas se voten casi siempre completas, y que las fluctuaciones entre los primeros y los últimos nombres no alteran el resultado. El partido A ha obtenido 85.000 votos. El partido B, 83.000. ¿Nos parecerá equitativo que, en la misma proporción y por una diferencia de 2.000 votos, el primero lleve al Congreso catorce diputados y el segundo seis?

La ley, lejos de prever una gradación de representaciones paralelas al volumen de sufragios obtenido por cada grupo, ha decretado una mayoría absorbente y una minoría resignada, sin tener en cuenta que en algunos casos la mayoría estaría separada de la minoría por unos pocos votos y que una ventaja ínfima de capital electoral podía dar motivo a una diferencia enorme de representación efectiva.

Podríamos añadir que la ley resulta, para los partidos triunfantes, un seguro contra las escisiones, puesto que todo grupo disgregado se condena a desaparecer; pero resulta inútil hablar de grietas secundarias, cuando las que acabamos de señalar bastan para caracterizar un Estado que lesiona intereses respetables y puede dar lugar a fenómenos complejos. Sería negligencia imperdonable no estudiar con calma una prudente modificación que, sin poner en peligro las ventajas adquiridas, restablezca el equilibrio y asegure para todos en la práctica la justicia electoral, que ha sido el pensamiento inspirador de la ley. A medida que el espíritu democrático se difunda, la Cámara será cada vez más evidentemente un espejo que reflejará en síntesis la geografía mental del país, y es de desear que no sea uno de esos espejos cóncavos que alteran las realidades y nos mienten visiones desproporcionadas. Lo que hoy perjudica a unos, puede mañana lastimar a otros, porque la injusticia lleva en sí misma su peligroso reflujo, y el instinto de

conservación hará que todos se rindan a la evidencia, si no basta el espíritu de equidad que preside la acción de los partidos argentinos.

Al enunciar el problema, no hacemos más que traducir en síntesis las perplejidades de los que han visto desaparecer su voto o han comprobado con sorpresa que un pequeño número puesto a contraluz de la ley podía proyectar una sombra enorme sobre los resultados electorales. Para estudiar las enmiendas posibles, abundan en el Parlamento hombres preparados, que sabrán presentarlas con alma y cuerpo; es decir, no solo en teoría, sino transformadas en proyecto de ley.

La representación proporcional extendida a todas las minorías importantes, podría ser uno de los puntos de partida de la remoción. Pongamos un ejemplo. Si en las elecciones para designar diez diputados sufragaron cien mil ciudadanos, y si, por consiguiente, el cociente electoral fue de diez mil, debiendo cada partido llevar a la Cámara tantos representantes como veces estaba contenida esa cifra en su total (computando, desde luego, las fracciones considerables), resultaría que a los 41.000 socialistas hubieran correspondido cuatro representantes; a los 36.000 radicales, tres; a los 17.000 cívicos, dos, y a los 13.000 constitucionales, uno. Apuntamos este procedimiento, que podrá tener sus riesgos, pero que está más cerca de la verdad que el actual, sin propiciarlo en ninguna forma, como podríamos mentar el voto acumulativo o cualquier otra combinación para salvaguardar el derecho de todos y evitar las anomalías que comentamos.

Solo nos interesa el resultado. Lo importante es adoptar un sistema que, en primer término, evite la anulación de las minorías, libertándonos de la obligación de elegir entre dos partidos designados de antemano; que, en segundo término, asegure a cada grupo una representación, proporcionada a su importancia numérica; y que, en tercer término, haga posibles las candidaturas independientes. Mientras esto no ocurra, se perpetuarán tres errores dolorosos: primero, las diputaciones se distribuirán en una especie de lotería unilateral, anulando la actuación de fuerzas tradicionales que no pueden dejar de ser tomadas en cuenta por su volumen y composición; segundo, se opondrá una barrera al advenimiento de los núcleos nuevos que pueden nacer en todo momento de las necesidades imprevistas de la vida nacional; y tercero, se relegará a la sombra a los hombres

que, por su mismo alejamiento de las corrientes políticas, están capacitados para llevar al Parlamento iniciativas desapasionadas y actividades serenas.

El país se halla en uno de los momentos decisivos de su historia, y no es entregándolo a las facciones o fomentando dos corrientes exclusivas como realizaremos el luminoso porvenir en que soñamos, sino abriendo paso a las diversas tendencias, dando posibilidad de crecimiento a todas las convicciones y respetando igualmente los intereses y los derechos de cada ciudadano que, en bloque o aisladamente, son siempre parte integrante de los derechos y los intereses de la nación.

1916

América en Europa

El viaje de Anatole France, el de Jaurès y el de Clemenceau dieron actualidad a las ideas tantas veces agitadas, al deseo creciente que acerca, en todos los órdenes de la actividad, el espíritu de Francia y el alma del Nuevo Mundo. Las declaraciones clásicas de solidaridad, concordia y simpatía, cobran esta vez realidad tangible, porque nadie puede negar en nuestras repúblicas la influencia tonificante de la gran nación.

Desgraciadamente, en Francia no se sabe nada de estas cosas. Cuando he conversado con algunos hombres públicos y he dicho que casi toda la juventud hispanoamericana habla francés, y hasta estudia, a veces, en libros escritos en ese idioma, no lo han puesto ostensiblemente en duda, porque aun en régimen republicano subsiste la elegante condescendencia de los Trianones, pero lo han interpretado como una *flatterie* al orgullo y al amor propio nacional. En realidad se desconoce la parte que ha tenido la literatura, la filosofía y el arte francés en el desarrollo del Mundo Nuevo. Y si insistimos sobre el asunto, nadie nos oye, por dos razones familiares a los que me leen: la indiferencia del francés, que solicitado por otras inquietudes, solo presta una atención lejana a las cosas de Sudamérica, y su predisposición a suponer en el extranjero el agasajo y la amabilidad de que hace él gala cuando mariposea bajo otros soles.

De esta situación apuntada en cuatro letras, ha nacido algo extravagante y contradictorio. Un gran pueblo de Europa ignora fundamentalmente la influencia que

ejerce en una región de más de veinte millones de kilómetros cuadrados, poblada por cerca de ochenta millones de hombres, y la enorme comarca donde se prolonga en cierto modo su carácter no tiene en su recuerdo más lugar que el que concede a Serbia o Bulgaria.

Con el fin de remediar en parte los olvidos, un grupo de personalidades creó un comité, que puede ejercer quizá cierta influencia bienhechora y determinar un movimiento de curiosidad legítima.

En el número-programa de la revista especial de la Asociación decía M. Gabriel Hanotaux:

«El lugar que las dos Américas ocupan en la vida económica del mundo, en la política internacional y en el trabajo de la civilización, es sin duda alguna el acontecimiento histórico más importante del siglo XX. Se puede decir que el descubrimiento de Colón solo se ha consumado en estas últimas décadas. La historia del mundo parece oscilar sin tregua de Oriente a Occidente. La civilización asiática encuentra su punto de partida en los confines del África o del Asia. Después, con los navegantes fenicios cunde hasta los mares occidentales. Roma se desprende de sí misma para supeditarse a Constantinopla. Colón transporta el eje al Occidente. Lesseps lo empuja de nuevo a Oriente. Otros grandes trabajos y el ímpetu de nuevos pueblos abren ahora perspectivas ilimitadas al progreso occidental. La poderosa república de Norteamérica será muy pronto el árbitro de los dos océanos y quizá de los dos continentes. En cuanto a la América del Sur, al modernizarse y hacer valer sus riquezas naturales, toma desde ahora su rango entre las hermanas latinas del mundo viejo».

Sin embargo, la amplia difusión de nuestro espíritu sólo podrá ser obra de una propaganda continental, dirigida por los mismos pueblos que tienen interés en revelarse.

Ya es tiempo de emprender una campaña para dar en Europa a la América latina su verdadera representación. Hasta ahora hemos vivido de la casualidad, doliéndonos de que se nos ignore y esperándolo todo del crecimiento espontáneo. No asoma la menor tentativa de coordinación o de sistema. Las plantas crecen al azar. Nadie las sostiene ni las poda. Se diría que las jóvenes repúblicas son, en lo que se refiere a la propaganda, uno de esos jardines abandonados, donde hasta el

arrayán que bordea los caminos desaparece bajo un enredo de vegetaciones inútiles.

Bien está que los extranjeros traten de difundir nuestra personalidad en el exterior, pero fuera más digno y eficaz llevar a cabo esa obra nosotros mismos.

La Argentina, sobre todo, podría alcanzar en poco tiempo cierta influencia en la opinión del continente si, renunciando a los sistemas caducos, se trazara un plan superior y subordinara a él las consideraciones secundarias. Para metamorfosear en pocos años la visión que tienen aquí de aquellas tierras bastaría una propaganda metódica y un cambio radical en la representación exterior.

Cada viajero que viene a Europa puede comprobar la situación en que se halla este resorte esencial. Aparte de ciertas ciudades privilegiadas y algunos otros centros conocidos, donde un hombre de valer ha roto con la somnolencia profesional y ha hecho obra digna de encomio, las capitales célebres, donde hay constantemente un número considerable de argentinos, y los grandes puertos que reciben en cantidades fabulosas nuestros productos, están entregados a la casualidad.

Las anécdotas abundan entre los que al azar de los viajes han descubierto funcionarios argentinos, que solo hablan español por intermedio de un intérprete, o consideran sus funciones como feudo inatacable. En este orden de ideas me refería un compatriota de cierto renombre la sorpresa que experimentó en una estación termal. El comité de fiestas daba un baile por invitación, y como el turista quiso asistir a él, se dirigió al cónsul, que era vocal del centro. Un saludo, dos frases de circunstancias, y formuló su natural pretensión. Pero las simpatías y las antipatías no duermen. El solicitante tenía quizá los ojos muy chicos, o muy grandes; el bigote demasiado largo, o corto; el caso es que, como produjo mala impresión y no resultó persona grata para el dispensador de mercedes, tuvo que resolverse a obtener la tarjeta por intermedio del consulado de España, donde se le recibió, dicho sea de paso, con la más noble cortesía.

Tuve ocasión de comprobar estas cosas en una ciudad del norte de Italia. El presidente de la Universidad popular, donde debía dar por la noche una conferencia sobre la Argentina, me acompañó a saludar al representante de mi país. Y la visita me reservó varias sorpresas. El consulado era una pequeña agencia de comisiones, instalada al fondo de un patio oscuro. El cónsul sólo hablaba unas palabras en

español, y, absorbido por sus negocios, declaró que no podría asistir. Pero como resarcimiento, la misma noche, antes de empezar la disertación, recibí de él una carta, en que me decía: «Siento mucho *no podere ascoltare* la conferencia del *nobile* hijo *di* Montevideo».

Pero una remoción de cónsules, con ser indispensable, no alcanzaría a cambiar la situación. Lo que urge para modificar la atmósfera que nos ahoga, es tener una concepción del conjunto, centralizar la propaganda y dar direcciones generales a los agentes que hoy se encuentran abandonados a la iniciativa personal. Aunque estos lleguen a ser inmejorables, no harán nada mientras no se sientan sostenidos por una mano superior que regularice y oriente el empuje.

Además, se puede obtener mucho extraoficialmente. Los hombres de ciencia, los artistas y los escritores argentinos que han vivido o viven en Europa, son los únicos que han llegado hasta la opinión y han alcanzado algo serio y fundamental en favor del país. Si en ciertos centros intelectuales se aprecia a la república, ha sido porque ellos han difundido y honrado el nombre mediante discursos, artículos o conversaciones en las esferas indicadas. Sin embargo, nadie utiliza el ímpetu ni lo alienta en forma alguna. De más está decir que no hablo de pensiones ni de títulos, sino del apoyo moral, que es lo que más necesitan los que tratan de hacer aceptar en un medio indiferente la realidad tangible de la América nueva.

Las notas pagadas en los diarios, como la inmigración artificial, son expedientes transitorios. El europeo es maestro de reclame y no se deja impresionar por el artículo, cuya redacción está diciendo a voces la procedencia. Lo más que se puede conseguir por esos medios es hacer desconfiar de la región y asimilarla a los productos de venta difícil, que persiguen con avisos la inmolación de los Cándidos. Además, para imponerse a las simpatías de un continente o de un grupo, no basta pugnar por conseguirlo. Es necesario hacer ver que lo merecemos. Y no será derrochando millones como llegaremos a evidenciar la aptitud que se nos niega. La ostentación del oro es, por el contrario, contraproducente. Si algo nos perjudica, es la leyenda de las patrias, tan fértiles como infantiles. Una estatua de Irurtia en el Salón, un artículo sobre uno de nuestros intelectuales en los periódicos, hacen más en favor de la colectividad que todos los ditirambos. Por eso es que la propaganda debe empezar a revestir, para ser útil, otras formas. Fundar una Academia de Bellas Artes en París, para dar asilo a nuestros artistas, enviar delegaciones a los

concursos, tomar parte, por intermedio de especialistas, en los congresos; favorecer la difusión de las obras nacionales, instalar en Europa a los estudiantes de talento, abrir en ciertas capitales pequeñas exposiciones permanentes y hacer valer por todos los medios ante los extraños las manifestaciones de nuestro espíritu, tendrá que ser el fin al cual tiendan los esfuerzos futuros, si queremos entrar resueltamente en el alma y en la estimación de Europa. Porque estos pueblos ya saben que tenemos riquezas; lo que todavía ponen en duda es que sepamos utilizarlas.

1909

La geografía ideológica después de la guerra

I

Después de la crisis inevitable y la desorientación fatal que es corolario obligado de todas las grandes sacudidas históricas, empiezan a dibujarse los contornos firmes, que señalan direcciones futuras y anuncian el ritmo nuevo de la política en cada una de las naciones de Europa. Las afirmaciones globales y empíricas que hicieron ley hasta hace poco, van cayendo gradualmente. Y es lógico que sea así. Más que en deducciones nacidas de la observación o del estudio, se basaron en vaticinios ocasionales, fruto de un temor, de un deseo, de una simpatía, de un odio, de una emoción, en fin, y solo podían traducir efímeramente un estado de alma personal. El gigantesco remolino

abrió esperanzas a todos ios apasionamientos sectarios. Las intransigencias creyeron ver en la posguerra una oportunidad propicia para el triunfo de sus ideales excluyentes. Cuanto más cerca estaban de los extremos, más cerca se creyeron de la victoria, como si se hubiera abierto una prima a lo perentorio y lo integral. Pero el tiempo empieza a dosificar influencias, a escalonar perspectivas, a crear el ambiente equidistante en que tendrán que evolucionar los partidos.

Los adeptos de los sistemas autoritarios sacaban argumento de ciertas situaciones nacionales, para anunciar un auge creciente de las monarquías, vigorizadas por reacciones enérgicas. Según ellos, la guerra marcaba un retroceso hacia las fórmulas de antes de la Revolución Francesa; y la democracia, como el sufragio universal, tenían que ser barridos por una reorganización basada en la

prepotencia de núcleos más preparados, más capaces, más combativos o más afortunados.

Los entusiastas de la evolución proclamaban, por su parte, el derrumbamiento de todos los sistemas. Sostenían que, por el declive de sangre de la conflagración, el mundo había salido rodando hacia lo desconocido. El incendio de Rusia cundiría hacia la Europa central, ganando las capitales y las aldeas en avalancha arrolladora. Y lo que se preparaba era un torrente universal de reivindicaciones implacables, que acabaría con los privilegios y arrasaría las fortalezas de la injusticia secular.

Mirando ahora las cosas con serenidad, no es difícil advertir que, tanto para unos como para otros, habrá, sin duda alguna, muchas desilusiones.

Es innegable que estos principios divergentes han alcanzado victorias locales. Pero como verá quien continúe leyendo, ellas se explican por circunstancias especiales y fenómenos interiores de las zonas en que se han manifestado. El fascismo marca en Italia una reacción natural después del fracaso y los excesos de un movimiento de extrema izquierda. La dictadura marcial española es el corolario lógico de la influencia de las juntas militares y del deseo de salvar algunas responsabilidades a raíz de los reveses de Marruecos. El régimen soviético traduce, después de una derrota gigantesca, la rebelión oscura e instintiva de muchedumbres oprimidas desde hace siglos por castas parasitarias. No cabe duda de que en estos países han triunfado momentáneamente las hipótesis violentas que formularon en los comienzos los apasionados augures. Pero sería vano deducir de sacudidas limitadas y contradictorias, principios superiores o fórmulas hechas aplicables a una humanidad que reanuda la vida después de la conmoción, más atenta a curar sus heridas que a inferirlas al adversario.

Claro está que ahora, como antes de la guerra, existen en todas partes núcleos exiguos inspirados por esos ideales. El espíritu reaccionario reunió siempre sus cónclaves, y el comunismo tuvo en cada capital populosa sus fíeles incondicionales antes de 1914. Pero lo que determina los fenómenos sociales, como los fisiológicos, no es la existencia del germen, sino su difusión. Y ha sido fácil comprobar, en estos últimos tiempos, que la mayoría de las naciones de Europa, y especialmente las que más directamente intervinieron en la guerra y asumieron siempre la dirección mental del mundo, se hallan lejos de dejarse arrastrar por ninguna de las dos corrientes. En Alemania ha fracasado una intentona de restauración. Las últimas manifestaciones

comunistas han permitido medir la impotencia de esta agrupación en Francia. Si abarcamos en conjunto el panorama mundial, sin dejarnos fascinar por las palabras más nuevas o más ruidosas; si hacemos a un lado lo vistoso para buscar lo real, vemos que casi todos los países mantienen su equilibrio. En América, en Asia, en Oceanía no ha asomado la menor tentativa seria de imposición autocrática o bolchevista. En la misma Europa, doliente y atormentada, con excepción de Italia, España y Rusia, salta a los ojos que Inglaterra, Francia, Alemania, Suiza, Bélgica, Holanda, los países escandinavos, Grecia, Turquía, etc., se hallan lejos de oscilar entre los extremismos o de entregarse a uno de ellos. Lo que domina y forma el eje de la balanza es la masa avanzada, pero prudente, que espera de la democracia progresiva el equilibrio nacional. No se reproduce, desde luego, en ninguna parte, la situación de 1914. Nuevos problemas económicos, exigencias recientes, hondas variaciones de la temperatura social, han metamorfoseado ideales y procedimientos. La cotización de los principios directores ha sufrido altibajos, como el valor de la moneda; y el punto de vista ante las cuestiones, el eje de rotación, hasta el vocabulario han cambiado fundamentalmente. La guerra arrancó a muchos principios su apariencia engañosa y desnudó el hueso de las premisas fundamentales. El patriotismo sin privilegiados y la solidaridad sin despojo han entremezclado muchas fuerzas que hasta ayer se combatieron. Un pragmatismo inteligente realizó, dentro de los programas más contradictorios, una selección de ideas vivas aplicables a la hora por que atravesamos; y las ideas muertas o pasajeramente utópicas, fueron abandonadas a los libros o a la obstinación de los ideólogos. Pero esta innegable remoción del ambiente político ha sido realizada precisamente en el sentido de amalgamar fuerzas, quitando a los principios en pugna sus ángulos salientes para obtener la conjunción de las fuerzas esenciales de cada país.

Las elecciones inglesas que dieron una victoria rotunda al partido del trabajo y a los liberales, y en las cuales fueron derrotados conjuntamente los conservadores y el único diputado comunista que logró llegar al Parlamento de Londres, subrayan el sentido de la evolución general. Ramsay Macdonald, líder del socialismo inglés, dijo que «Inglaterra no puede sacrificar sus derechos a los de ninguna otra nación», y sus declaraciones, a la vez pacifistas y patrióticas, marcan el punto en que las

aguas de la democracia se confunden con las de la nacionalidad rehecha, no destruida, por la evolución moderna.

El sufragio universal en Francia marcó un avance claro de los demócratas, sin que los extremistas de la izquierda o de la derecha lograsen ventaja alguna. El partido radical y el socialismo moderado ganaron prosélitos dentro de un plano en que se aúna el empuje popular con la preservación nacional. Pero ni las dictaduras militares ni las dictaduras demagógicas pueden aspirar en Francia, en cuanto alcanza la vista, a un éxito eventual, dado el ambiente hostil a todas las sacudidas que pudieran ocasionar nuevos desequilibrios.

La geografía ideológica de Europa quedarla así establecida en la etapa que empieza con líneas claras y colores enteros. Al sur, las dos penínsulas meridionales, Italia y España, gobernadas por fórmulas autoritarias, que mantendrán su virtud mientras duren las circunstancias que les permitieron triunfar. Al este, en la inmensidad que confina con los desiertos siberianos, la Rusia de los soviets, que ya no aspira tan claramente a universalizar su empuje y cultiva relaciones diplomáticas o mantiene intercambio comercial con casi todas las naciones del mundo. Y en medio de estas dos organizaciones antitéticas, la masa enorme de la Europa central y la Europa del norte, que tan ajena a la revolución como a la contrarrevolución rechaza los extremismos y evoluciona de acuerdo con su tradición liberal. El parlamentarismo, que algunos creyeron herido de muerte, adquiere en esta zona creciente vitalidad. Y será de acuerdo con formas de gobierno deficientes, sin duda alguna, pero representativas de la opinión predominante, que se solucionarán las divergencias ciudadanas dentro de un mundo removido por problemas vitales y obligado por imposición de las circunstancias a subordinar la política interior a la política internacional.

II

Los que en nuestra América latina suspiran por gobiernos fuertes, olvidando el funesto precedente de las tiranías que hemos soportado en otros tiempos, parecen desconocer el verdadero carácter del fascismo.

De regreso de la conferencia de Lausanne, donde alcanzó consagración internacional, el jefe del gabinete italiano declaró que el fascismo es el empuje de un pueblo que vuelve a encontrar su unidad de fe con ayuda de la disciplina moral

impuesta por él mismo. Y descartando lo que en la definición puede parecer empírico y aparatoso, no cabe duda de que en esas palabras encontramos el hilo central de la tendencia basada en el viejo axioma de que así como después de una guerra los pueblos vencidos van a la revuelta y a la democracia, los pueblos victoriosos se hacen conservadores, adoptando la filosofía de que antes que las ideas está la patria, y de que las necesidades nacionales deben ser colocadas por encima de los principios.

Para quien observa los acontecimientos sin idea preconcebida, como fenómenos sociales que emanan de causas ajenas a nuestra voluntad, el creador de fascismo, lejos de representar una evolución de la política italiana, simboliza, no el pensamiento -porque lo que precisamente ha abierto es un paréntesis de ideas-, pero sí la tendencia ejecutiva de un cesarismo civil. El éxito de los campos de batalla se convierte en fuerza de política interior, como el camión bélico se torna en tractor de trilladora, y en la dispersión de los partidos se levantan minorías combativas que se sustituyen a cuanto fue producto de la reflexión y de la paz.

Lo que más sorprende cuando abarcamos en conjunto las perspectivas, es la situación incolora y subalterna en que quedan, en medio de esta excrecencia de la conflagración, los mismos jefes militares que determinaron la victoria. En otras épocas, los generales afortunados se erigían en directores de la colectividad. Al imponer un tratado de paz a los extraños, se imponían ellos mismos en el gobierno de su propio país, y el conductor de los ejércitos pasaba a ser conductor de la nación, dentro de una lógica ocasional aceptada como doloroso corolario de los conflictos. Hoy se caracteriza la nueva modalidad por la persistencia de la idea democrática, que, a pesar de las circunstancias anormales, conserva al gobierno las mismas apariencias, manteniendo en sus jurisdicciones respectivas a los especialistas de la defensa y a los organizadores de la vitalidad. Pero esta solidez del civilismo, que algunos atribuyen a la falta de cualidades políticas de los técnicos militares, se halla disminuida por los procedimientos y los ideales autoritarios que adopta el grupo gobernante. Se diría que, a medida que el militarismo tiende a hacerse civil, el civilismo tiende a hacerse militar, y que la colectividad ensaya para asegurar su defensa los procedimientos que antes empleaba el hombre para afianzar su jerarquía.

La centralización de poderes, que fue una exigencia de la guerra, dentro de la cual todo dependía de la unidad de pensamiento y de la rapidez de decisión, suspendió el libre juego de las instituciones de equilibrio que, como los parlamentos o sindicatos, mantienen en un fiel, siempre variable, pero constantemente equidistante, la balanza de las diversas tendencias.

Este largo eclipse y la costumbre adquirida de las resoluciones bruscas y los sistemas simplificados, ha contribuido también a crear atmósfera propicia para nuevas formas imperativas y arbitrarias. El concepto de la legalidad palideció al conjuro de circunstancias excepcionales, y aunque esas circunstancias han desaparecido en su realidad tangible, acaso se prolongan en sus consecuencias morales, dentro de la etapa de reconstrucción por que atraviesa el mundo. Así parece indicarlo, por lo menos, el entrelazamiento y la acumulación de hechos, tendencias y anomalías que denuncian un estado de perturbación y sorprenden con revelaciones inesperadas.

Los valores sociales, como los valores bursátiles, han experimentado remociones profundas. Y todo ello se refleja en sombra sobre la situación interior de los países, hasta el punto de que los diarios franceses aconsejan a sus lectores que no compren artículos importados, sobre todo si esos artículos provienen de naciones favorecidas por el cambio. La vida gira alrededor de una evidente preocupación económica, que se sobrepone a cuantos sistemas, teorías o inducciones cobraron auge en otros tiempos.

Se trata, claro está, de una situación pasajera. Pero también es la tempestad en el mar una situación pasajera y, sin embargo, el capitán del barco maniobra teniendo en cuenta la dirección de los vientos. Así se explica la simultaneidad de ciertas corrientes en los países, que sangran por la herida de la victoria o sangran por la herida de la derrota, porque, con diferencia de intensidad, a todos alcanza el daño en la liquidación que se inicia. Monarquías, repúblicas, instituciones soviéticas -poco importa para el caso el nombre de los sistemas políticos-; los Estados se hallan ante la necesidad de defender, ante todo, su existencia en medio de la confusión. No cabe preguntarse si la solidaridad pudo dar mejores resultados, porque no se gobierna sobre deseos, sino sobre realidades. Y es la realidad de una situación excepcionalmente complicada y difícil la que ha creado la oportunidad fugaz que aprovecha el fascismo.

No cabe duda, sin embargo, que esta brusca acentuación de una tendencia trae en sí reflujos inevitables. Y no es aventurado pensar que, aunque Mussolini abandone en el poder la camiseta negra, seguirá prisionero de antecedentes, inclinaciones y esperanzas que pueden llevarle a sobrepasar, en las cosas internas, el límite que le ha marcado la abstención de sus adversarios, o a forzar en el orden internacional la barrera de los intereses de otros pueblos. Adulado por una opinión pública que quizá no representa el sentir secreto de las mayorías, es dueño del momento, pero no del porvenir. Y sean cuales sean las convicciones, todos reconocen que nunca fue el porvenir más vago ni más mudable que en el momento actual.

La afirmación de que vamos hacia un «máximum de desigualdad social» no es seguramente la más propia para aquietar las aguas en zonas removidas por hondas agitaciones sociales. El deseo de sorprender y un prurito de violencia han brindado desde el primer día una bandera a las oposiciones. Nuevas declaraciones perentorias, confirmadas por realizaciones culpables, han hecho resurgir los brotes de lo que vivía en la sombra. Un detalle puede bastar para poner en tela de juicio la vitalidad del régimen.

Lo primero que se advierte cuando consideramos el damero de Europa es la sujeción de la política interna a la política internacional, y, dentro de la política internacional, a las cuestiones económicas. Los pozos de petróleo, las minas de hierro o de carbón, las zonas de influencia en los países que todavía no están industrializados, regulan hoy las armonías y las disonancias del mundo. Las contingencias más peligrosas para cada gobierno no nacen de la opinión pública de cada país, sino de los remolinos externos, como pueden dar fe desde el rey de Grecia hasta M. Briand y Mr. Lloyd George. Y es en esa zona donde el dictador romano tendrá que librar las más rudas batallas. Pero las concesiones que el nacionalismo fascista tendrá que hacer en el poder, coinciden con la crisis innegable por que atraviesa el bolchevismo ruso; y esta desagregación de los dos extremismos demostrará acaso que el bienestar de las naciones solo puede ser obtenido mediante el equilibrio y la conciliación de las tendencias sociales.

La América latina no ha pasado por las pruebas por que ha pasado Italia. Hablar de fascismo en nuestras repúblicas es rendir culto, en la forma más peligrosa, al prurito de imitar.

III

Esto no borra la evidencia de que un nuevo nacionalismo ha surgido después del tratado de paz.

Nadie discute el resurgimiento del ideal patriótico. Lo está anunciando en diversos tonos el sentido de la política universal. La guerra ha robustecido en todas las naciones el amor al terruño y la inquietud de los destinos colectivos. La humanidad ha dado un salto hacia las bases primeras, de las cuales había parecido distanciarse. Y el internacionalismo, como la hostilidad a la bandera, están heridos de tal suerte, que el mismo régimen soviético, edificado sobre las inducciones más audaces, reconoce y sanciona las premisas que había negado siempre. Pero, comprobado el reflorecimiento de la concepción que un instante pareció amenazada, surgen interpretaciones diversas sobre su desarrollo en el porvenir, sobre la dosificación de su influencia, sobre el carácter de su empuje; y tal estado de espíritu subraya una pregunta que hallamos repetida en todas las consciencias: ¿cómo será el nuevo nacionalismo?

La mejor manera de llegar hasta el alma de las cosas consiste en seguir el proceso de su elaboración; y conviene abarcar, en síntesis, los fenómenos que dieron nacimiento, ambiente y vigor al nacionalismo durante los últimos años.

En la movilización general de Europa, cuando estalló el cataclismo, las naciones sintieron la necesidad vital de preservar su presente y su porvenir. Por encima de toda preocupación o doctrina se impuso un ímpetu de autodefensa. Los mismos partidos avanzados votaron los créditos de guerra. Pero esta unanimidad no hubiera bastado para crear un sentimiento durable y sólido, sin la intervención de dos circunstancias nuevas en la historia de las conflagraciones universales. Quiero referirme a las características del reclutamiento y a la organización de los ejércitos. En choques anteriores el pueblo había podido advertir la injusticia con que se le sacrificaba para preservar a los pudientes y la concepción de las jerarquías, que le relegaba a situaciones inferiores. Esta vez fue la nación armada la que marchó a la frontera, sin que la aristocracia, el clero o la burguesía gozaran de privilegio. Y esa refundición igualitaria de la entidad política ante el peligro, estuvo sancionada por métodos de ejecución inspirados en principios democráticos, afirmando orquestalmente la solidaridad total de cada núcleo.

Lo que dio más tarde a ese sentimiento ocasional mayor firmeza y perdurabilidad fue, dentro de la paz, el espectáculo de la situación en que quedaban los pueblos vencedores y vencidos. Todos sufren duramente. Pero algunas afirmaciones extremistas caen ante la evidencia de la realidad. No es exacto que la suerte del proletariado sea la misma en una nación victoriosa, desprovista de sujeción, libre de compromisos, donde todas las iniciativas son posibles, que en un país derrotado, sujeto a la ocupación extranjera, obligado a pagar indemnizaciones, donde los obreros tienen que forzar la producción, imponiéndose un suplemento de horas de trabajo para impedir el naufragio colectivo. La correspondencia y el enlace de los diversos componentes de la nación se ha revelado a la atención general, evidenciando que, por encima de los diversos intereses que pueden estar en pugna dentro del país, hay un interés superior y colectivo, que a nadie puede dejar indiferente.

Al calor de estas inspiraciones ha ido afirmándose gradualmente el empuje que, con variantes de carácter o situación, domina en todas las naciones de Europa. Para comprenderlo en sus grandes líneas basta seguir el escalonamiento que lo ha hecho posible. Pero sería grave error ver en él un síntoma de reacción o de retroceso capaz de dar auge a las ideas prescriptas. No es el pasado el que se ha adueñado del pueblo, sino el pueblo el que ha hecho suya una parte del pasado, depurándolo en el sentido de la igualdad; y todo cálculo egoísta o sectario en el sentido de movimientos retrógrados, está desmentido de antemano por el derrumbamiento de los tronos, la ausencia de caudillos militares y el ritmo ágil y sin prejuicios de la vida nueva.

Lo que acusa, sobre todo, una modalidad inédita dentro de la evolución del nacionalismo contemporáneo es el desarme de los odios contra los otros pueblos. Claro está que hay impulsivos y fanáticos. Claro está que en ciertos núcleos vocingleros parece triunfar un patrioterismo afónico, que es la negación y la antítesis del amplio movimiento general. Sin embargo, observando bien, comprendemos que el extremismo de las derechas retardatarias es hoy tan impotente para ejercer acción eficaz como el extremismo de las izquierdas demoledoras. La masa, profunda, dolorida y castigada por las adversidades, se aleja de toda exageración. Admite la necesidad de defender su territorio; pero sin provocaciones, sin desplantes, sin agresión, dentro de una concepción serena, basada sobre el anhelo

de un respeto mutuo que asegure al fin el reinado de la paz. Porque la paz es hoy, a pesar de todos los conflictos engañosos y todas las apariencias retadoras, el desiderátum común, y hacia ella se eleva en clamor fervoroso el ansia vibrante de la democracia europea.

Hay, además, una razón de salud. El nuevo nacionalismo está exento de toda sombra de xenofobia, porque los pueblos saben que ninguna patria se eleva engruñéndose. Es en la irradiación, es en los aportes intelectuales y morales que llegan del extranjero, es en el trato y en la cooperación con las otras colectividades donde reside el secreto de toda prosperidad. Como la guerra ha probado la correspondencia de los intereses de las diversas clases sociales dentro de cada país, ha probado también el enlace de la vitalidad de los diversos países dentro del plano mundial. Y el nacionalismo inteligente y práctico no caerá en el error de hacerse enemigo del extranjero. Aceptará, por el contrario, de afuera cuanto pueda ser útil para la colectividad, defendiéndose, naturalmente, de las influencias nocivas y de los peligrosos imperialismos.

La transmutación de valores que se opera en el mundo y se refleja dentro de la política en actitudes que sorprenden, marca así una reconciliación de ideas que parecieron antagónicas. Al margen de lo absoluto, encarando el porvenir con flexibilidad, las antinomias refunden sus fragmentos mejores en una dirección ecléctica, que abandona toda concepción estancada y toda especulación ilusoria, para atenerse a las realidades, las necesidades y las esperanzas que impone la vida actual. La guerra ha cambiado las perspectivas del mundo, y nada sería más vano que pretender reanudar obstinadamente, como si nada hubiera ocurrido en Europa, las direcciones de 1914. Cuantos persistan en esa quimera se alejarán gradualmente de la ebullición del siglo.

El nacionalismo cerrado y egoísta, como el internacionalismo ciego y disolvente, son dos ideas muertas, que nadie logrará galvanizar. En cambio, no es ya una herejía pretender que la autoridad puede conciliarse con los intereses populares y el patriotismo con el espíritu universal. Por la fuerza de las circunstancias, el nacionalismo se hace democrático, y la democracia se hace nacionalista, en un sentido amplio y generoso, que acaso prepara, por el camino de las equivalencias, la soñada fraternidad. Mussolini y Lenin aparecen dentro de este orden de ideas

como brotes póstumos y exasperados de una concepción que declina en su virtud, aunque se prolongue en sus efectos.

Los oscuros fenómenos a que da origen el entrelazamiento de la vida económica universal auguran que la victoria militar puede resultar en ciertas esferas una etapa sobrepasada por la evolución de las sociedades. La lucha de clases aparece como un choque transitorio que las guerras mismas resuelven en principio, creando precedentes valiosos, puesto que en el curso de ellas el capital es esgrimido nacionalmente. Por encima de los preceptos se derraman así verdades sin partido, que la sacudida general hace salir a la superficie, rompiendo el molde de las demarcaciones conocidas. La Revolución Rusa tiene que recurrir al fronterismo combativo para mantenerse. El fascismo italiano hace concesiones a la revolución posible para afianzarse. A la naciente solidaridad entre las clases, dentro de la nación, y de las banderas, dentro del mundo, viene a añadirse la de las doctrinas dentro de la ideología. Porque siendo necesaria la patria para mantener la democracia, y siendo indispensable la democracia para mantener la patria, desaparecen las antítesis seculares que dividían las consecuencias y se abre el nacionalismo total, que a todos favorece, reaccionando contra el error que indujo en otros tiempos a hacer patria con la política y política con la patria.

IV

La tarea de disociar las ideas para aquilatarlas con mayor exactitud ha llenado los primeros veinte años del siglo en que vivimos, y un natural reflujo de vitalidad empieza a empujar ahora a los hombres de estudio a rehacer con las moléculas examinadas nuevos núcleos, renunciando a subrayar las antinomias para buscar conciliación de los principios divergentes.

Las teorías se transforman al hallarse en contacto con la vida en su expresión ejecutiva y global, no por complacencia de los que las alimentan, sino por imposición de factores ajenos a esas teorías y a sus defensores. Por perentorio que sea un ideal, sufre la influencia de las corrientes universales. Así hemos visto que el extremismo ruso, edificado sobre dogmas severamente defendidos, tuvo que tomar en cuenta lo que fue objeto de sus mismas negaciones, completando o sosteniendo el mecanismo nuevo con ayuda de algunos de los principios o procedimientos que derribó. Es, desde luego, el proceso de todas las transformaciones políticas. La

República utilizó, en Francia, para solidificarse, elementos de la Monarquía, y el Imperio se hizo con materiales de la República. Pero el oportunismo político de todos los tiempos empieza a salir de la táctica y de los procedimientos para infiltrarse en el cuerpo mismo de las concepciones, y esto se debe al incremento que han cobrado simultáneamente el nacionalismo y la democracia.

El problema político de todas las naciones de Europa reside hoy en el enlace difícil de estas dos direcciones, igualmente autorizadas y poderosas, cuyo antagonismo virtual tiende a convertirse en colaboración más o menos visible. Porque así como el nacionalismo, que significa preservación de la colectividad, no puede realizarse ya sin aceptar las tendencias democráticas, la democracia, en cualquiera de sus gradaciones, desde la más tenue hasta la más estricta, no puede perdurar sin ayuda del nacionalismo. La situación en que ha quedado el mundo después de los recientes choques materiales y morales, trae así al terreno de las realizaciones el debate ideológico. Los socialistas, que durante la guerra se asociaron a la acción exterior de su país, entendieron obrar excepcionalmente en una emergencia transitoria. Pero, pasado el conflicto, en plena paz, surgen análogas imposiciones, que son punto de partida de la actitud de Vandervelde en Bélgica, de la conferencia de Turati con el rey de Italia, de la política social de Inglaterra y de lo que podríamos llamar, en el ambiente superior de Europa, la presencia espiritual de Jaurès.

El gran pensador pacifista sostuvo siempre que la nación es el molde donde se han de volcar las doctrinas. Su espíritu avanzado y universal, abierto a todos los horizontes, aceptaba las inducciones más audaces en lo que se refiere a la organización interior; pero, juzgando que el arbitraje carecía aún de vigor para impedir los conflictos internacionales, se levantaba contra cuanto pudiese disminuir el desarrollo nacional. Los canales invisibles que comunican la vitalidad económica a través de los pueblos, haciéndolos a todos, en cierto modo, tributarios dentro de una orquestación mundial, se oponen, por otra parte, al aislamiento y a las bruscas modificaciones. Por generosos que sean los propósitos y por incontrovertibles que resulten las verdades, solo pueden aspirar a cambiar lo existente, como se renueva el cuerpo humano, por absorción y eliminación gradual.

La tarea general de conglomeración que se impone para rehacer las orientaciones de la humanidad, no puede tender, en ningún modo, hacia una

reconstrucción de lo que antes existía. Hay que aprovechar la circunstancia para modificar los andamiajes, de acuerdo con un criterio moderno y experimental, que no excluya nada de lo que pueda ser aceptado sin peligro para la existencia autónoma de los núcleos nacionales, dando a la democracia todas las satisfacciones compatibles con la organización social. La democracia, en cambio, tiende a sentirse parte de un conjunto cuyos destinos son los suyos, y al cual debe sacrificar transitoriamente algunas de sus esperanzas. Este pacto de salud para mantener la estabilidad política y económica de los Estados en beneficio de todos, no excluye ampliaciones y desarrollos en el porvenir, de acuerdo con el progreso y con las circunstancias, ni acciones futuras en las que cada grupo recobre su plena libertad de acción. Cuando su hora pase, cesará de existir. Pero marca un momento en que los intereses convergen a un punto igualmente distante de los extremos. El bolchevismo disolvente y el fascismo autoritario son factores paralelos de desorden y de debilitamiento en una hora en que los pueblos necesitan emplear todo su esfuerzo y toda su cohesión para levantarse.

La guerra barrió también muchas concepciones ideológicas. Fue también un terremoto dentro de la vida intelectual. Las regiones devastadas en el reino de las ideas son tan grandes como en el reino material. Pero en medio de las perspectivas rotas y los principios en ruinas, empieza a surgir la luz de un ideal nuevo.

La América latina tiene que seguir esta corriente, adaptándola desde luego al estado social y a sus necesidades. Nada de comprar ropa hecha. No debemos inspirarnos en un episodio de la lucha, sino en el ritmo del siglo, para aplicarlo según nuestras necesidades de nuestra patria y de acuerdo con las inspiraciones de nuestro corazón.

1923

Cuestiones económicas

I. El petróleo

Después de la guerra, la política internacional gira casi exclusivamente alrededor de cuestiones económicas, y los debates que se prolongan entre las grandes naciones exteriorizan ante todo la preocupación de mejorar el estado de las finanzas, abrir mercados a la exportación, o fiscalizar las fuentes de la riqueza del mundo. El

hierro, el carbón y, sobre todo, el petróleo constituyen la inquietud esencial de una diplomacia orientada hacia la captación de elementos de vida y de lucha. Las cifras se sobreponen a los postulados del derecho, y todo se ajusta a lo que podríamos llamar el espíritu realista de la era nueva. Para nosotros, los latinoamericanos, lo que está en tela de juicio es, más que el presente, un porvenir cuyas prolongaciones apenas se alcanzan a vislumbrar. Y en este sentido debemos seguir los acontecimientos con especial interés.

Antes de 1914, la Standard Oil Company tenía en México, como rivales, a la Royal Dutch, de origen holandés; la Shell Transport, la Mexican Eagle, de filiación inglesa; la Burman Oil, y algunas otras compañías menores. Después de la convención de San Remo entre Inglaterra y Francia, realizada la fusión entre la Royal Dutch y la Shell, quedan solo en presencia dos grandes entidades, y de esta conglomeración de fuerzas irradiarán incalculables consecuencias comerciales y políticas para las naciones donde existen yacimientos de petróleo. Rumania, Turquía, Rusia, se hallan envueltas en combinaciones y dificultades que con distintos nombres y apariencias derivan más o menos directamente de la riqueza y el poder que supone su producción de combustible. En esta movilización general, las repúblicas hispanoamericanas tienen que desempeñar un papel importante. Hasta ahora solo cuatro han descubierto y han iniciado la explotación de sus yacimientos petrolíferos (México, Venezuela, Perú y Argentina); pero todo indica que otras se hallan favorecidas también por esa riqueza, y el problema del petróleo podría tener una faz latinoamericana si llegase a ser encarado de una manera general y armónica por nuestros diferentes gobiernos.

La República de México es desde luego la que acusa una producción más importante y una proporción más extraordinaria en el progreso de su producción. De 444.000 toneladas métricas en 1910, pasa en 1913 a 3.457.000, y en 1918 a 9.510.000. Hoy ocupa el segundo lugar entre los países productores de petróleo. Claro está que comparando las cifras con las de los Estados Unidos, se atenúa esta importancia. Sin embargo, de México sale el 13,6 por 100 de la producción mundial, y si se tiene en cuenta que solo consume una pequeña parte, se alcanza fácilmente una idea de la importancia que tiene como factor en la lucha que se anuncia. Esta exportación va en primer término a los Estados Unidos, después a Inglaterra, subrayando la rivalidad entre el grupo norteamericano y el grupo europeo. Pero la

Mexican Eagle, englobada en la coalición de la Royal Dutch Shell, tiene una potencia inferior a la de las filiales mexicanas de la Standard Oil. En realidad, el 70 por 100 de la producción va a los Estados Unidos, y muchas de las exportaciones a la América del Sur se hacen por intermedio de aquel país, confirmando la preeminencia de los intereses norteamericanos sobre los intereses ingleses. Si seguimos la progresión de las cifras, comprendemos la excepcional importancia de esta situación. México ha sustituido a Rusia, cuya producción decreció en medio de las agitaciones de la política interna. Aprovechando la demanda, se han triplicado las cifras en estos últimos años, y de 9.510.000 toneladas métricas que, como hemos visto, producía en 1918 México, ha pasado en 1919 a 12.000.000, y en 1920 a 23.200.000. Esto equivale al 36 por 100 de la producción norteamericana. Si existiera equilibrio entre las dos fuerzas que se disputan el rendimiento de la riqueza, y por ende la influencia que de esa explotación resulta, las perspectivas del país no podrían ser más halagüeñas. Pero los Estados Unidos han sido hasta ahora los más grandes proveedores de Inglaterra. En 1913 proporcionaron el 55 por 100 de la importación total. Y todo indica que en México, donde no es posible prever por ahora la formación de empresas nacionales, que exigen capitales cuantiosos, auxiliados por flotas especiales, la fiscalización del petróleo acabará por caer bajo el radio exclusivo y directo de la república norteamericana.

La producción actual del Perú y de Venezuela es mucho menos importante. Las cifras exactas y oficiales faltan, y apenas sabemos que el Perú produjo en 1913 la cifra insegura de 284.000 toneladas, y en 1917 y 1918 alcanzó a 340.000, sin que se advierta progreso entre el rendimiento de estos últimos dos años. El informe elevado a la Sociedad de Naciones apenas hace mención de estos países. Sin embargo, no es aventurado suponer que, una vez explorado el subsuelo y organizada la explotación, esas nuevas regiones, insuficientemente conocidas, puedan añadir reservas cuantiosas a la riqueza universal.

En la Argentina, que aparece en la citada comunicación con 19.000 toneladas, la explotación se organizó en 1910 con un presupuesto de un millón de pesos nacionales. Del informe de la dirección de los trabajos se deduce que aquellos yacimientos pueden figurar entre los más ricos y los más extensos del mundo. Según la Memoria elevada por el ingeniero Huergo al gobierno en 1913, durante los primeros ensayos un solo pozo produjo en una semana la cantidad de 2.900 metros

cúbicos. En ese mismo documento encontramos la información de que si la Argentina produjera al año dos millones de toneladas de petróleo, se emanciparía de toda importación de carbón. Ello exigiría naturalmente una instalación especial de maquinarias, puertos, cabeceras de ferrocarril, tanques, depósitos y barcos construidos especialmente. El Estado, propietario de los yacimientos, no ha hecho en favor de su explotación un esfuerzo proporcionado a la importancia del asunto. Aun dejando de lado el alcance que podría tener en nuestro siglo una empresa de este género dirigida por los propios nacionales, hubiera sido desde los comienzos un negocio de resultados seguros. La dirección del Ferrocarril del Sur Argentino, que contrata con una compañía de México la entrega de 70.000 toneladas de petróleo anuales al precio de 43 chelines, ofreció su clientela al gobierno. La Compañía Alemana de Electricidad manifestó su deseo de obtener 100.000 toneladas, comprometiéndose a construir vapores tanques para el transporte. Sin embargo, el presupuesto de explotación fue reducido de un millón de pesos a 500.000. Después ha sido aumentado de nuevo. Pero aún no sabemos cuándo se iniciará una acción metódica para dar a la Argentina los beneficios de tan portentosa riqueza. Varios sindicatos extranjeros han obtenido concesiones en la zona petrolífera; la *Petroleum Review* del 30 de diciembre de 1911 hace mención de cierto «Argentine Gulf Oil Sindícate», que poseía más de 80.000 hectáreas en las cercanías de los yacimientos nacionales. La ley de minas del país está felizmente basada en el trabajo, y esa circunstancia puede permitir declarar caducas las concesiones en cualquier momento. No deja de sorprender, a pesar de todo, que estas reservas se hallen ahogadas y como aplazadas en su valorización, en momentos en que el mundo se afana por descubrir, retener o explotar las fuentes de lo que dará mañana a los pueblos la riqueza y la dominación. No es mi propósito juzgar la actitud de los gobiernos que, de acuerdo con circunstancias locales y directas, han evolucionado en uno u otro sentido, pero al presentar objetivamente una situación, debemos aportar elementos de juicio, y solo a título de información mencionaremos un artículo del doctor L. Lara Pardo, publicado en *El País*, de México. Comentando el favor que el general Porfirio Díaz prodigaba a la empresa inglesa de Pearson, dice: «Era sin duda un regalo regio, pero por lo menos tenía el mérito de romper el monopolio de la compañía norteamericana». Después de lo cual añade, refiriéndose a la política de revolución encabezada por D. Francisco Madero:

«Se concedió a la Standard Oil Co. el derecho de la explotación de las minas de petróleo en México sin la menor restricción, mientras que a las demás compañías existentes o en formación se les imponían derechos prohibitivos. En la actualidad, el petróleo bruto se exporta de México y luego vuelve a ser importado y vendido a precios fabulosos». El articulista termina en esta forma: «Para realizar este programa, han corrido torrentes de sangre mexicana, se han despertado las pasiones del pueblo, hasta entonces dominadas; se han asesinado héroes, se han torturado inocentes, se han encarcelado millares de ciudadanos pacíficos, se ha comprometido seriamente la independencia del país y se han destruido pueblos enteros».

Acaso en estas afirmaciones entra un fermento de hostilidad partidista. Las luchas civiles suelen alcanzar en nuestras repúblicas tanta virulencia, que no siempre se advierte el límite entre los intereses de la nación y los del grupo. Pero no cabe duda de que en medio de las complicadas agitaciones por las cuales ha atravesado México, los intereses extranjeros pueden haber hallado más de una vez una ocasión para abrirse paso. Al margen, como hemos dicho, de toda preferencia en lo que se refiere a los asuntos interiores, solo atendemos a poner en evidencia una cuestión de interés general. Si en algún momento se han cometido imprudencias, el porvenir se encargará de puntualizar las responsabilidades.

En lo que se refiere a la Argentina, cabe destacar del informe presentado al ministerio respectivo por el jefe de la Sección de Hidrología en enero de 1913, las siguientes palabras: «El anuncio del descubrimiento del petróleo de Comodoro Rivadavia produjo alarma en el extranjero, y las grandes compañías petroleras mandaron urgentemente comisionados caracterizados con amplias facultades para acaparar en cualquier forma los nuevos yacimientos, si presentaban una competencia seria a sus intereses, o aniquilar el desarrollo de la explotación, aun cuando no fueran muy temibles». Corroborando este pensamiento, el director general de la explotación dice en su informe del 8 de abril de 1913: «La necesidad de evitar los grandes acaparamientos de la tierra petrolífera y prevenir los abusos es evidente, y la idea del señor ministro de no registrar en adelante nuevas concesiones de cateo hasta que una legislación petrolífera adecuada proteja suficientemente esta riqueza pública, no ha podido menos que encontrar en esta Dirección general su más decidido apoyo». Por ese tiempo un grupo de

representantes elevó al Senado argentino un proyecto de ley autorizando al Ejecutivo para enajenar los yacimientos de Comodoro Rivadavia, y fue debido a una protesta popular, encabezada por la Asociación Latinoamericana, que presidía el autor de este libro, que fracasó tan funesta iniciativa.

La conflagración reciente ha puesto de manifiesto la importancia suprema que puede alcanzar el petróleo en sus diversas formas, desde el refinado hasta el *mazout*, y no cabe duda de que todas las repúblicas hispanoamericanas tendrán que considerar como un asunto de la mayor trascendencia la posesión y la explotación del combustible líquido. Pero es difícil volver sobre los actos pasados. El impulso existe, las zonas están distribuidas, las corrientes son poderosas. Sería desconocer las realidades suponer que está todavía en nuestras manos recuperar, en las regiones en que han sido enajenadas, la posesión de esas riquezas, o asumir el cuidado de su explotación en las jurisdicciones sujetas a compañías extrañas. En realidad, solo queda en algunas zonas el derecho a la opción entre el trust norteamericano o el trust británico. En otras, el conflicto está resuelto. Sin embargo, sería injustificado el pesimismo. En un continente enorme y en parte inexplorado, quedan riquezas infinitas que duermen en el fondo de la tierra, ignoradas hasta hoy por sus mismos dueños. Y acaso en ellas residen las posibilidades que podrían dar mañana a la América latina un contrapeso en las luchas por la posesión del petróleo. Lo que la inexperiencia sacrificó en el pasado, escapa a nuestra voluntad y es cosa juzgada; pero de esa primera inexperiencia puede nacer la previsión que ayude a defender el porvenir.

1923

II. La producción agrícola y ganadera

Entre las más claras enseñanzas de la guerra se destaca un nuevo axioma: la importancia ofensiva de los factores económicos, la eficacia guerrera de las actividades pacíficas de los pueblos, la labor que se traduce en producción abundante de artículos de primera necesidad. La preocupación más grave de todos los gobiernos consiste hoy en asegurar su abastecimiento, dado que en la mayor parte de las grandes potencias europeas el rendimiento local no basta para llenar las necesidades comunes.

La situación de Europa ha sido en todo tiempo paradojal. Países que proveen al mundo de cuanto es imaginable, desde el combustible y el hierro hasta los tejidos y las ideas, no consiguen hacer brotar de su suelo, en la cantidad necesaria, los elementos que exige la alimentación general. El déficit anual de la producción de trigo en Inglaterra, Alemania, Italia, Austria, Bélgica, Francia, etc., se elevaba en el año 1914 a 148.000.000 de quintales. Los únicos pueblos europeos que se bastaban en ese sentido antes de la guerra eran Rusia, Hungría, Rumania y Bulgaria. El comercio mundial de cereales consistía, en realidad, en aprovisionar a Europa, ofreciéndole el sobrante cuantioso de los productos de Estados Unidos (25.000.000), del Canadá (20.000.000), de Australia (14.000.000), de la India inglesa (13.000.000) y de la República Argentina (25.000.000).

En lo que se refiere al maíz, al arroz, etc., ocurría algo análogo, con los cambios naturales de procedencia en las importaciones. La guerra puso de manifiesto la extrema gravedad de esta situación, convirtiendo la contienda en un duelo de resistencia contra el hambre, y en una justa de dinero y de ardides para procurarse comestibles en horas en que la misma producción insuficiente de cada país decrecía por hallarse los campesinos bajo las armas.

Según la Memoria elevada bajo la dirección del profesor Gini a la Sociedad de Naciones, la producción de trigo en Francia durante el período 1914-1917 disminuyó de 30 millones de quintales. Aunque en menor proporción, se comprueba algo parecido en Italia. Las exportaciones de los países productores aumentaron paralelamente. Pero aquí asoma una incidencia curiosa. Dada la incertidumbre de las comunicaciones, interviene el factor distancia, y hay una sustitución en las fuentes de aprovisionamiento, siendo sacrificadas algunas veces la Argentina y la India inglesa en beneficio de los Estados Unidos y el Canadá. En lo que se refiere a la exportación de trigo a Inglaterra, la Argentina figura con 7.496.000 quintales en 1913, 2.283.000 en 1916 y 7.309.000 en 1918, pareciendo marcar así uno de los resultados adversos para los neutrales de la campaña submarina, dirigida particularmente contra la flota británica.

La exportación de trigo argentino a Francia, que se hacía en general con ayuda de barcos neutrales, pasó, en cambio, de 3.677.000 en 1913, a 5.108.000 en 1918. En lo que se refiere a Italia, la ventaja es mayor, puesto que de 2.973.000 en 1913, saltamos en 1918 a 5.642.000. Dejo la responsabilidad de los números a la

autoridad que los divulga, no siendo mi propósito barajar cuadros de estadística, sino sacar de la situación mundial y de la enseñanza de los hechos pasados algunas consecuencias que puedan ser aprovechadas o tenidas en cuenta por nuestros países en el futuro.

Como indicio de los efectos causados por la perturbación citaremos, entre los datos curiosos y poco conocidos que pueden ser señalados a la consideración de los hombres de Estado, la variación en el destino de la exportación de lanas del Río de la Plata durante el período comprendido entre el I° de octubre de 1913 y el 30 de septiembre de 1918. Una recopilación, hecha con ayuda de los cálculos del profesor Vinel, y teniendo en cuenta la labor del *Wool Year Book*, da el resultado que reproduzco. Las cifras representan millares de toneladas métricas.

Destino	1913-14	1915-16	1916-17	1917-18
Francia	46,5	14,2	16,4	12,4
Bélgica	22,7	"	"	"
Reino Unido	19,3	13,8	15,0	2,6
Estados Unidos	19,0	67,8	113,9	95,1
Italia	3,8	26,5	17,4	17,4
España	0,013	2,9	1,5	3,8
Holanda	1,1	4,8	3,1	0,06
Alemania y Austria	53,7	"	"	"
Otros países	4,3	13,1	5,1	15,5
Total	170,413	143,1	172,4	146,86

Durante el conflicto, Alemania, Austria y Bélgica, desaparecen para nosotros como mercados. Francia, cuyas industrias se hallan paralizadas, disminuye en grandes proporciones su consumo. Y los Estados Unidos, que han intensificado sus manufacturas para abastecer a los ejércitos aliados, acaparan más de las dos terceras partes de la producción.

Terminada la guerra y restablecida en parte la normalidad, debió plantearse para todos el problema de adelantarse al porvenir, haciendo menos sensible el déficit de la producción en los países que no alcanzan a cubrir sus necesidades, e intensificando el cultivo en las zonas exportadoras. Sin embargo, en conjunto, no es así. Francia aumenta la extensión cultivada a consecuencia de su ampliación

territorial, pero al mismo tiempo acrece su consumo con la anexión de los habitantes de las nuevas regiones. El caso de Italia es idéntico. Los únicos Estados que sin agrandar sus fronteras ensanchan la superficie dedicada al trigo son Alemania, Serbia, Suecia y Bulgaria; pero en tan leve proporción, que el cambio no puede tener influencia alguna. En cambio, Rusia se eclipsa como factor de producción, no solo en el sentido de las exportaciones, que en otro tiempo fueron considerables, sino hasta en el del propio consumo, que exige ahora la contribución de otros países. Inglaterra, Bélgica, España, Holanda, etc., restringen el área sembrada. Y saliendo de Europa, los Estados Unidos y la República Argentina parecen inclinarse a imitar el movimiento, pasando los primeros de 29.640.000 hectáreas en 1919 a 21.712.000 en 1920, y la segunda, de 6.530.000, a 5.995.000 en las mismas fechas. Para explicar la disminución que se observa en nuestro país, la Memoria que comento dice textualmente: «A causa de la importancia de las exportaciones, subrayemos el caso de la Argentina, que desde enero de 1918 hasta fin de 1920, aplicó un impuesto de compensación. Ese impuesto variaba todos los meses, según los precios, causa por la cual disminuyó la capacidad de adquisición de dichos países para ese artículo de primera necesidad».

Refiriéndose a la situación del mercado mundial de lanas, salta a los ojos que la situación económica de los imperios centrales y de Rusia, así como la crisis por la cual atraviesan los comerciantes de Francia y de Bélgica, son la causa inicial del desconcierto. Pero la perturbación es general. La lana sudafricana, que iba antes a Inglaterra, se dirige hoy a los Estados Unidos. Las exportaciones de Australia a Inglaterra solo aumentan después del convenio celebrado para evitar nuevas oscilaciones en los precios. La Argentina y el Uruguay sufren el perjuicio de los cambios. Pero los economistas prevén que, pasado el período de depresión, se podrá comprobar un déficit de lana que será compensado por el *stock* mundial actual. Y añaden que, como consecuencia de ásperas rivalidades en lo que se refiere a los aprovisionamientos, se establecerá la preeminencia final de los países que antes de la guerra regulaban las exportaciones universales.

Abarcando en conjunto las perspectivas generales en lo que se refiere, no solo al trigo y a la lana, sino a las tendencias del intercambio universal de materias primas y productos de utilidad primordial, encontramos que se prolongan los efectos

económicos de la guerra, y que tarda en restablecerse la situación anterior, a causa, quizá, de las mismas medidas que se toman para conseguirlo.

Acantonado cada pueblo en sus intereses inmediatos, entorpecida la circulación de la riqueza, limitada la producción, la clase obrera se halla ante el problema de la falta de trabajo y se encadenan los fenómenos de la vida cara y el aumento de salarios, acentuando el malestar común. Las revoluciones, la cotización de la moneda, las deudas derivadas de la guerra, la anulación de mercados tan vastos como Rusia, han desquiciado la armazón económica del mundo. Una política internacional incierta prolonga la desconfianza. A ello se añade la perturbación nacida de la tendencia a disminuir o desviar la capacidad real de consumo de los pueblos, poniendo trabas a cuanto represente importación. Así aconsejan los diarios de ciertos países de Europa que se economice el pan y se acepte su elaboración con productos subalternos para no comprar en América la harina que falta. Sin embargo, en América acrece la importación de productos europeos. Los gobiernos que conceden un empréstito, estipulan cómo se ha de emplear el dinero y dónde se efectuarán las compras. El capital internacional desaparece. La riqueza, esgrimida nacionalmente, continúa en la paz una guerra implacable. Y el mal de todos deriva, en síntesis, del egoísmo de los unos y de la inexperiencia de los otros, porque así como dentro de cada país hay que buscar la conciliación de las corrientes sociales, la estabilidad del mundo depende del equilibrio de los intereses contrarios.

Pero la situación actual no es más que la vibración que ha dejado en la atmósfera la hélice de fuego de la guerra, y todo indica que los remolinos se irán atenuando gradualmente hasta restablecer un ambiente normal. Para los pueblos productores de elementos de vida se abre una era de prosperidad. Más que el combustible, alrededor del cual se libran hoy tan rudas controversias, y más que los yacimientos de hierro, que son el pan de la batalla, tendrá que interesar a los gobiernos el problema alimenticio, del cual depende la munición indispensable en todo tiempo, la fuerza propulsora de los movimientos humanos. .

La economía y las restricciones son expedientes efímeros. Las naciones que por falta de proporción entre el número de sus habitantes y la extensión de su territorio, por razones de clima, conformación geológica, etc., no pueden producir ampliamente lo que consumen para su completa alimentación, tendrán que afrontar el trance buscando fórmulas que les permitan asegurarse en todo tiempo esa

contribución suprema. Pero dentro de la nueva política que regula las relaciones entre los pueblos, el pacto necesario entre los continentes no puede hallarse librado a la casualidad ni a las iniciativas individuales, A medida que avanzan los años, los gobiernos resultan los gerentes y los directores supremos de la producción de cada país. Las ventajas que podrían halagar transitoriamente al productor o al consumidor, haciendo vender más caro o comprar más barato, encierran a menudo un engaño y se hallan supeditadas a fiscalización especial y superior dictamen. De aquí la urgencia de subordinar en Sudamérica las vastas transacciones a una voluntad responsable o a una concepción central que las enlace dentro de planes cuidadosamente estudiados, teniendo en cuenta el equilibrio de las compensaciones. Porque en horas en que impera el sentido práctico, así como otros saben el precio de lo que les falta, nosotros debemos saber el precio de lo que nos sobra. Y al esgrimir el arma pacífica y legal de la oferta en la forma más provechosa para nuestra patria, no haremos más que ajustamos a la indicación de los tiempos en medio del desconcierto general.

1923

Temas argentinos

I. Programa[24]

Los pueblos necesitan razones de vivir y razones de morir; las razones de morir son las pasiones, las razones de vivir son los ideales.

A raíz de la revisión de valores determinada por la guerra, al hallarnos los argentinos ante nuestra verdadera situación, advertimos que en momentos en que Europa lanza sus muchedumbres al sacrificio, empieza a surgir aquí, en las conciencias, como movimiento instintivo de conservación, el deseo vehemente de suscitar al fin la nacionalidad completa.

La Patria nace para ponerse al servicio de ese empuje. Un país que sólo exporta materias primas y recibe del extranjero los productos manufacturados, será siempre un país que se halla en una etapa intermedia de su evolución. Y esa etapa conviene

---

[24] Artículo-programa del diario *La Patria*, que el autor fundó en Buenos Aires en 1916. Algunos de los capítulos siguientes fueron publicados como editoriales.

sobrepasarla lo más pronto posible, fomentando, de acuerdo con las enseñanzas que surgen del enorme conflicto actual, un gran soplo reparador de los errores conocidos, un sano nacionalismo inteligente que se haga sentir en todos los órdenes de la actividad argentina.

Algo nos grita en estos momentos en que todos los pueblos recapacitan sobre su destino, que hemos hecho en los últimos años demasiada política y demasiada especulación, que hemos vivido más de lo que esperábamos que de lo que teníamos, que falta todavía un esfuerzo análogo al que desarrollamos en las mejores épocas de nuestra historia.

Las fuerzas de que disponemos estarán al servicio de esa causa. Intérpretes de las aspiraciones de la enorme masa ajena a los partidos, propiciaremos ante todo el desarrollo de las industrias nacionales, fomentaremos el florecimiento de las iniciativas argentinas, y ayudaremos todo empuje que tienda a revelar o desarrollar fuerzas propias, subrayando el nacionalismo político con el nacionalismo económico, y haciendo que las iniciativas que nacen, evolucionan y quedan en el país, sustituyan por fin a las fuerzas económicas que vienen del extranjero y vuelven a él, llevándose gran parte de nuestra riqueza.

En política interior daremos preferencia a los hechos sobre las teorías. Evolucionistas y reformadores, pugnaremos por simplificar los resortes administrativos, trataremos de acabar con las malas prácticas arraigadas y robusteceremos cada vez más los lazos que unen a la capital con las provincias, teniendo la amplia visión de nuestro mapa, y encarando los problemas, no desde un punto de vista localista, sino desde el punto de vista más alto de las conveniencias generales, que hacen cada vez más urgente la multiplicación y fomento de nuevos focos de riqueza y de progreso en toda la república.

En política internacional seremos partidarios de mantener relaciones cada vez más estrechas y fraternales con los países vecinos; nos opondremos, venga de donde viniere, a todo acto de carácter imperialista, que pueda lastimar los derechos de las repúblicas hermanas; y abogaremos por el mantenimiento del actual equilibrio entre los diferentes países proveedores, para evitarla influencia comercial preeminente, siempre perjudicial, de una sola bandera extranjera.

Estaremos en comunión y en contacto constante con la juventud estudiosa, eje, base y motor del porvenir, y abogaremos por las reformas educacionales que

tiendan a acortar el término de los estudios, a escalonarlos en una forma lógica, y a determinar una alta concepción, a la vez idealista y práctica, que haga de la escuela una cátedra de civismo y de carácter, y capacite a los argentinos para encabezar y dirigir todas las fuerzas de la actividad nacional, reaccionando contra el prejuicio de ir a buscar especialistas del otro lado del océano.

Lucharemos por que se rodee de creciente afecto al extranjero arraigado y se le den toda clase de facilidades para continuar la acción fecunda que ha determinado buena parte de nuestro progreso actual, pero combatiremos los monopolios y los abusos de las compañías radicadas fuera del país, abusos que a menudo derivan, más que de la mala voluntad de aquellas, de la incapacidad de las autoridades para contralorearlas con la severidad debida.

Reaccionando contra la tendencia aparatosa y exhibicionista, lucharemos por que en vez de palacios y monumentos se construyan caminos, puentes, ferrocarriles, desagües y cuanto pueda valorizar el territorio y favorecer la explotación de sus riquezas, penosamente abandonadas a causa de la dificultad de comunicaciones, o de la falta de espíritu emprendedor, que hace que se amontonen y se anulen los capitales y los trabajadores en los centros urbanos.

Como la libertad, la igualdad y la fraternidad solo pueden estar basadas sobre el orden, la disciplina y el apego a los intereses generales, seremos partidarios, en lo que respecta al ejército, de que el país esté cada vez más amplia y más sólidamente capacitado para defenderse; en lo que se refiere a la religión, de que se respeten todas las creencias y especialmente el culto que practica la mayoría de los argentinos; y en lo que toca a la cuestión social, de que se apoyen con calor las legítimas reivindicaciones de los empleados y de los obreros, rechazando las inducciones disolventes y los ataques a la propiedad, que en países bien organizados no es un privilegio, sino la recompensa y la sanción del trabajo. El equilibrio social no se obtendrá anulando fuerzas históricas y destruyendo las fortunas de los menos, sino creando nuevas fuentes de vida y aumentando el bienestar de los más.

Libres de todo compromiso político o financiero, y convencidos de que elevar la importancia de un país es favorecer la prosperidad de cada uno de sus habitantes, apoyaremos así cuanto contribuya a hacer una Argentina más grande, no en el sentido geográfico de las fronteras, sino en el sentido elevado de la eficacia

económica, diplomática y espiritual, que debe dar a nuestro país su personalidad definitiva.

Nuestro ideal no será, pues, negativo, sino afirmativo; nuestra acción no será destructora, sino creadora. Apoyaremos todo lo que pueda enaltecer al país y favorecer al pueblo, sin cuidarnos de etiquetas partidistas. Y serviremos, lejos del patriotismo verbal, el sano patriotismo tangible, que consiste en ayudar sin interés alguno la obra del engrandecimiento común, en servir al país sin servirse de él.

En horas en que asistimos al doloroso sacrificio de los pueblos débiles, venimos a decir una doble palabra de alerta y de optimismo; venimos a recordar que la verdadera y definitiva grandeza argentina está todavía por hacer; venimos a afirmar la convicción de que los argentinos la haremos, no con discursos y doctrinas, sino con el empuje de nuestra inteligencia y de nuestros brazos.

II. La bandera y el himno

Cierta asociación acaba de formular una petición en el sentido de que se prohíba ejecutar el himno nacional y llevar la bandera argentina en las manifestaciones públicas. A pesar de las razones que se aducen y del pretendido «respeto hacia los símbolos nacionales», la simple enunciación de esta idea levantaría en cualquier país de Europa un inmediato clamor hostil.

Aquí vemos con indiferencia que en vez de la bandera nacional, ondee al viento una tela desteñida, unas veces gris, otras verde y otras completamente blanca; asistimos, sin inmutarnos, a la apología del antipatriotismo, permitiendo que se levanten tribunas desde las cuales se ridiculizan nuestras glorias y se abomina la idea de patria; leemos, sin indignación, que hay regiones de nuestro territorio donde niños nacidos en este suelo, y por lo tanto ciudadanos argentinos, no saben articular una palabra en el idioma nacional; y estamos tan adormecidos y dispersos, que esta nueva fantasía no nos conmueve.

Sin embargo, somos hijos de un país cosmopolita, donde la nacionalidad se viene acumulando con ayuda de aportes disímbolos, y a veces contradictorios, que exigen un especial esfuerzo de conglomeración; y la lógica más elemental debiera decirnos que lo que aquí se impone antes que nada es difundir y afianzar el sentimiento nacionalista por medio del razonamiento, el color, el sonido, los

recuerdos y cuanto concurre a mantener en el alma esa maravillosa emoción colectiva que se llama el patriotismo.

Así vemos, por ejemplo, que Norteamérica, país de inmigración como el nuestro y colocado por los hechos ante el mismo problema, lejos de hacer de la bandera y del himno un artículo de lujo, reservado a circunstancias y clases determinadas, entrega los símbolos y las concreciones de la nacionalidad a la masa popular, que al adoptarlas y al hacerlas suyas en todas las circunstancias de la vida, les da su verdadero alcance y su significación final.

La bandera norteamericana la vemos en el escenario de los teatros, en los artículos de comercio, hasta en los cigarrillos y en los pañuelos de manos. Quien desembarca en Nueva York no halla otra cosa en las vidrieras, en los balcones de las casas, en los tranvías y en los carteles.

Lo mismo ocurría, antes de la guerra, en Alemania y en Francia. En Buenos Aires mismo, ciertos productos extranjeros usan en su propaganda, para atraer las simpatías de los connacionales, el símbolo del país de origen.

La bandera y el himno son, en realidad, la mirada y la voz de un conjunto nacional. Aquí se pretende que nuestra nacionalidad sea sorda y ciega, o, por lo menos, que solo recupere el uso de esos sentidos en circunstancias especiales.

Si la fantástica petición que comentamos fuera aceptada, llegaríamos a sancionar inverosímiles paradojas. Las colectividades extranjeras residentes entre nosotros podrían desfilar libremente a la sombra de sus banderas, y los únicos que no podrían desplegar la suya serían los argentinos. El himno francés, es decir, la Marsellesa, resonaría en las calles cada vez que así lo quisieran los transeúntes, pero nos estaría vedado lanzar al aire las notas del himno argentino. La bandera roja, símbolo de los ensueños internacionalistas y de la negación de la patria, podría ser levantada en todas las plazas públicas, y la bandera argentina, representación de nuestro núcleo independiente, no podría salir a la calle.

Parece inútil insistir sobre las consecuencias que crearía semejante estado de cosas. Si hay núcleos políticos que abusan de los símbolos nacionales, el buen sentido público se encargará de hacer justicia. Pero no pongamos en el comienzo de una nacionalidad que necesita como pocas ensancharse y afirmarse por la virtud de los símbolos, la traba incomprensible y peligrosa que nos proponen.

Lo que nuestra república cosmopolita y poco coherente exige, no es que se concrete la nacionalidad en un grupo dirigente, que en ciertos momentos ha estado lejos de ser la mejor expresión de nuestro conjunto, sino que se expanda y se difunda hasta invadir todos los cerebros y todos los corazones para amalgamarlos, no ya en un simple conglomerado material, sino en un conglomerado más completo y más alto, que dé a todos un punto de partida en el pasado y un punto de mira en el porvenir, sancionando la verdadera continuidad solidaria que ha sido el secreto de las más grandes fuerzas históricas.

III. Industrias nacionales

Alguien ha venido hoy a verme y me ha dicho: —Juzgue usted mismo, señor. Yo había fundado con mis ahorros y algunos pequeños capitales amigos una fábrica; pero fueron tales los impuestos y las trabas, que me arruiné, y tuve que renunciar a ser fabricante. Ahora vendo el mismo producto importado, y gano el dinero que quiero. ¿Qué criterio económico es este? Un argentino fracasa cuando elabora productos nacionales, cuando aumenta la riqueza común, cuando da ocupación a los obreros del país; y ese mismo argentino prospera cuando se pone al servicio de una fuerza económica extraña, cuando contribuye a que su país sea tributario, cuando alimenta a los obreros de Londres o de Nueva York. Confieso, señor, que no comprendo una palabra. Los programas financieros, ¿se harán en el manicomio?

La protesta no puede ser más justificada. Lo que ocurre entre nosotros con las industrias nacionales es algo paradojal.

En momentos en que los pueblos llegan hasta desencadenar guerras enormes para dominar los mercados mundiales y colocar el excedente de los productos de su industria, nosotros estamos sofocando y combatiendo la vida propia que surge en el país espontáneamente. En Europa y Norteamérica se rodea a la industria de cuidados; aquí se la hostiga.

Un extraño idealismo librecambista ha llevado a ciertos hombres públicos a ahogar por teoricismo los brotes que surgen al conjuro de la fuerte salud de nuestra tierra, olvidando que los pueblos que no manufacturan los productos nunca son pueblos verdaderamente ricos, sino *pueblos por donde la riqueza pasa*, puesto que, lejos de quedar esta en el país, tiene que ir al extranjero, a cambio de lo indispensable para subsistir.

«Nuestra fortuna, dicen algunos, está en la tierra, y como esa ha sido la fuente de la prosperidad argentina, no debemos pensar en otra cosa.» Olvidan que, hasta hace cincuenta años, los Estados Unidos fueron un país exclusivamente ganadero y agrícola; pero que su verdadera grandeza no empezó hasta que, después de fabricar lo que necesitaban para su existencia, derramaron los frutos de su labor y de su inventiva sobre el mundo.

En la Argentina tenemos casi todas las materias primas, y ahora, con el petróleo, hasta el combustible barato. ¿Por qué hemos de renunciar al deseo de igualar a otros pueblos, al orgullo de bastarnos, a la fabulosa prosperidad que nos espera? El grado de civilización, de capacidad económica, de eficacia activa de los países se mide por su aptitud para transformar los productos de la tierra. Los que solo exportan materias primas son, en realidad, pueblos coloniales. Los que exportan objetos manufacturados son países preeminentes. Sin dejar de fomentar la ganadería y la agricultura, base de nuestra vida, podemos, para bien de todos, ensanchar gradualmente el radio de las actividades, hasta ser al fin un país completo, digno de su pasado y de su porvenir.

No nos dejemos detener por las observaciones primarias de los economistas, que solo ven el momento en que se encuentran y la ventaja inmediata.

Los que arguyen que aumentará el precio de los artículos olvidan que, precisamente desde el punto de vista obrero, la industria resulta más necesaria. Abaratar las cosas en detrimento de la producción nacional, es ir contra una buena parte de aquellos a los cuales se trata de favorecer, puesto que se les quita el medio de ganar el pan en la fábrica. Disminuir el precio de los artículos y aumentar el número de los desocupados resulta un contrasentido. Interroguemos a los millares y millares de hombres que hoy pululan en las calles buscando empleo a causa de las malas direcciones de la política económica; preguntémosles qué es lo que elegirían: vivir más barato o tener con qué vivir. ¿De qué sirve al obrero que baje el precio de los artículos, si no obtiene con qué comprarlos?

El temor a la vida cara es uno de los prejuicios económicos más atrasados y lamentables. La vida es siempre tanto más cara cuanto más próspero y triunfante es un país. Todo se abarata, en cambio, en las naciones estancadas y decadentes. La vida es barata en China, y cara en los Estados Unidos. Pero como los salarios van

en proporción con la suma de bienestar de que esos grupos disfrutan, la única diferencia es que unos pueblos viven en mayúscula y otros mueren en minúscula.

Todo esto, sin contar con que las colectividades tienen intereses superiores a las conveniencias de sus miembros. Ningún estadista merece crédito, si no sabe ver a cincuenta años de distancia. Y nosotros debemos encarar estos asuntos con los ojos puestos en la Argentina de 1980, en el fabuloso foco de riqueza, de abundancia y de felicidad que puede ser esta tierra si, abandonando la política de la causalidad, entramos de lleno en la vía experimental, estudiando lo que se ha hecho en otros casos y trazando verdaderos planes de engrandecimiento.

Pese a los intereses que habrá que herir irremediablemente, la Argentina tendrá que ser cada vez más parca en sus importaciones y cada vez más abundante y magnífica en su producción industrial, en su irradiación sobre el mundo. Metales, maderas, cueros, lanas, productos de todo orden y todo género tendrán que ser trabajados y valorizados por la fuerza y el ingenio de nuestros compatriotas, hasta llegar, no solo a suplantar a nuestros proveedores actuales, sino a competir con ellos fuera del país en uno de esos empujes poderosos y creadores de los grandes pueblos.

Aprovechando la situación especial que determina la guerra, debemos hacer, pues, lo posible para crear los resortes que nos faltan y no pasar de la importación europea a la importación norteamericana, como un cuerpo muerto que no puede moverse por sí mismo, y siempre tiene que estar empujado por alguien.

El país exige una política práctica. En vez de gastar millones de pesos para hacernos representar en la Exposición de San Francisco con simples fines de vanidad superficial, debimos hacer en nuestro país, con la modestia que impone la crisis mundial, una gran Exposición general de productos industriales argentinos, para revelar a nuestro propio pueblo su capacidad, hacer que nuestras industrias puedan salir a la calle sin disfraz, destruir el prejuicio contra los productos nacionales y fomentar el desarrollo de las mejores fuerzas. Basado en estas consideraciones, vengo a dar el grito de alarma. No se trata de teorías de proteccionismo o librecambio. Se trata de una enormidad que no puede prolongarse; el proteccionismo existe entre nosotros para la industria extranjera, y el prohibicionismo, para la industria nacional. Si queremos favorecer, no solo los intereses de los habitantes de nuestro territorio, sino las exigencias superiores de la

patria; si deseamos trabajar para el presente y para el porvenir, tendremos que prestar atención a lo que descuidamos ahora. Se abre en el umbral del siglo un dilema: la Argentina será industrial, o no cumplirá sus destinos.

IV. Un boicot inadmisible

Una compañía ferroviaria que saca de nuestra sangre nacional los dividendos cuantiosos que paga en el extranjero, pretende boicotear los productos argentinos imponiendo a los concesionarios de sus cafés y *restaurants* el compromiso de no comprar nada a los fabricantes del país. En este hecho sintomático, que no comprendemos cómo ha permanecido ignorado hasta ahora, hay dos severas enseñanzas para nuestro gobierno.

La primera es el ejemplo que deriva de la vigorosa solidaridad de los ingleses, que, aun en tierra lejana, viajan, por así decirlo, con su nacionalidad y con su atmósfera, llevando a todas partes la voluntad inquebrantable de ensanchar su comercio y proteger su producción.

La segunda subraya el visible abandono argentino, sin el cual no se producirían estas incongruencias. Aquí cualquier concesionario obtiene sin dificultad permiso para introducir, sin gastos de Aduana, útiles, víveres o materiales de construcción que podría adquirir en el país.

Cuando hacemos un contrato con capitalistas o ingenieros extranjeros, no estipulamos nunca en qué proporción se favorecerá la producción argentina, cuál será el porcentaje de los nacionales en el personal, ni en qué forma se evitará que la empresa sea un canal de infiltración y un tentáculo para absorber nuestras fuerzas económicas. Hacemos las cosas a la buena de Dios, salga lo que saliere, sin la más vaga sospecha de concepción general, atendiendo solo a ventajas subalternas y apresuramientos pueriles,

Y es tiempo de que reaccionemos contra la desidia que nos abandona al capricho de los capitalistas internacionales, no solo en lo que se refiere al consumo de nuestros productos, sino también a las tarifas, reglamentos y cuanto debiera ser base de prolijas estipulaciones.

Así se explica que las grandes empresas que se enriquecen en nuestro país, nos traten con un desdén que en cierto modo merecemos, por nuestra incapacidad para la defensa. Empleando una frase familiar, podemos decir que nos llevan a remolque,

sin guardar la consideración que tendríamos derecho a exigir como nación autónoma.

Las malas costumbres que imperan y contra las cuales conviene reaccionar si queremos mantener erguido nuestro orgullo, han llevado a algunos hombres públicos a supeditar su acción a la de esas empresas, aceptando puestos de abogados consultores u otros análogos que los incapacitan para resolver imparcialmente los asuntos que más hondamente afectan al Estado.

Esa confusión de los intereses nacionales con los intereses particulares es la que ha hecho posible, en último resorte, la situación extraña en que nos coloca la preeminencia de varias entidades extranjeras, que se olvidan de la ley y del público, seguras como están de contar con apoyos superiores.

La opinión reclama desde hace tiempo una reacción contra estas prácticas lamentables. El pueblo argentino ha soportado en silencio el aumento de tarifas y todo género de molestias, pero no puede inclinarse cuando los extraños vienen a declarar en el propio seno de la república un boicot inadmisible a nuestros productos, hiriendo así a la vez los intereses y la dignidad de la nación.

Los derechos de transporte que oprimen a la producción nacional y crean anomalías tan extrañas como la que hace que una botella de vino argentino se venda en la Asunción del Paraguay a más alto precio que una de vino francés, constituyen una especie de prohibición mediante la cual ciertas naciones obstaculizan en nuestro propio suelo el desarrollo de las fuerzas vitales. Y esto es tanto más inadmisible cuanto que, como consecuencia de las nuevas tarifas, los argentinos estamos pagando indirectamente un impuesto de guerra en favor de los que tan extrañamente nos olvidan.

Nuestro país no puede ser campo abierto a las especulaciones sin contralor, y en la sana reacción nacionalista que hoy enciende al mundo, ha llegado el momento de que nuestros hombres de gobierno dejen de lado simpatías y amistades, conveniencias y ambiciones, para velar, estricta y severamente, sobre el porvenir del grupo cuyos destinos dirigen.

V. Una huelga

Los procedimientos de la policía de la provincia han dado margen a un doloroso conflicto. A raíz de una huelga impetuosa, un obrero ha sido sacrificado por los

gendarmes puestos al servicio de una compañía extranjera. Este hecho inesperado abre la puerta a confusas agitaciones y pone de manifiesto las supervivencias que nos llevan a hacer de la autoridad una fuerza de represión en vez de una fuerza de equilibrio. Al protestar contra el hecho y al colocarnos del lado de los obreros contra las autoridades y contra las exigencias de la compañía, no hacemos más que cumplir con un deber.

Estamos con los trabajadores, porque consideramos que su reivindicación sobre las ocho horas de trabajo es una de las más razonables entre las que desde hace largos años se formulan. Son innumerables las empresas que, adelantándose a toda legislación, la han implantado en sus talleres, sin que la producción se resienta. Y solo los espíritus retardatarios pueden obstinarse en obstaculizar ese progreso. Censuramos a la policía porque sabemos, por reciente experiencia, hasta dónde puede llegar la precipitación de los que confunden el orden con el sometimiento. Y estamos lejos de apoyar a la refinería de Campana, porque, en realidad, solo se trata de una rama de la West India Oil Company, instalada en nuestro país para transformar la materia prima que recibe del extranjero y hacer competencia a nuestros propios yacimientos petrolíferos de Comodoro Rivadavia. Defensores de las riquezas nacionales, no podemos considerar como industria nacional la transformación de productos importados, cuando esos mismos productos existen en el país.

El desgraciado conflicto que nos ocupa plantea cuestiones de capital importancia. Al problema de las relaciones del capital con el trabajo, al de la actitud de las autoridades en las manifestaciones y al de las empresas de transformación que perjudican a las industrias nuestras, se añade otro problema que surge de la conversación sostenida por un enviado especial de nuestro diario con el gerente de la refinería.

El teoricismo librecambista de algunos de nuestros políticos tiene que perjudicar, como ya tuvimos ocasión de señalarlo, a los mismos obreros a los cuales se trata de favorecer, porque de nada le vale al proletariado que disminuya el precio de los artículos, si al mismo tiempo, a consecuencia de la declinación de las industrias nacionales, se amenguan sus salarios, poniéndole en la imposibilidad de comprarlos. Conviene más la vida cara en un país próspero, que la vida barata en una nación en ruinas. En este orden de ideas hay que tomar nota de la declaración

que comentamos: «Accederé a las pretensiones de los obreros, si los diputados que han propuesto la rebaja de las tarifas del petróleo retiran su proyecto».

No somos agitadores. De nuestra mesura y prudencia para abordar la cuestión social hemos dado prueba en repetidas ocasiones, y nuestra separación del Partido Socialista a raíz de las incidencias que todos conocen, es garantía suficiente de serena ecuanimidad. Adversarios de ideologías y de sistemas que puedan hacer peligrar la vitalidad del país, rechazamos la lucha de clases y las agrias reivindicaciones que parecen ser la base del programa extremista; pero, por lo mismo que queremos la concordia social y la colaboración de todos los hombres dentro del engrandecimiento nacional, somos partidarios de que se respeten los derechos individuales y de que se defienda la dignidad del obrero.

Es hora de que abandonemos, no solo en la capital, sino en toda la extensión de nuestro territorio, los procedimientos capciosos que colocan a la autoridad, juez supremo y prescindente, a la zaga de esta o aquella tendencia, de estos o aquellos intereses. El poder público no tiene clase social, no tiene partido, no tiene parcialidades. Es el mandatario común y debe respetar igualmente todos los derechos.

Si nos ocupásemos un poco menos de política y un poco más de principios, instituciones e intereses generales, los sucesos hubieran tenido una resonancia aun mayor. En cualquiera monarquía de Europa el hecho provocaría interpelaciones y amplios debates. En nuestra república casi hemos estado a punto de callar. Y lo peor de todo es que en este asunto pesa más que el olvido de los intereses del obrero el exagerado respeto a los intereses extraños, dolorosa costumbre contra la cual hay que reaccionar resueltamente, si queremos conservar nuestra personalidad.

VI. El pueblo y la violencia

El estado de sitio, las persecuciones, la arbitrariedad en todas sus formas, solo sirven para vigorizar la acción de los partidos revolucionarios.

Hay cierta candidez en suponer que bastan unos cuantos decretos con firmas nerviosas al pie para contrarrestar los deseos de la masa popular y ahogar en germen sus aspiraciones. A una declaración de guerra se contesta con otra; y no es

posible saber quién triunfará definitivamente, si se encuentran en presencia dos fuerzas irreductibles.

La legalidad establecida es aceptada a condición de que mantenga los derechos que ella misma concede. Pero cuando el poder los viola, rompe el tácito convenio y echa mano de armas nuevas y antojadizas; las víctimas se preguntan si la legalidad tiene dos caras: una para los de arriba y otra para los que, sin desearlo, los sostienen. Destruida la legalidad por los mismos que en ella se escudan, nada puede retener a los que la toleraron sin haber contribuido algunas veces a crearla. Si en los comienzos pudieron sentirse cohibidos por las artificiales leyes del duelo, recuperan con la ruptura todos sus recursos, y con ellos, el derecho de rechazar la agresión como convenga. Dentro del respeto mutuo todo puede ser discutido serenamente; fuera de él se desvanecen las equidistancias y solo queda en presencia, de un lado, la tiranía, recurriendo a todas las injusticias para perpetuarse; del otro, la libertad, que, como todo lo que tiene alas, busca su salvación en la altura.

La situación creada por recientes sucesos no puede ser más clara. Si el poder, renunciando a los propósitos conciliantes, se deja llevar a persecuciones, la democracia se hará invulnerable, dentro de su energía serena. Ni el rigor, ni las dádivas, ni las concesiones parciales, ni las leyes restrictivas pueden modificar sus propósitos y su acción. Dispuesta a discutir pacíficamente y a aprovechar las buenas disposiciones para realizar reformas y atenuar injusticias cuando la oportunidad se presenta, pero decidida también a defender su organización por todos los medios contra los que pretenden destruirla -a igual distancia de los arrebatos prematuros y de los desfallecimientos culpables-, es un bloque de piedra capaz de resistir a todo. ¡Si el rayo la hiere, ella también sabe esgrimir el rayo!

Pero el valor no consiste en lanzarse a todas las empresas, sino en sobreponerse al ímpetu y saber medir cuáles son las que tienen probabilidades de éxito. Las provocaciones suelen ser un ardid para encender las cóleras y justificar hábiles represiones. El pueblo, consciente de sus responsabilidades y de sus destinos, debe saber evitar los lazos que le preparan, delimitar las fronteras entre su acción y la de ciertas agrupaciones y dar la sensación de un gran conjunto seguro de su verdad. En épocas normales todo lo espera de la eficacia de sus razones, y sólo recurre a la agitación en último extremo para defender el ideal.

VII. Neutralidad

En estos momentos angustiosos en que un conflicto sin precedentes revoluciona las consciencias, nada es más difícil que observar la serenidad y mantener la estricta equidistancia entre los bandos. De acuerdo con las circunstancias individuales, las analogías, las lecturas o las inducciones, el ánimo de los que nos hallamos al margen de la acción obedece a la ley fatal de las simpatías, ley que nos lleva en todo momento o lugar a tomar partido, aun en las cosas que son ajenas a nuestros intereses o atribuciones. El derecho de opinar es una de las prerrogativas sagradas del individuo, y en medio de un terremoto de nacionalidades, durante el cual pueden encumbrarse o naufragar enormes núcleos humanos que representan las fuentes principales de la civilización contemporánea, sería vano exigir una actitud indiferente y fría, ajena a las corrientes de la atmósfera y a la trepidación del planeta en que vivimos. Pero dada la situación especial de la Argentina, donde, rindiendo culto a la amplitud de nuestra Constitución, se han acumulado todos los componentes étnicos y donde, confiados en nuestra hospitalidad, coexisten importantes núcleos de las diferentes naciones que hoy se hallan en lucha, sería oportuno prevenir incidentes que pueden nacer de los más nobles entusiasmos y evitar que la natural gradación de las noticias y el creciente interés que ellas despiertan nos lleven a apasionamientos que, al lastimar el legítimo patriotismo de algunos, darían a la discordia, enseñoreada del mundo el refuerzo de nuevas animosidades, suscitadas por reflejo y sin razón fundamental entre nosotros.

Nos hallamos en uno de los momentos más graves de la historia de la humanidad. Muchos millones de hombres, que representan a las naciones más fuertes del mundo y hacen flamear las banderas más prestigiosas del planeta, van a cruzar las armas en un vértigo de muerte, y las vastas extensiones cultivadas, las capitales universales, los emporios de riqueza, pueden ser barridos por el ala oscura en medio del clamor de las mujeres, los niños y los ancianos, que en muchos casos rodarán también, sujetos a la ciega fatalidad de las catástrofes. Todos, sea cual sea el grupo nacional a que pertenecen, cumplen con su deber defendiendo los intereses de la colectividad dentro de la cual han nacido; y en el intenso dolor de estas horas en que se desvanecen los ensueños pacifistas de los últimos años,

merecen, sin distinción de raza ni de idioma, el sentimiento de respeto que inspiran los sacrificios trascendentales.

Habitantes de un continente que escapa al contagio del flagelo que va atacando una a una a todas las naciones de Europa, conviene que nos dispongamos a asistir al imponente espectáculo con recogimiento, porque hasta nuestras mismas predilecciones ganarán eficacia y prestigio si las acompañamos constantemente de cortesía para todos los pueblos y si las despojamos de inútiles tendencias retadoras. Lejos de entregarnos a ciegos apasionamientos, observemos las fases del conflicto, salvaguardemos nuestros intereses en la espantosa crisis mundial que se anuncia y tengamos un punto de vista propio, para completar nuestro aprendizaje de nación con las enseñanzas que fluyen de la contienda. Así fortificaremos la salud del país, desgarrando falaces ilusiones, derribando inútiles prejuicios, adquiriendo mayor experiencia, robusteciendo el deseo de perdurar y alcanzando el vigor definitivo que pondremos al servicio del ideal que nos seduce.

VIII. La paz en América

Señor presidente de la Federación Universitaria Argentina:

Leo en los diarios la feliz resolución que ha tomado la Federación Universitaria en lo que se refiere a la paz en América, y me permito enviar a usted, y por intermedio de usted a todos los estudiantes argentinos, las más entusiastas felicitaciones.

Las dificultades que existen entre Chile, Perú y Bolivia pueden ser discutidas y resueltas al margen de violencias inútiles, dentro de la fraternidad hispanoamericana, en un ambiente de deferencia y respeto. Provocar nuevas guerras sería ofrecer a los extraños fácil oportunidad de censura, y hasta propicia ocasión para intervenciones contrarias a nuestra dignidad continental. Lo que nuestra América necesita es paz, trabajo y cordura: paz, para estabilizar la vida; trabajo, para valorizar la riqueza, y cordura, para prever el porvenir. Una desavenencia como la que nos amenaza, destruiría cuanto somos y cuanto podemos ser, cuanto ha realizado cada república aisladamente y cuanto pueden alcanzar mañana todas en conjunto.

La guerra mundial que acaba de extinguirse no ha hecho más que descontentos, y debiera alejar a la humanidad de la violencia por muchos siglos. Nuestra tendencia a imitar no puede ser tan incurable que nos lleve a pretender tener también una

hecatombe para competir con Europa en civilización. Durante un momento de locura universal, nuestra superioridad ha consistido precisamente en abstenernos de arrojar leña a la hoguera en que se consumía la prosperidad del mundo. Los que en Europa nos llaman salvajes tuvieron que reconocer, aunque fuera tácitamente, que fuimos, por lo menos en un instante, más sensatos que ellos.

Pero si nos lanzamos a nuestra vez al precipicio, no tendremos siquiera la excusa que pudo ser en su tiempo el contagio del desequilibrio general, y seremos para la historia los aturdidos y los empecinados que ven descarrilar el convoy que les precede y siguen por el mismo viaducto, presas de una fatalidad suicida.

El verdadero problema de América no es el de saber quién extenderá más sus límites a costa del vecino, cosa que solo puede dar por resultado una ampliación en el mapa, dado que se trata de países de suyo tan vastos, tan poco poblados y tan sobrados de riquezas no valorizadas aún; el verdadero problema de América no es el de destruir, sino el de crear realmente las nacionalidades en sus fundamentos económicos, diplomáticos y culturales, emancipando a las patrias jóvenes de sujeciones y apoyos molestos, y coordinando la acción superior de ellas para que puedan tener mañana una voz propia y una actitud independiente en los debates del mundo.

Mantener la discordia, con cualquier pretexto que sea, es olvidar lo grande por lo pequeño y prolongar la debilidad en que nos encontramos todos ante las potencias imperialistas. Por eso es digna de encomio la actitud de una juventud que levanta en medio de las pasiones una amplia bandera de paz, bajo la cual puede cobijarse el derecho y la dignidad de todos, y a cuya sombra se ensancha nuestro propio patriotismo argentino, manifestando una inquietud solidaria ante el porvenir de los pueblos hermanos.

IX. La segunda guerra

En medio del remolino, hemos evitado cuanto pudiera dejar sospechar parcialidades que siempre contribuyen a enconar pasiones. El choque es tan vasto y tan brutal, que el ímpetu se comunica a los de afuera, creando antagonismos irreductibles entre los neutrales y difundiendo de la manera más peligrosa el desconcierto y la desunión en el mundo. De aquí que, sofocando los comentarios que brotan al calor de las batallas, nos vengamos manteniendo en el papel de simples espectadores,

atentos solo a avalorar las consecuencias y resultados que puede tener el choque para la república y para el continente.

Entendemos que es este nuestro deber. La conmoción actual remueve intereses tan complicados, que hasta las más lejanas regiones se sienten heridas por ella en sus bases durables. Por encima de las preferencias instintivas que a nada conducen si no es a aumentar la discordia, puesto que tienen que chocar con opiniones contrarias, entendemos que urge estudiar los perjuicios o las ventajas que el conflicto nos reporta como nación y prever las consecuencias que de él pueden derivar en el lejano porvenir.

Tal ha sido, por lo menos en análogo caso, la actitud de los Estados Unidos, país que citamos porque el hecho de denunciar los excesos de la política imperialista, no nos impide tener el espíritu abierto a todos los horizontes y tratar de completar nuestra vida con las observaciones y ejemplos de los pueblos que van a la cabeza de la civilización.

El discurso pronunciado por el presidente Wilson subraya la visión independiente, que se impone en estos momentos a los países conscientes de su situación. El mandatario yanqui no se ha preguntado adónde iban sus simpatías, sino cuál era la situación de su país en el conflicto y qué fenómenos podían resultar para el porvenir en lo que toca a la nacionalidad norteamericana. De aquí que agite la cuestión de los armamentos y haga un alegato en el sentido de que los Estados Unidos extremen su poder militar. No se trata de un sentimentalismo bélico que se incline a uno u otro de los bandos, sino de una previsión altiva y áspera, de una clara noción de las realidades de la era imperialista en que entramos, que le lleva a medir las contingencias y a prepararse para afrontarlas.

A nadie escapa que la liquidación de la guerra pudiera llegar a ser más grave que la guerra misma. Desencadenadas las pasiones y los apetitos, rotas las vallas que detenían el ímpetu de los pueblos, nada resultará más difícil que nivelar, aquietar y equilibrar las olas.

Los Estados Unidos han acaparado desde el principio de la lucha buena parte de la riqueza mundial. A cambio de armas y provisiones, han obtenido las reservas de oro. Por otra parte, el comercio norteamericano se ha sustituido al comercio europeo. La mayor parte de los mercados que antes estaban en manos de los países del Viejo Continente han pasado a poder de la república del Norte. Esto crea

una situación particularmente peligrosa. Cualquiera que sea la solución de la guerra, triunfen los aliados o los germanos, el grupo victorioso se encontrará en una Europa desolada, donde no será fácil imponer cuantiosas indemnizaciones, con el problema de la crisis, el déficit y la ruina comercial. La riqueza y el intercambio habrán sido absorbidos por la gran nación yanqui. Es el momento en que puede abrirse fácilmente un nuevo conflicto. Tarifas aduaneras, rivalidades de navegación, detalles secundarios bastan a veces para precipitar un choque.

Este posible conflicto, así como las incidencias o episodios que deben prepararlo, tiene que ser objeto de estudio y meditación de parte de nuestras repúblicas, cuyos derroteros especiales y diferentes no cabe confundir con los de ningún otro grupo.

La Argentina, especialmente, tiene que hacerse, concertando su acción con la de las repúblicas hermanas cuya situación es idéntica, una composición de lugar que le permita preparar con su acción de hoy las posibles actitudes de mañana. No podemos dejarnos sorprender por los acontecimientos ni condenarnos a improvisaciones aventuradas. Es necesario definir los itinerarios, delimitar las intenciones, encarar las emergencias probables y tener en el secreto de la Cancillería soluciones aplicables a todas las contingencias posibles, para que sean preservados los derechos de la nación.

La guerra actual, como el cólera en otros tiempos, ha ido saltando por sobre la lógica y por sobre las fronteras, para extender su dominio sin cortapisa alguna. Basta una chispa que pase de un continente a otro, para que al conjuro dé los intereses o de las ilusiones se propague el incendio en el Nuevo Mundo también. Las palabras del presidente Wilson nos dan la voz de alarma. Hay que meditarlas. No para plegarnos a su actitud, sino para investigar, al margen de toda presión o simpatía, sin más norma de conducta que nuestro derecho a vivir, cuál puede ser, desde nuestro punto de vista especial, en este derrumbe de todos los principios, la política que se impone. La guerra marca un retroceso de los idealismos, y hay que abandonar dolorosamente la poesía para hacer política práctica.

X. Reclamación patriótica

No somos de los que avivan las pasiones tumultuosas. No figuramos entre los que aprovechan los incidentes para dar libre salida a sus parcialidades en favor o en

contra de los países que se entrechocan en Europa. Es con el ánimo libre de toda prevención y todo apasionamiento que consideramos el caso desde nuestro punto de vista exclusivamente argentino, sin subordinarlo a las simpatías que podamos tener dentro del conflicto europeo.

Una de las naciones beligerantes ha capturado un barco que lleva nuestra bandera, bajo pretexto de que ese barco pertenece a una compañía en la cual tienen parte ciudadanos de otra nación, beligerante también. La conciencia nacional se rebela contra el procedimiento. Si hasta ahora nos hemos abstenido en la guerra actual, ha sido porque queríamos que nuestra neutralidad fuera respetada. Débiles y pequeños en medio del conflicto, hemos permanecido equidistantes, y creíamos merecer por nuestra actitud la consideración y la deferencia de los dos bandos. Una medida incomprensible nos coloca de pronto ante la obligación de hablar en salvaguardia del respeto que merece nuestro país.

Si admitiéramos que Inglaterra puede detener un barco con bandera argentina bajo pretexto de que su propietario es alemán, sancionaríamos que Alemania está facultada para apoderarse mañana de nuestros ferrocarriles argumentando que pertenecen a compañías inglesas. La guerra es una cosa y los derechos de nuestra nacionalidad son otra cosa. Pasan a segundo término las simpatías, y sólo queda en pie el decoro nacional.

El atentado es más inexplicable porque se ha perpetrado sobre un barco que no llevaba el menor contrabando de guerra, que era un simple medio de transporte para nuestros connacionales y que representaba, entre puertos argentinos, un vehículo indispensable para el tráfico normal.

La bandera que flameaba ha sido arrollada, y es en defensa de nuestros derechos, que no pueden hallarse librados al capricho de extraños, por poderosos que estos sean, que levantamos la voz para pedir que el gobierno inicie la reclamación que corresponde. Neutral entre los dos núcleos en lucha, sin preferencias ni animosidades, respetuosa de todos los países, pero celosa de lo que lastima nuestra dignidad, la opinión pública pide justicia.

Un gran movimiento de altivez patriótica ha sacudido a la juventud, y todos han comprendido que por encima de las preferencias, los apasionamientos y las simpatías que asoman en favor de uno u otro de los grupos beligerantes, está el vigor del sentimiento argentino y la integridad de la soberanía nacional.

Francófilos, germanófilos, parciales de una u otra tendencia, todos se sienten heridos por la ruda agresión, que nos crea una situación especialísima y nos coloca frente a un país europeo ligado a nosotros por el comercio y por los intereses. No ha habido quien defienda el acto cometido por el gobierno inglés, porque no puede haber quien sancione que la comunicación entre los puertos argentinos, la vida interior del país y nuestra propia bandera puedan estar librados al capricho de otra nación. Pero es indispensable que la opinión pública siga acentuando su presión, para que el hecho no quede impune y para que sacuda al fin el sopor de nuestra diplomacia.

Mientras la Cancillería da curso a la nota tradicional, la juventud, ajena a las sutilezas protocolares, exterioriza su protesta en las calles. Lo que más hondamente impresiona es la sensación de que el acto que nos ocupa no es un hecho aislado, sino la primera manifestación de un procedimiento que está a punto de ser aplicado a otras líneas, llegando hasta determinar un entorpecimiento en las comunicaciones interiores de todo el país. Un nuevo barco se halla amenazado. Numerosos argentinos trabajadores y absolutamente ajenos al conflicto han sido llevados a Montevideo y traídos después a Buenos Aires, donde se hallan, desprovistos de recursos, porque no se les deja circular libremente dentro de su propio territorio. Es intolerable que los pueblos que están en lucha en Europa fiscalicen nuestra vida y lleguen hasta atribuirse el derecho de arriar nuestra bandera. Lo que ha hecho Inglaterra en este caso, puede pretender hacerlo mañana Alemania o cualquier otra nación. Y no es posible transformar a la Argentina en un *ring* donde miden sus fuerzas los campeones del mundo.

Tenemos derecho a vivir en paz en nuestra casa. ¿Qué diríamos de un invitado que pretextando sus resentimientos con otro lo atacase en medio de una comida, empujase a los criados y comenzara a dar órdenes? En nuestro territorio sólo manda nuestro gobierno; y la reclamación que se gestiona traduce un anhelo general que nace de lo más intimo de la patria argentina, hospitalaria para todos los pueblos, amiga de todas las naciones, pero celosa de su personalidad.

Nunca se insiste demasiado sobre un asunto vital. Cerrando los ojos no disiparemos la nube. La tímida defensa que se ensaya no resiste al análisis. Decir que el capitán del barco era extranjero, es olvidar que el hecho de haber tomado carta de ciudadanía hacía de él un argentino como los demás, y le habilitaba, según

la Constitución, hasta para ocupar un puesto en el Parlamento. En los últimos años hemos visto llegar hasta el Senado Nacional a los extranjeros naturalizados; y sería inconcebible que si les facultamos para gobernar al país y darle leyes, no los estimemos suficientemente argentinos para pilotear un barco mercante.

Los que argumentan que se trata de una simple represalia de un navío inglés contra accionistas alemanes, no tienen en cuenta que el hecho ocurrió en aguas argentinas, bajo la bandera argentina y en detrimento de viajeros argentinos, que han tenido que interrumpir su viaje, quedando desamparados. Símbolo de los tiempos y de la extraña subversión de principios es el hecho de que mientras los extranjeros asaltan nuestros barcos, los argentinos tienen que ser recogidos en el Hotel de Inmigrantes.

En lo que respecta a la bandera, se dice que la que ha sufrido la injuria no es la bandera de guerra. Es el caso de preguntarse cuántas banderas tiene el país. Tan argentina es la que flota en el más humilde de los almacenes, como la que flamea en la Casa de Gobierno. Para que la ofensa exista, ¿tendremos que esperar a que lo ocurrido se renueve con alguno de nuestros acorazados?

En realidad, el hecho no admite subterfugio. O hay que protestar ampliamente, o hay que sancionar nuestra subordinación. No caben actitudes ambiguas. Las simpatías, en lo que respecta a la guerra, no deben entrar por nada en la opinión que nos hagamos sobre el conflicto.

Fundado para fomentar y exaltar, en un ambiente cosmopolita y disolvente, el sano instinto de la nacionalidad, nuestro diario se mantendrá firme en la protesta, porque pocas veces se ha presentado en la vida de nuestro país un hecho que tan hondamente afecte los intereses argentinos.

La emoción contenida, que persiste ante la brusca intervención de una nación extranjera en nuestra vida nacional, no ha dado lugar a ninguno de los arrebatos que van a veces más allá de la voluntad de los pueblos. Y en ese sereno dominio de la juventud sobre sí misma, está la más completa desautorización de los temores que llevan a algunos a ver catástrofes en las más legítimas manifestaciones de patriotismo.

Sin embargo, los desmanes represivos, que hemos podido apreciar en toda su amplitud desde los balcones de esta redacción, constituyen uno de los espectáculos más dolorosos. La muchachada patriota y desinteresada que, después de haber

pasado la semana en la escuela o en la universidad, en vez de emplear su domingo en las carreras o en vanos placeres, se lanzó a la calle movida por un gran ideal, fue perseguida en nombre de no sabemos qué presiones inexcusables.

Los que toleran mansamente que cualquier aventurero recién llegado levante su tribuna en la plaza pública para escarnecer nuestra bandera, se sintieron poseídos de una extraña movilidad combativa ante los estudiantes que hacían, sin molestias para nadie, una nueva afirmación de su fe en la nacionalidad. Que los autores y los inspiradores del atentado imaginen el efecto que ha podido producir en las almas jóvenes esa conducta, y comprenderán la mala acción que han cometido.

Pero los actos de que nos ocupamos plantean un problema de mayor trascendencia aún: el de saber si se ha reformado nuestra Constitución y si han desaparecido las libertades públicas.

Cuatro veces, en un lapso de poco más de un año, ha querido salir la juventud a la calle, movida por nobles ímpetus superiores, y cuatro veces ha sido castigada por los guardianes del orden público. La primera fue a raíz de la intervención de los Estados Unidos en México. Una racha de comunicativa solidaridad empujó los espíritus; pero el gobierno se levantó implacable, obligando a todos a callar. La segunda fue cuando en Dinant fusilaron los alemanes al cónsul argentino. La policía llegó hasta el exceso de pretender impedir las reuniones de una comisión que sesionaba en un hotel. La tercera vez fue a propósito de una película injuriosa para los sentimientos nacionales que se exhibía en los principales biógrafos. Los jóvenes protestaron con perfecta justicia, y las autoridades, lejos de suprimir la causa del desorden, se obstinaron en imponer al público el espectáculo antipatriótico, deteniendo a los manifestantes. La cuarta vez es a propósito de la incidencia marítima que se discute, y el procedimiento se acentúa de tal suerte, que se impone un comentario.

Es cosa de preguntarse si solo se permite a los argentinos la actividad subalterna y parcial de la política que hacen ministros y diputados, y si les está vedada toda preocupación superior de altivez nacional y de orgullo colectivo. Los que, como el que estas líneas escribe, se han mantenido siempre al margen de las pequeñas luchas que tienden a obtener vanos títulos y dignidades, atentos solo al bien general y al encumbramiento de la república, no pueden menos de sorprenderse ante una tendencia, que será, si se arraiga, de resultados dolorosos.

Un pueblo debe tener algo más que preocupaciones electorales. Recluirlo en esa zona, es rebajarlo irremediablemente. Y los que así limitan el horizonte no merecen la confianza de la colectividad.

Es inadmisible que las debilidades para con los de afuera se compensen con severidades para con los de adentro, estableciendo un régimen de opresión nacional y de complacencia ante el extranjero. Al margen de todas las limitaciones, queremos a la Argentina enaltecida en el orden interior por sus costumbres democráticas y honrada en el orden exterior por la altivez de sus actitudes.

XI. Último número

En tres meses de lucha, apenas cabe esbozar una dirección y balbucear un programa. *La Patria* ha afirmado, sin embargo, en tan corto tiempo sus ideas fundamentales, y al volvernos para medir el camino recorrido, podemos contemplar, por lo menos, el andamiaje de la obra que esperamos realizar.

Nacido al margen de las pasiones de partido, este diario, que ha aspirado siempre más a la gloria que a la riqueza, más a la justicia que a la popularidad, se ha mantenido ajeno a los apasionamientos de las corrientes, grandes o minúsculas, que se disputan la supremacía dentro de la nación.

Convencidos de que hasta ahora se ha cultivado demasiado el sentido especulativo de la política, descuidando los grandes problemas prácticos, hemos hablado más a menudo de ferrocarriles, minas, cultivos y líneas de vapores, que de teorías, diputaciones, ligas y asambleas electorales.

No quiere esto decir que desdeñemos la actividad ciudadana. Los grandes movimientos renovadores que se anuncian, encuentran en nosotros un franco paralelismo de intenciones. Con la ley electoral ha empezado, por así decirlo, la vida democrática del país, y nadie puede permanecer indiferente en la lucha empeñada entre los grupos surgidos directamente del pueblo y las prolongaciones de una concepción política anterior. En este orden de ideas, somos partidarios de que se renueve de una vez la atmósfera de la república, y en tal sentido apoyaremos al candidato que más nacionalmente surja de la voluntad popular.

Entendemos que los hombres deben estar al servicio de la nación, y no la nación al servicio de los hombres. Los cargos públicos solo pueden aceptarse para realizar una obra. El gobierno no es un sillón, sino un útil que se entrega a los mandatarios.

Por eso pensamos que solo resultará buen presidente el que sirva de proa a un gran empuje nacional que nos aleje de las teorías y los personalismos, que nos liberte de la intriga politiquera, que nos lleve a emprender, al fin, la gran obra de construcción nacional que se impone.

Las combinaciones de cenáculo y las inducciones de biblioteca nos han hecho perder un tiempo precioso, que pudo ser empleado en crear resortes vitales que nos faltan, y en poner en movimiento la riqueza dormida. La república está esperando que, después de tanto disputarse por gobernarla, empiecen a gobernarla al fin. Los hombres de negocios declaran que si las iniciativas no se elevan, es porque no encuentran oxígeno en las alturas.

Para reaccionar contra estos errores y defender ideales tangibles y ajenos a todo aparatoso exhibicionismo y a toda vana especulación verbal, hemos abandonado intereses y satisfacciones. Sin aspirar a nada personal, servimos necesidades generales. Trabajamos serenamente para el porvenir. Y aunque en la atmósfera enrarecida lleguen algunos a preguntarse cuál es nuestro fin, entendiendo al expresarse así que la preocupación del bien común encubre siempre fatales egoísmos, nos queda la satisfacción de saber que los que así nos han juzgado no nos han comprendido nunca.

En un momento importante de la vida argentina hemos creído cumplir con nuestro deber señalando las verdaderas direcciones, y lo hemos hecho sin jactancia y sin vanagloria. Si han podido herirnos, no nos han descorazonado, porque hay pequeñeces que no sorprenden en tiempos tan pródigos en consagraciones para los muertos y en injusticias para los vivos.

El detalle importa poco. Lo esencial es obedecer al impulso interior. Tenemos una fe ciega en el éxito final de nuestra campaña, como la tenemos en el porvenir de la gran Argentina, con la cual soñamos. Todo anuncia para la república un porvenir victorioso y seguiremos defendiendo el programa que publicamos en el primer número, convencidos de que él sintetiza los anhelos más íntimos y las necesidades más urgentes de la patria de mañana.

El diario deja de publicarse, pero las ideas quedan.

Una cuestión con Bolivia

No decimos que parece acentuarse en la diplomacia argentina una desgraciada tendencia a exagerar la docilidad ante los fuertes y a extremar la arrogancia ante los débiles, porque este procedimiento, tan ajeno a las tradiciones y a las características de nuestro pueblo, no podría aclimatarse nunca sin levantar la más clamorosa de las protestas populares. Pero es innegable que en estos últimos tiempos ha podido advertirse en la acción exterior una prudencia excesiva cuando se trataba de grandes naciones y una despreocupación hiriente cuando se hallaban en tela de juicio ciertas repúblicas hermanas.

Prevenir esta corriente es una de las necesidades vitales. Por su carácter y sus destinos, la Argentina está obligada a mostrarse ante las potencias tan inconmovible como en las primeras épocas de su historia, y ante las naciones menos fuertes tan desinteresada como cuando nuestros antepasados recorrían el continente distribuyendo escarapelas de libertad. Nada podría ser más funesto que transportar a América artificialmente las peores modalidades de Europa para crear, forzando las tendencias naturales, un estado de desconfianza que estaría en contradicción con las conveniencias y los instintos de nuestro pueblo.

El caso de Bolivia es especialmente típico, y pone de manifiesto negligencias e inclinaciones que urge corregir si queremos defender en las repúblicas hispanoamericanas el respeto y el buen nombre de la Argentina. La descortesía con que ha procedido nuestro gobierno al mantener como representante en La Paz, en momentos en que se gestiona una cuestión seria, a un simple cónsul general, mientras Bolivia enviaba a Buenos Aires como ministro a un ex presidente, que es uno de los hombres más importantes de su país y acaso de la América española, tiene que lastimar no solo a Bolivia, sino a todas las repúblicas americanas, que empiezan a creer advertir en nosotros no sé qué extraños orgullos incomprensibles.

Los que conocen el alma boliviana por haber estado en aquel país y tratado a sus hombres, miden toda la magnitud del error que se viene cometiendo. Ninguna nación más predispuesta a solucionar dentro de la dignidad y el respeto mutuo las cuestiones pendientes. El que estas líneas escribe ha conocido al pueblo boliviano en todos sus escalonamientos,

desde la masa popular, que lo ha acompañado por las calles vitoreando la unión latinoamericana, hasta la elite intelectual y los hombres de gobierno, que lo

honraron con su simpatía, y puede afirmar de una manera concluyente que en pocas repúblicas ha encontrado tan franco cariño y tan fraternal adhesión a nuestro país.

Por eso hemos declarado que las actuales diferencias podrían ser arregladas en pocas semanas por un representante de prestigio que empezara por dar a los bolivianos la garantía primera de su amistad. Quien vaya a La Paz, no debe despertar suspicacias ni cultivar susceptibilidades, sino estrechar lazos y sumar simpatías, comprendiendo el verdadero carácter de ese pueblo tan sencillo como valiente, del cual no nos separa ninguna razón atendible.

Basta de diplomacia discutidora y formulista. Es necesario que llegue a La Paz un hombre moderno, que zanje rápidamente el asunto secundario que se eterniza, para plantear entre ambos países las grandes y urgentes cuestiones que deben favorecerlos paralelamente, creando las corrientes de intercambio que son una resultante lógica de la situación geográfica y de las necesidades comunes.

La idea de traer de algún país europeo a un diplomático de carrera para llenar la vacante que existe, parece particularmente atinada, porque conviene dar a las legaciones de América la verdadera importancia que tienen, acabando con la leyenda que las hace pasar como destierros, a las cuales es destinado el personal menos apto. Pero lo que en tiempos normales sería indiscutible, resulta en estos momentos sujeto a rectificación. Un hombre desconocido en Bolivia, sin ningún lazo con sus dirigentes, tendrá que desarrollar ahora una acción muy lenta, porque se verá obligado ante todo a vincularse y a desvanecer las desconfianzas. De aquí que la medida solo sea buena en lo que respecta a la situación durable de nuestra diplomacia en Bolivia.

En lo que se refiere al momento actual, y con el fin de restablecer lo más pronto posible la completa y definitiva armonía que debe reinar entre los dos países, el procedimiento podría ser otro. Una misión especial y rápida, confiada a un político que por su prestigio desvaneciera toda idea de desconfianza, borraría los rozamientos actuales y prepararía el terreno al ministro que vendría a ocupar el puesto desde Europa dentro de pocos meses.

Lo esencial es impedir que tome cuerpo el descontento que pudo sembrar nuestra negligencia, y dar a Bolivia una garantía de ininterrumpida y cordial amistad, impidiendo que reflorezca el recuerdo de lamentables desafinaciones. El actual

presidente de Bolivia, con quien tuvimos el honor de conversar largamente en París, cuando era ministro en Francia, está animado de los mejores sentimientos. Y la Argentina, hermana, de acuerdo con su tradición, de todas las naciones de América, no puede dejar de coincidir con esas nobles intenciones.

Al imprimir a nuestra política internacional su verdadero carácter de energía serena ante los que parecen desconocer nuestra soberanía, y de fraternal amistad para con aquellos que son nuestros naturales compañeros de ruta en la marcha hacia el porvenir, convendría sentar este primer jalón con Bolivia, estableciendo espontáneamente y de una manera definitiva que la Argentina desea conservar las mejores y más amistosas relaciones con todas las naciones limítrofes.

1916

Colombia y Panamá

Los destinos de los países hispanoamericanos fueron siempre paralelos y son hoy más que nunca concordantes; de suerte que como los ciudadanos de todas las repúblicas están interesados en los asuntos que se refieren a cada una de ellas, ninguna región puede juzgar inoportuno el interés que despierta entre sus hermanas.

El pleito de Panamá, como el de Galápagos, afecta a toda la América latina. Si existieran lazos más sólidos entre nuestras cancillerías, ambos conflictos se podrían resolver con más éxito para los intereses lesionados y mayor gloria y seguridad para el continente. Pero aunque ese momento no ha llegado aún, las opiniones que voy a apuntar se justifican, no solo por el cariño que nos inspira Colombia, sino también por la natural inquietud que se ha difundido desde el Bravo hasta la Tierra del Fuego a raíz de las últimas empresas imperialistas.

Lejos de mí la idea de formular protestas y bravatas. En política internacional hay que dejar de lado lo que se desea para hacer lo que se puede. Y dado que, en cuanto alcanza la vista, Colombia no logrará reconquistar a Panamá, las imprecaciones huelgan. El país hoy, y la historia mañana, podrán perseguir sanciones y responsabilidades; pero hay que aceptar en el orden exterior el hecho consumado y definitivo. Panamá es tierra extranjera.

Sin embargo, esto no justifica el renunciamiento y el pesimismo. Los generales más hábiles no son a veces los que triunfan como Pirro en la batalla, sino los que saben sacar el mejor partido de la derrota. En todo lo que se derrumba hay trozos valiosos. Y a lo que puede aspirar hoy Colombia, y con ella toda la América nuestra, es a recoger los fragmentos utilizables de su situación anterior y a reparar por medio de la diplomacia los tristes resultados de las imprevisiones, sacando de la situación todas las ventajas que se pueden obtener humanamente.

Como la América latina ha llegado a la edad razonable y sabe el valor de las ideas, no se la puede ya burlar como los aventureros de antaño engañaban a los salvajes sustrayéndoles sus tesoros a cambio de collares de vidrio y espejos de pacotilla. Nuestros países empiezan a producir hombres vaciados en molde europeo, que en el orden económico conocen las equivalencias y en el orden político no se dejan tentar por la vana sombra de un apoyo dentro de las rivalidades locales. Por eso podemos tener confianza en que la serenidad y la sensatez acabarán por sobreponerse a todas las impaciencias.

En la imposibilidad de defenderse de la mutilación, solo tiene Colombia el recurso de los débiles: encerrarse en el mutismo y en la dignidad. No es ella quien está interesada en llegar a un arreglo; no es ella quien debe manifestar impaciencia por legalizar el atentado; no es ella quien puede apresurarse a conceder al vencedor el título de propiedad irremediable. Quien necesita ponerse en regla con la ley y con la moral internacional es el que empleó la fuerza; quien necesita limpiarse ante el mundo de la mancha es el agresor; quien necesita apartar la sombra de Banquo que se cierne sobre las apoteosis del Canal, es Macbeth y no Duncan. Lo más que puede hacer Colombia es abrir las puertas de su diplomacia y confesar que está dispuesta a escuchar proposiciones.

Pero al obrar así hay que tener en cuenta que la carta que Colombia tiene en las manos y que puede entregar o conservar según su voluntad, significa, no solo la cesión oficial de una parte de su territorio, sino también la rehabilitación moral del imperialismo. No hay que cambiarla por un resplandor ilusorio. Las posiciones han cambiado. Después de la desmembración, Colombia es la más fuerte de las dos partes, porque es la que puede devolver al agresor su serenidad.

Abandonando todo encogimiento para hablar en voz alta, lo que más urge en las circunstancias actuales es circunscribir el mal a la zona perdida, estipulando ante

todo que la nueva República del Panamá no podrá extender nunca su frontera del lado de Colombia, y que en el caso de que estallara un nuevo movimiento separatista alrededor del Atrato, en la región del Cauca, en la costa del Atlántico o en cualquier zona colombiana, los Estados Unidos contraen el compromiso de honor de no prestar, ni directa ni indirectamente, ningún apoyo a los rebeldes, y de cooperar con Colombia, si esta lo desea, para sofocar la insurrección y mantener las fronteras actuales.

En cuanto se refiere a la indemnización, salta a los ojos que no convendría dejarse deslumbrar por una cifra traducida en moneda colombiana. La suma ha de ser realmente proporcionada a la riqueza del deudor y al perjuicio causado, calculando el valor del territorio, no por su valuación de hace diez años, sino por su importancia en el porvenir, y teniendo en cuenta, además del daño material, el daño moral inferido. Aceptar en obsequio un ferrocarril, o trabajos públicos de cualquier orden, sería hacer nuevas concesiones.

El Canal permitirá a Colombia una fácil comunicación marítima entre su costa atlántica y los puertos del Pacífico. De suerte que, en previsión de empresas futuras y dado que el Canal se ha hecho en tierra colombiana, se podría exigir el privilegio de que los buques que lleven esa bandera tengan, llegado el caso, un tratamiento especial y gocen de los mismos derechos que los que ostentan la bandera americana.

Estas ideas sueltas son un pálido bosquejo. Tan difícil sería agotar el tema en un artículo, como llevar a cabo una negociación de tanta importancia en la sombra. Se puede discutir el asunto libremente, porque es seguro que ningún gobierno cargaría con la responsabilidad de comprometer a la nación sin consultarla. El acuerdo tendrá que ser controlado y aprobado desde sus orígenes por las personalidades más prestigiosas de todos los grupos, dando a la solución la imponente majestad de una decisión nacional y alejando toda veleidad de blandir mañana semejante argumento en las luchas electorales. Lo que es seguro es que tan grave problema tiene que resolverse con lentitud, porque, según se encare y se dirija, puede significar una revancha o subrayar una capitulación.

1913

Buenos Aires

Como un corazón sano y pletórico que centraliza y regula las palpitaciones de la savia nacional, dando unidad y ritmo al organismo enorme, se abre la capital del Sur, frente al océano, aspirando el oxígeno de Europa para transmitirlo después por las vías férreas hasta los últimos confines de la república.

Origen y resultante de un vasto movimiento civilizador, que se ensancha y se multiplica; germen y síntesis de una grandeza común, confunde el esfuerzo y la recompensa en un empuje triunfal, que es a la vez luz y reflejo de la vitalidad y del encumbramiento colectivo.

Ciudad entre las ciudades, erizada de torres que se afanan por superarse en la improvisación jactanciosa de los éxitos, mezcla en la arquitectura los estilos como mezcla en la sangre del país todas las razas, exhibiendo en su rápida evolución, superada y doblada de año en año, el museo mismo de su historia, desde la remota vivienda colonial de la comuna inicial, hasta los gigantescos palomares que superponen los cuadriláteros de sus ventanas por encima de los campanarios de las iglesias, en un delirio fantástico de especulación y de orgullo.

Desde el observatorio más alto dominamos la urbe populosa y atormentada, fiebre y humo, actividad y ambición, gama de vapores que aparece como detrás de una cortina gris, con los altibajos de los edificios extendidos hasta el límite, tajados por calles estrechas, plazas floridas o vastos bulevares repletos de vehículos y de transeúntes, que una mano misteriosa empuja y arremolina en el vértigo de la actividad incesante.

De día, bajo el cielo diáfano que extiende sus banderas argentinas sobre la victoria pacífica de la tierra nueva; al anochecer, en la feria oriental de los millones de luces que ponen en el cielo una vislumbre roja, la metrópoli hace flotar sobre la grandeza de su oleaje, como comunión del alma colectiva, el alarido imperioso de voluntad que domó la naturaleza, avasalló los desiertos y trasplantó la civilización de un mundo a otro, triunfando una vez más en los siglos contra la ignorancia y contra la sombra.

Los exploradores de la fortuna que vienen continuamente en los grandes transatlánticos, envueltos en los vastos aportes de inmigración, deben tener, al llegar de Europa, ante el pórtico del enorme puerto, la sensación de lo que la nueva patria les ofrece: los trigales, las estancias, las industrias, las prosperidades múltiples, cuya suprema esencia afluye y se condensa en la aglomeración fantástica

que con sus millares de barcos en las dársenas ensordecidas por las sirenas y acribilladas de mástiles sirve, por así decirlo, de puente entre América y Europa.

Y las esperanzas, las ambiciones, los ensueños de los conquistadores de oro han de sentirse magnificados ante la superposición de improvisaciones que supone en el trabajo, en la riqueza, en el porvenir, el nacimiento y el desarrollo de una nueva nación capaz de dar vida a tan poderoso centro, capaz de volcar sobre una playa tan fastuosas prosperidades.

En medio de la vorágine actual rememora el nativo las etapas de la metamorfosis: la Recova, el Cabildo, el primer tren, que iba hasta Flores; la casa patriarcal con sus parrales, el mate, la retreta, los serenos; luego la evolución, que quintuplica el valor de los solares; el primer proyecto de avenida, los trabajos del puerto, las nuevas casas de seis pisos, hasta llegar a la vida europea de nuestros días, en los que el subterráneo acerca a los barrios más distantes y en que por las enormes estaciones de los ferrocarriles entran y salen diariamente enjambres de viajeros que, con el resplandor de la metrópoli, hacen la prosperidad de los pueblos vecinos.

El cosmopolitismo creciente, que tanto ha contribuido al auge europeo de la población grandiosa, no ha borrado, sin embargo, las características esenciales, que perduran como un eje alrededor del cual se agrupan los componentes nuevos; y hay un color local tan inconfundible, una personalidad tan segura, un poder de captación tan hondo, que los aportes más diversos se aúnan y se funden sin violencia en la modalidad definitiva. Un sentimiento de superioridad invade al recién llegado; un hálito de renovación le separa gradualmente del país de origen, y la ciudad, más fuerte que el hombre, más fuerte que el instinto, más fuerte que el recuerdo, lo asimila, lo modela, lo aspira, adhiriéndolo a su monstruosa rueda en mancha, con el imán de las oportunidades que le brinda para desarrollar una acción fecunda.

Las noches del Colón, las tardes de Palermo, las luces de Florida, la *city* con sus bancos, el tráfico, la publicidad, los rumores, atracción y recreo del viajero de provincia o del curioso europeo que ambula por las calles; todo el tumulto de la colmena hirviente no es más que la resultante de una actividad más honda de los espíritus, de una trepidación más fundamental de los intereses y de las esperanzas, chispas desprendidas de la fábrica, de la universidad, de la Bolsa; radiaciones de la

capital o reflejo de las provincias, que la urbe centraliza en una pulsación de director de orquesta o dictador de las almas nacionales.

Trinchera de la patria en los peligros, salón en las horas de fiesta, balanza en las discordias, cerebro y alma, Buenos Aires es orgullo de todos los argentinos, porque a su crecimiento y victoria han contribuido unánimemente las fibras de la república, y hay en cada piedra, en cada calle, en cada oriflama, algo de los ámbitos más lejanos del país, algo de cada uno de los habitantes.

Así como la ciudad es en la geografía la capital de un país, la juventud es en el tiempo la capital de las generaciones en un momento histórico. Y es la juventud, sólida, preparada, triunfante, que se acumula ahora en la urbe poderosa la que, desarrollando todos los elementos actuales, hará culminar mañana, en la apoteosis de las Provincias Unidas, el desenvolvimiento magnífico de la minúscula aldea que fundó D. Juan de Garay el 11 de junio de 1580.

25 de mayo de 1810

Depositarios como somos de un patrimonio que las generaciones se transmiten, el pasado tiene que interesarnos, sobre todo por sus prolongaciones en el porvenir.

En la gloria del día amanecen hoy las calles y las almas empavesadas, un hondo fervor corre de norte a sur de la república, y en un remolino de recuerdos aparece el origen y el punto de irradiación de nuestra historia, como un sol, que se escapara de la bandera para abrazar toda la república. Pero las grandes cabalgatas de la independencia, el esfuerzo de hace un siglo, el grito que nos dio la personalidad, todo el océano de luz y de cielo que evocamos conmovidos en esta fecha, tiene que levantar en nosotros, no solo la satisfacción de lo que fueron los antepasados, sino la sana inquietud de merecer la herencia, continuando la obra emprendida.

El 25 de mayo tiene que ser un día de meditación, en el cual aceptamos con los beneficios las responsabilidades; en el cual hacemos el balance nacional y personal de nuestro esfuerzo; en el cual abarcamos, en fin, como desde una torre ideal, no solo el siglo pasado -sacrificio de nuestros abuelos y orgullo nuestro-, sino también en el siglo futuro -sacrificio nuestro y orgullo posible de nuestros descendientes-. Una nación es un convoy en marcha. Detenerse en la contemplación de un paisaje,

es interrumpir la ruta. Hay que seguir, acrecentando la resolución y la fe, hacia cumbres cada vez más altas.

Levantados por la victoriosa transformación del país, debemos poner más atención en la actividad de nuestros hombres que en la fertilidad de nuestras tierras, y tener fija la mente más que en lo que ya se ha hecho, en lo que queda por hacer; porque parece preferible sacar vanidad de lo que creamos nosotros mismos, que de lo que otros realizaron sin nuestra ayuda, y resulta más cuerdo envanecerse de lo que se es, que de lo que se posee.

Solo acostumbrándonos a medir nuestra acción más que por los recuerdos, por las esperanzas, y más que por las esperanzas, por los resultados, llegaremos a ser los escultores de la patria de mañana. Pensemos que si nuestros pueblos parecen a veces apáticos y displicentes, es porque no se les ha dado razones de vivir. Para alcanzar los altos destinos que todos entrevemos, hay que transformar muchos resortes materiales y morales. Nuestras energías son, en la mayor parte de los casos, negativas. Nos reunimos más a menudo para impedir que para crear. Trabajados por el descontento de los que no alcanzan a dirigir sus vidas, flotamos al azar de las contingencias. El pesimismo nos inmoviliza, la burla nos oprime, la malevolencia nos ata, y no asoman ideales superiores que nos empujen hacia el esfuerzo, el sacrificio y la audacia.

Para realizar la gran patria de mañana, tenemos que superarnos y depurarnos todos los días. Desde el punto de vista de la política general, conviene que, en vez de servirnos del país para combinaciones personales, nos pongamos al servicio de él para contribuir al bien común. No debemos aspirar al éxito, sino a la eficacia de nuestra intervención. No conviene ir en pos de lo que nos sonríe, sino de lo que exigen de nosotros las circunstancias. Ha llegado el momento de que a los nombres pueriles que creen que emana de ellos hasta el misterioso rayo de sol que los vivifica, a los ambiciosos que suponen que su única misión consiste en subir, se sustituyan, reanudando la vieja tradición hispanoamericana, los patriotas que solo persiguen esa alta inmortalidad que se alcanza haciendo bien a los conciudadanos y elevando el nivel moral de la nación.

Busquemos los programas generales que, por consultar necesidades comunes, amalgaman a grupos diferentes; y tratemos de concebir a la patria en su total extensión, necesidades y desarrollos. La mejor manera de quererla no consiste en

declamar fórmulas, sino en hacer cuanto depende de nosotros para que sea la más grande, la más rica, la más respetable de todas las patrias. Hemos de acostumbrarnos a ser nosotros mismos los que accionemos los resortes de nuestra vida, sin esperar a que vengan los extraños a descubrir y poner en circulación nuestra riqueza. Hay que trazar caminos, abrir canales, desarrollar el espíritu de empresa de nuestros hombres, explotar las minas, impedir la disminución del ganado, fraccionar las tierras, difundir la instrucción, recompensar lo bueno que nace en el terruño, crear con ayuda del petróleo las grandes industrias, y remover hombres y cosas, conciencias y elementos, hasta determinar lo que, empleando una expresión francesa, llamaremos la *mise en valeur* definitiva del país.

Abandonemos la idea errónea de que la época de la independencia fue una edad fabulosa y que sus hombres no pueden ser imitados jamás. Con las naturales diferencias de talento y de medio, debemos aspirar en todos los momentos de la vida a hacer inmortalidad y a hacer estatua, porque la trayectoria de un país es una línea ininterrumpida y ascendente que en todo instante debe estar bañada por el sol.

Volviendo a la tradición de política internacional del doctor Calvo, teniendo presente el contrapeso que debemos echar en la balanza de América y recordando que la Argentina es el país que puso en circulación la fórmula más noble, «América para la humanidad», podemos ser una de las grandes naciones de la tierra, porque palpitan en nuestro favor las simpatías de un continente, y porque de norte a sur de los países de habla española hay un gran fervor que nos llama a ser los amigos de 80 millones de hombres.

Tengamos una política de previsión y no de lamentaciones. Nosotros no podemos ver mañana con indiferencia que el archipiélago de Galápagos pase a ser dominado por otra raza, ni que una nación extraña a nuestro grupo cobre gran influencia en las bocas del Orinoco o del Amazonas. No temamos dar opinión en política internacional. Seamos audaces y viriles. Y tratemos de vivir cada vez más noblemente, porque estamos viviendo en presencia de toda la América latina, y debemos justificar el concepto en que los otros países nos tienen, viviendo una vida superior.

Al margen de todas las ideologías, agrupémonos en torno de la bandera. Hay en los Estados Unidos una costumbre que debiera adoptarse entre nosotros. En la escuela, en mitad de la clase, o interrumpiendo el recreo cuando el niño menos lo

espera, el maestro le hace poner bruscamente de pie para prestar una vez más el juramento de servir a su tierra en todos los momentos de su vida. Transportemos esta práctica a nuestras repúblicas, y en medio de los tumultos de la lucha nacional y continental, en las múltiples incidencias de nuestra acción interior y exterior, pongámonos intelectualmente de pie para saludar a cada instante, como lo hacemos hoy, el símbolo sagrado de la nacionalidad y su prolongación en el continente, la patria grande.

1908

LA PATRIA GRANDE
fue impreso en el mes de julio de 2010 en los talleres gráficos Castiglioni,
Hortíguera 1411, Ciudad de Buenos Aires.
Distribuye en CABA y GBA: Vaccaro Sánchez y Cía. S.A.
Distribuye en interior: D.I.S.A.